

BIBLIOTECA  DE AUTORES QUINDIANOS

# ENSAYOS DE HISTORIA QUINDIANA

ENSAYO



GOBERNACIÓN DEL  
QUINDÍO



UNIVERSIDAD  
DEL QUINDÍO



## La Biblioteca de Autores Quindianos

La *Biblioteca de Autores Quindianos* tiene como propósito poner en circulación, en cuidadas ediciones, los trabajos creativos y de reflexión de los poetas, escritores e investigadores de nuestro departamento. La amplitud del panorama de las letras quindianas se refleja en esta colección, que incluye autores y obras de una tradición consolidada, al tiempo que abre el espacio para las nuevas miradas a la literatura y a la riqueza cultural del Quindío.

En este proyecto de carácter académico han unido sus esfuerzos la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, con el apoyo de un Comité Editorial conformado por expertos en literatura, historia y cultura.

Lo que nos convoca es una convicción que está en la base de nuestras políticas institucionales: Es indispensable promover, apoyar y difundir el producto de la actividad intelectual; y brindar a la región puntos de encuentro para que se piense en las fortalezas propias de su historia, dinámica y diversa.

Con este conjunto de obras en ensayo, narrativa y poesía, la Dirección de Cultura de la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío les proponen a los lectores un espacio para el asombro, el estudio y el descubrimiento.

*Julio César López Espinosa*  
Gobernador del Quindío

*Alfonso Londoño Orozco*  
Rector de la Universidad del Quindío



Academia de Historia del Quindío

Ensayos de Historia Quindiana

*Ensayos de Historia Quindiana*  
© Academia de Historia del Quindío

Por la edición:  
© Jaime Lopera Gutiérrez  
© Carlos A. Castrillón

**Biblioteca de Autores Quindianos**

Gobernación del Quindío: Dirección de Cultura  
Universidad del Quindío

Primera edición  
Armenia, 2010

ISBN 978-958-8593-06-7

*Todos los derechos reservados.*  
*Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la autorización escrita del autor.*

*Diseño de la portada:* © Lina María Cocuy  
*Diagramación:* Julio César Pinzón Ospina

Edición al cuidado del autor

*Impresión:* Centro de Publicaciones de la Universidad del Quindío

## Prólogo

La publicación de estos ensayos sobre algunas historias del Quindío estaba prevista como un aporte académico y a la vez pedagógico: en verdad, ambas aportaciones aparecen aquí, como lo podrá observar un lector avisado. Es un tributo más al conocimiento regional, no cabe duda. Pero, aunque la historiografía quindiana ha recibido el apoyo de investigaciones públicas y privadas en los últimos veinte años, aún estamos en mora de tener una producción idónea de estudios y averiguaciones que satisfagan una certera apreciación de nuestra identidad.

El presente libro es, sin embargo, un buen intento. Cubre varios tópicos que ayudan a la comprensión de nuestra región, y ofrece nuevos hallazgos a quienes desean entenderla. Por ejemplo, aparte de sus atributos narrativos, el escrito de Evelio Henao Ospina (quien se acerca al episodio del Libertador en su paso por el camino del Quindío), revela un trato amable pero descriptivo de esa excursión de los patriotas. Las dotes de literato que expone este académico nuestro, nos permiten recrear en forma amena el único viaje de Bolívar por nuestra tierra, con todos los antecedentes que traía del Perú y el Ecuador para enfrentarse en la capital con nuevos problemas.

Por su parte, la contribución de Miguel Ángel Rojas con respecto a los nombres de nuestros municipios, favorece notablemente la posibilidad de conocer el origen toponímico que nuestros fundadores les asignaron a esas aldeas recién habitadas y fundadas por ellos durante la colonización. Hay allí verdaderas novedades, como la exploración de los complejos nombres de Armenia y de Buenavista —que por fortuna le derogaron el nombre inicial de Tolrá. El contenido prosigue con el aporte de Fernando Jaramillo Botero, aunque breve, esta vez sobre los nombres iniciales de las calles de Armenia, un divertido y reconocible recorrido por ellas de la mano de un cronista que las trajinó en su juventud. Estos textos hacen pareja con el ensayo del antropólogo Roberto Restrepo Ramírez y de Sebastián Londoño sobre la historia de las casas, es decir, una interesante y muy gráfica peregrinación costumbrista por aquellas residencias solariegas de los quindianos a principios y mediados del siglo XX. Un deleite.

El ensayo del economista quimbayence Gonzalo Valencia Barrera es un escrito excepcional sobre el auge y la caída de la caficultura quindiana. Este documento único, con estadísticas realizadas y comparadas por el mismo autor, tiene la condición de ser al mismo tiempo un estudio sobre las diversas etapas de la economía cafetera del Quindío y un comentario analítico sobre lo que ha pasado en las últimas décadas. En el medio, la singular historia del colonizador antioqueño Fermín López, investigada por Jaime Lopera Gutiérrez, es finalmente una muestra del carácter y las conductas de esos pioneros que sentaron las bases de esa que llaman la saga colonizadora. Y otro esbozo biográfico, el de Braulio Botero, el independiente e inolvidable creador del Cementerio Libre de Circasia, escrito por quien lo conoció de cerca por lazos familiares, donde se nos revela la historia de un hombre que supo entender su fidelidad hacia sí mismo y su contribución a los aires libertarios de su época, como un tributo a la patria. El libro sobre los recuerdos de la guaquería le ofrece a Carlos Alberto Castrillón, nuestro notable crítico literario, la ocasión para abordar los diferentes pormenores de este codicioso y pintoresco oficio de la colonización.

En conclusión, tenemos la esperanza de que este libro de la Academia de Historia del Quindío, como parte de sus objetivos y misión en el medio, pueda ser entendido como una producción que ayuda a comprender las diversas facetas de la realidad quindiana desde los ojos de unas personas, los académicos, quienes han decidido su quehacer profesional en torno a la interpretación de las señales que conforman nuestro patrimonio histórico. Cabe agradecer a la Dirección de Cultura y Turismo del Departamento y a la Universidad del Quindío, el interés que pusieron en la recopilación de estos escritos que sirven para incrementar el volumen de las obras dedicadas a esta región.

*Jaime Lopera Gutiérrez*  
Presidente de la Academia de Historia del Quindío  
Febrero de 2010

## La Academia de Historia del Quindío

La Academia de Historia del Quindío fue fundada el 23 de mayo de 1980, bajo la Presidencia de Jesús Arango Cano, la Vicepresidencia de Gabriel Echeverri González y la Secretaría Ejecutiva en manos de Alfonso Valencia Zapata. La personería jurídica le fue otorgada por la Gobernación del Quindío bajo el número 006 de enero 8 de 1981, confirmada por las Resoluciones 288 (agosto 27 de 1987), 0358 (diciembre 13 de 1989), y 107 (abril 2 de 1991).

La composición actual de los miembros de la AHQ es la siguiente:

Miembros Honorarios y Fundadores:

Jesús Arango Cano, Hugo Palacios Mejía, Alberto Gómez Mejía, Alfonso Valencia Zapata, Diego Moreno Jaramillo y Antonio Cacia Prada.

Miembros Honorarios:

César Hoyos Salazar, Carlos Restrepo Piedrahita y Horacio Gómez Aristizábal.

Miembros de Número:

Alfonso López Reina, Armando Rodríguez Jaramillo, Ferney Berrío Pbro., Carlos Alberto Castrillón, Evelio Henao Ospina, Fernando Jaramillo Botero, Gabriel Echeverri González, Jorge Hugo Galvis Valenzuela, Gonzalo Alberto Valencia Barrera (Secretario Ejecutivo), Jaime Lopera Gutiérrez (Presidente), John Jaramillo Ramírez, Jorge Enrique Arias Ocampo (Vicepresidente), Roberto Restrepo Ramírez y Miguel Ángel Rojas.



*In Memoriam*

Jorge Enrique Arias Ocampo  
(1944-2010)



# El paso del Libertador por el Quindío

Evelio Henao Ospina

## Regreso del Sur

A lo lejos se escuchaba el rumor del caudaloso río Quindío, cuyas aguas turbulentas descendían por el valle de Cocora en las épocas de invierno como salidas de madre. A pesar del cansancio por las largas jornadas que había recorrido desde que saliera con el grueso de sus tropas a sofocar una revuelta doméstica en el Perú, conservaba intacto el porte majestuoso de emperador que siempre lo había acompañado<sup>1</sup>.

Había viajado desde muy temprano de la ciudad de Cartago, pero a diferencia de muchas otras ocasiones ninguna mujer lo había despedido con el corazón en pedazos en medio de furtivas pasiones y el vientre sosegado por las caricias de amante diestro que lo entregaba todo en un instante sin amar. Además, ya no venía bien dispuesto de ánimo para las complejas cuestiones del amor.

Era la primera vez que iría a cruzar por este camino abierto por los indios desde épocas remotas y sin fecha conocida, el cual hacía parte de una vasta red de intrincados e independientes senderos por donde se desplazaron los nativos procedentes de diferentes tribus y de distintas regiones a través de la elevada montaña central conocida con el nombre de los “Andes del Quindío”.

Dejaba atrás un reguero de cartas en las que la posteridad reconocería su genio, su letra destinada a la inmortalidad y la firma de alguien nacido para mandar. Los rasgos de su firma sugerían su carácter de soñador con botas de soldado y alma

---

<sup>1</sup> Este escrito es una recreación, y está basado tanto en datos históricos como en leyendas y mitos.

de legislador, sus pasiones, que igual le sirvieron para escribir proclamas, cartas premonitorias sobre el futuro de los pueblos, encendidas esquelas de amor, órdenes perentorias y condenas a muerte.

Su caligrafía sugería, al igual, una firme inclinación por la verdad, el sentido práctico para afrontar los grandes problemas, la predilección por las preguntas y las respuestas precisas y cortas, su sentido global de la vida, el conocimiento profundo de los hombres, la seguridad en las decisiones, el concepto estricto de la virtud y el mandamiento según el cual “la mejor política es la rectitud”, que guió siempre sus pasos de hombre público.

Fiel al juramento del Monte Sacro, había permanecido durante veinticinco años en una lucha sin tregua por liberar a los suyos del yugo español, la mayor parte de los cuales transcurrieron a campo traviesa sobre el lomo de un caballo, cruzando montañas, recorriendo apoteósicas jornadas.

Era tal su pasión que todavía en esos días iniciales de 1830 le quedaban algunas fuerzas de reserva para vivir con admirable vigor e intensidad el poco tiempo que aún le restaba.

Por lo pronto, el único lugar de destino conocido era Bogotá, la antigua capital del Virreinato de la Nueva Granada, que muy a su pesar “en los años anteriores se había constituido en el cuartel general de la demagogia”. De ahí en adelante no tenía nada seguro, ni la más leve idea de hacia dónde lo empujarían los vientos que atizaban con fuerza tempestuosa las ahora frágiles velas de su embarcación.

Parecía un rey, aunque la mula en que cabalgaba por esos caminos anegados de barro y lluvia en una montura de guerrero impenitente se confundiera con las de quienes marchaban a su lado en silencio. A simple vista se sabía que era la figura principal del cortejo. Jamás había perdido el porte majestuoso e inconfundible, ni siquiera en el fragor de las batallas, o en los retozos del amor.

Por eso muchos de los que él llamaba “demagogos” le atribuyeron las alevnes intenciones de ceñirse en la cabeza, ahora atormentada por las trascendentales decisiones que sobre el futuro de Colombia habría de tomar el Congreso convocado por él para 1830, una corona real donde en las horas de júbilo hermosas jóvenes vestales dejaron sembrados frescos ramos de laureles y de dulces pasiones.

Ese fue el pretexto que les sirvió a sus enemigos, de los cuales el más destacado era sin duda Santander, y a otros que le dieron crédito a las “calumnias” de ese “hombre pérfido” como él mismo lo calificó, para combatirlo con tal saña y fiereza que en torno a este despropósito se formó un partido encargado de mancillar en Europa y Estados Unidos su nombre y, sobre todo, la gloria que tanto amaba y por la cual había luchado durante todos estos años continuos, llegando hasta el exceso de atentar contra su vida el 25 de septiembre del año anterior.

Ese rasgo de odio implacable, que “ha fijado mi destino y el de Colombia” –como diría en alguna ocasión.

En el año de 1829, y después del fallido magnicidio, sus adversarios habían arreciado las difamaciones y le hicieron creer a muchos que eran ciertos sus propósitos inconfesados de hacerse coronar como Napoleón Bonaparte, o de entregarle a un monarca extranjero las naciones por él libertadas.

Lo decían con tanta insistencia y convicción que parecía verdadero.

Al menos hubo quienes así lo creyeron.

Bajo esta falsa convicción colectiva, algunos llegaron a tildarlo de usurpador y de tirano sin darse cuenta de que con esa infamia que cometían le ayudaban a la muerte en secreto y de manera eficaz, a socavar su deteriorada salud.

Tal como sucedió con el pensador francés Benjamín Constant, a quien dada su importancia consideró que no podía ser despreciado a pesar de haber escrito que Bolívar era “un usurpador” que mantenía su “autoridad a fuerza de ejecuciones y asesinatos”.

Tan pronto como recibió en Guayaquil las copias del periódico “El Correo”, donde se publicaron el artículo de Constant y la defensa oficiosa que asumiera el Abate De Pradt, le encargó a sus amigos, en especial a Leandro Palacios, a Montilla y a O’Leary, que se ocuparan de vindicar su nombre: “con igual interés, o mayor, que si pidiera mi vida a un verdugo”, porque “no soy menos amante de la libertad que Washington, y nadie me podría quitar la honra de haber humillado al León de Castilla desde el Orinoco al Potosí”.

Sin embargo el daño ya estaba hecho. En el cuerpo y en el alma.

Más tarde, en 1858, por una de esas paradojas de su destino, otro destacado pensador, Carlos Marx, cuyas ideas inspiraron la gran revolución bolchevique de 1917, recogería sin beneficio de inventario para una enciclopedia de los Estados Unidos muchas de las afirmaciones infundadas y otras de su propia cosecha, que alimentaron la leyenda negra contra Bolívar en las que se le señalaba como un indeciso, cobarde, irresponsable y perezoso, que se había limitado “a las entradas triunfales, a la redacción de manifiestos y a la proclamación de Constituciones”.

A los pocos días de haberse enterado de las acusaciones de Constant, y estando pendiente del desarrollo de los sucesos en el Sur, tuvo una fuerte ataque de “bilis nerviosa” o “bilis negra”, como él calificaba el origen de sus males, y que lo mantuvo doce días en cama en una de las peores crisis, en las cuales no recibió otros alimentos que no fueran líquidos, y que lo llevaron a exclamar que su salud estaba aniquilada y que no le quedaban fuerzas físicas “para hacer el servicio que he hecho hasta ahora”.

—“Si Ud. me viera en este momento –le escribió por aquellos días de agosto de 1829 a José Fernández Madrid–, ¡parezco un viejo

de 60 años! Tal me ha dejado el último ataque que he sufrido, y tal me tienen los libelos con que me regalan diariamente”.

Fue lo peor que pudieron haber dicho contra él.

Cuando se enteró, perdió los estribos del caballo imaginario que siempre estaba dispuesto para él y le entró tanta depresión que hasta renegó del sentido de su lucha.

Todo lo que dijeran en su contra le parecía normal y aprendió a tolerarlo con paciencia, pero no estaba preparado para que lo llamaran usurpador y tirano. Aceptaba la dictadura, porque era necesaria para salvar la república, pero no que le dijeran tirano, porque nunca lo había sido, y menos usurpador.

Ante semejantes acusaciones prefería dejarlo todo a merced del infortunio.

No era para menos que en aquellos momentos exclamara: “Demasiado tiempo he perdido sirviendo a los hombres, que, como decía Voltaire, no merecen que los manden”.

En cuanto a lo de querer ceñirse una corona, hubiera bastado, para aclararlo, formularle el interrogante que él mismo se había hecho varias veces: ¿quién quiere ser rey en Colombia?

—“Nadie, a mi parecer” —se respondió el mismo—. Y agregaba: “Para el proyecto de monarquía no hay sujeto”.

Pero a sus adversarios les era beneficioso difundir la especie aun en contra de la verdad.

No obstante, tenía la majestad de un rey, sin duda, pero era hijo de las ideas liberales y democráticas. “Aunque no lo crean, yo también soy liberal” —había escrito.

## **Travesía por el Camino del Quindío**

Transcurría el 4 de enero de 1830 cuando el Libertador tomó por primera vez en su largo periplo de viajero infatigable el camino llamado del Quindío, que desde tiempos inmemoriales habían abierto por entre el bosque húmedo de la cordillera los primeros pobladores de aquellas fértiles tierras.

Su trazado original había sufrido algunas variaciones desde la llegada de los conquistadores, pero en esencia era el mismo que había servido para que los indígenas Quimbayas y Quindío, provenientes desde las más lejanas tierras, se comunicaran entre sí y se expandieran “hacia los diferentes puntos cardinales, entre los ríos Consota al sur, Guacayca al norte, el río Cauca al occidente y la Cordillera Central de los Andes al Oriente”, y que después de la extinción de los indios permaneció abandonado y en completo olvido durante más de cien años, hasta que el Virrey Messia de la Cerda ofreció estímulos para su apertura en 1765.

En 1778, para favorecer la comunicación entre las regiones separadas por la cordillera con la capital del Virreinato de Santa Fe y estimular el comercio entre las poblaciones de Cartago e Ibagué, por disposición del Virrey don Manuel Antonio Flórez, se había mejorado de manera significativa, ampliando el sendero y con la construcción de algunos puentes, los que posteriormente fueron destruidos por los habitantes de Ibagué a raíz del levantamiento de El Socorro a nombre de la independencia y con el pretexto de derogar los impuestos de peaje que se impusieron para su conservación. Con todo, el del Quindío, llegaría a ser uno de las cuatro principales “Caminos Reales de Colombia” por donde se llevó a cabo el verdadero descubrimiento de nuestro territorio.

La mayor importancia de esta ruta de herradura estuvo vinculada desde un comienzo con el desarrollo de las ciudades de Ibagué y Cartago, fundadas a mediados del siglo XVI, pues sólo hasta finales del siglo XIX se llevaría a cabo, a través de la misma ruta, la gesta colonizadora del Quindío.

A pesar de que muchas veces la tropas libertadoras lo utilizaron para atravesar la Montaña desde Cartago hasta Ibagué y viceversa en su ruta entre el norte y el sur del continente, era la primera y la única vez que el generalísimo en persona lo cruzaría en su marcha hacia Bogotá.

Había decidido tomar esta ruta, más corta pero también más difícil, por el afán que traía de instalar el Congreso Admirable. Era por aquel entonces un camino agreste, estrecho, de empinados ascensos, profundos desfiladeros, difícil aún para los más baquianos, que en épocas de pocas lluvias se podía transitar a pie o a lomo de mula en 10 o 15 días, pero que cuando bramaba la tempestad bien podía demandar jornadas de por lo menos un mes o más. Una ruta, como él mismo se daría cuenta en aquella ocasión, muy importante para el comercio de sal, cacao, ropa y tabaco, principalmente entre Bogotá, el Chocó, Popayán y Quito a través de las ciudades de Ibagué y Cartago, pero que se encontraba en inexplicable estado de abandono desde hacía más de cincuenta años.

Días antes, por esa misma vía, había viajado el grueso de las tropas que regresaban victoriosas después de sellar en la batalla de Tarqui el triunfo de la legalidad contra los sublevados peruanos. Él mismo retornaba a la capital de la república satisfecho por el tratado de paz que había suscrito, pero sin deseos de volver nunca más al Perú.

En algunas épocas del año era casi imposible transitar por aquella ruta debido a las intensas lluvias del invierno y la falta de sol que penetrara para secar el barro húmedo. A veces los llamados cargueros y silleteros eran los únicos que podían transitar con una carga muerta, o un cristiano, sobre sus hombros, porque hasta las mulas se veían en serias dificultades para vadear las hondonadas que se formaban por el paso de los bueyes.

Al caer la tarde Bolívar llegó con su escolta personal a la única posada que había encontrado después de que partiera de Piedras de Moler. Era una casa rústica, hecha de bahareque y paredes de

arcilla roja, con techo de tejas de barro, construida en forma de escuadra alrededor de un amplio patio empedrado en el centro del cual se erguía un inmenso pino y donde florecían algunos siete cueros con sus flores moradas y lilas, y que el río al cabo de algunos años arrasó sin clemencia en una de sus crecientes apoteósicas.

Tan pronto como el Libertador desmontó de su cabalgadura y después de saludar a los moradores, se dirigió unos cincuenta pasos por entre un cultivo de maíz en dirección hacia el río Quindío.

Había oído mucho hablar de él, de sus aguas cristalinas y frías que nacían en los páramos, pero no se imaginaba que era tan ancho. A pesar de que el invierno comenzaba a ceder y no había sido tan severo en los meses anteriores, calculó que de una orilla a otra en la posada de Boquía podría medir más de cien metros.

La tarde era fría y una suave neblina cubría el lugar cuando decidió sentarse sobre una piedra redonda de gran tamaño.

Aunque conociera en detalle acerca de los fantásticos hallazgos en materia de flora de la Expedición Botánica, y los relatos de Mutis y de Humboldt sobre aquellas tierras, no podía imaginarse en ese momento que después de muchos años por este mismo camino cruzarían gentes de diferente procedencia en la más grande epopeya colonizadora de la patria.

Tampoco podría suponer en aquella tarde que, al cabo de algún tiempo, su paso fugaz por aquel camino habría de ser recordado como uno de los antecedentes de gran significación para la toma de conciencia de la importancia para el desarrollo de la incipiente república, pues por allí ingresarían los primeros colonizadores de la Hoya del Quindío, el Norte del Valle y el Occidente del Tolima, uno de los sucesos de mayor trascendencia de aquellos años que permitió la incorporación de una fértil y vasta zona al resto del país, atraídos por las tierras baldías que se les ofrecieron como recompensa.

En ese momento el Libertador había recuperado la buena salud y se encontraba con un excelente estado de ánimo, en especial por las buenas nuevas que había recibido en cuanto a la elección de los delegados al Congreso de algunas regiones.

Esto era lo que más había copado sus pensamientos durante la mayor parte del año 29, porque sabía que de ese Congreso dependería no sólo su suerte, sino el destino de la América española por él libertada. Su obra estaba a punto de completar sus elevados anhelos o de “que tengamos otra convención de Ocaña”.

### **Todo estaba a punto de salvarse o de perderse**

A veces se apoderaba de su alma un presagio sombrío y diría con desespero que “si quieren fortificar la república, que la fortifiquen; si quieren debilitarla o destruirla, que la destruyan”.

—“Yo creo —dijo con voz premonitoria— que es en el año 30 que se debe fundir o refundir la república”.

Le preocupaban tanto las pugnas internas, los celos entre los dirigentes locales, la extensión del territorio, la forma de gobierno más apropiada, la clase de constitución que había de gobernar a los colombianos, como la inclinación de estos pueblos al desorden y la revuelta.

Tenía decidido que el congreso fijara los destinos de Colombia, estableciera la forma de gobierno que más conviniera e hiciera el bien o el mal, “y de cualquier modo yo obedeceré su voluntad soberana”.

No quería más el mando supremo, no había tomado parte en las elecciones de los delegados para que el pueblo tomara las suyas con absoluta independencia y, tan pronto como el Congreso asumiera sus funciones, él dejaría el poder. Estaba demasiado fatigado y desilusionado para seguir gobernando, aunque

tampoco estaba dispuesto a dejarse sacar a la brava por obra y gracia de sus detractores.

—“Yo no quiero el mando —lo dijo varias veces para que muchos lo supieran—, mas si quieren arrebatarlo por la fuerza o intrigas, combatiré hasta el último caso. Yo saldré gustosamente por el camino real y conforme se debe a mi honor”.

El caso era que se trataba de una nación en completo caos, muy poco preparada para gobernarse a sí misma. Un pueblo en formación, que había sufrido más de 300 años de dominación y muy pocos de independencia y libertad. “No sabíamos lo que era gobierno, no hemos tenido tiempo para aprender mientras nos hemos estado defendiendo” —dijo.

En cuanto a la Constitución que más convendría, él tenía muy en claro sus propias ideas, pero sabía que era necesario que los delegados al Congreso formularan las suyas con el fin de realizar un cambio en el sistema constitucional para que la república pudiera “consolidarse”.

—“Yo he compuesto dos —recordaría—, y en menos de diez años y... veinte revoluciones sucesivas han atacado mis constituciones y mi autoridad”.

Para él, sin duda, la de Bolivia era el mejor modelo, pero no estaba dispuesto a insistir que se le adoptara.

—“Mi opinión sobre el gobierno es que el ejecutivo y el legislativo de Bolivia sean los modelos de nuestra nueva forma; no porque sea obra mía sino porque concilia muchos intereses”, pero otra cosa pensaban los arquitectos de la nueva legalidad.

Por esa razón había optado por dejar que fueran los delegatarios quienes definieran qué clase de constitución sería la mejor, en el entendido de que él estaría dispuesto a acatarla y apoyarla.

En cuanto a la forma de gobierno, él concebía un ejecutivo fuerte y “un sistema central completamente proporcionado a la

extensión del territorio y a la especie de sus habitantes”. Pero también en esto tenía decidido que lo mejor sería dejarlo en manos del congreso y sus delegatarios.

Respecto a su futuro papel se preguntaba si acaso no “¿sería mejor para Colombia y para mí, y aun más para la opinión, que se nombrase un presidente y a mí se me dejase de simple generalísimo? Yo daría vueltas alrededor del gobierno como un toro alrededor de su majada de vacas”.

Otro punto que le preocupaba en exceso era la continuidad y la perpetuidad de los militares en el gobierno de la América española. ¿Qué haría el congreso para designarle un sucesor? ¿Sería militar o civil?

—“¿No se quejarán los civiles del despotismo de los soldados?”  
—le preguntaba a Daniel Francisco O’Leary.

Él sabía, mejor que nadie, que en la república de entonces era imposible gobernar sin el apoyo de la espada, pero al mismo tiempo tenía en claro que era “insoportable el espíritu militar en el mando civil”.

Ya era hora que él mismo se despojara del mando a fin de que los civiles se encargaran del gobierno, para lo cual se venía preparando anímicamente. En algunos momentos pensaba que era posible un retiro suyo tranquilo a la vida privada.

—“Mi salida del mando —decía a viva voz— es irrevocable”.

Pero aún esto no lo podía decidir él solo y mucho menos sin evitar las consecuencias por el vacío que se crearía en su ausencia.

La primera consecuencia que venía venir era la separación de Venezuela. También sobre esto se había anticipado a opinar que lo mejor era permitir un tránsito tranquilo antes de que se produjera una ruptura violenta. Muerto él —pensaba— “todo sería discordia, encono, división” entre las dos naciones hermanas.

—“La reunión de la Nueva Granada y Venezuela existe ligada únicamente por mi autoridad” –dijo, mientras sus enemigos le endilgaban la condición de ser venezolano.

Pero como tal confiaba en poder llevar a buen suceso los ímpetus del General Páez, con quien mantuvo una incesante correspondencia epistolar.

Tal vez por tal motivo no lo tomaron por sorpresa las noticias que recibió en trayecto desde Buga hacia Cartago sobre los sucesos de Venezuela, sino que reforzó su convicción de que “Venezuela debía dividirse de la Nueva Granada, pero si éste país no se une entre sí y con el Sur, Colombia se arruina completamente” – como lo dijo desde esta última ciudad el 4 de enero de 1830, en carta dirigida a don José María del Castillo Rada.

A esta egregia obra con la que debería concluir la gesta libertadora regresaba a Bogotá, mientras su corazón se debatía entre el pesimismo y el más febril anhelo de ver consolidada su obra. Creía que aún le quedarían tiempo y fuerzas suficientes para lograrlo.

### **La noche en Boquía**

Mientras las aguas del río se hacían más cercanas, por su mente cruzaron los desengaños y las dudas que lo habían perseguido como fantasmas durante los meses anteriores. Los demagogos, como él los llamaba, no dejaban de hacerle sombra a los sueños que lo llevaron a consagrar su vida a la causa de la independencia americana.

La noche lo sorprendió a orillas del río Quindío mientras su mente divagaba sobre la mejor forma de gobierno que sirviera para unir el vasto continente que había recorrido tantas veces.

De pronto la voz de algunos de sus hombres que lo acompañaban a prudente distancia lo hizo volver los ojos a la realidad, mientras una claridad de luna llena lograba abrirse paso por entre la niebla

cada vez más densa. Sintió frío, y antes de comenzar el regreso a la posada le pidió a uno de sus ayudados que le acercara la casaca de paño verde inglés para cubrirse la espalda.

Al pisar el empedrado del patio el dueño de la casa acudió a su encuentro con una humeante tasa de agua de panela, seguido por un fiel perro de montaña que husmeó sus botas de cuero. El Libertador extendió la mano derecha y le acarició la cabeza antes de beber el primer sorbo.

Desde aquella región, cuya travesía le tomaría diez días hasta llegar a Ibagué, no escribió ninguna carta como solía hacerlo con la disposición y rutina que le eran habituales. Escribía con tanta frecuencia no sólo para mantener con sus amigos y subalternos una permanente comunicación acerca de los asuntos más variados, sino por el placer de recibir las contestaciones que le permitían estar informado acerca de todo y al mismo tiempo le servían de compañía en la inmensa soledad que le deparaba el mando supremo.

No tenía tampoco a quien dictarle, pues por estos días se encontraba sin su edecán de confianza, y el que había habilitado para ello, por causa de unas fiebres repentinas, lo había enviado adelante con las primeras tropas que lo antecedieron en cruzar la cordillera.

Esa noche el Libertador estaba de buen humor y con deseos de departir un rato antes de irse a la cama que le tuvieron preparada en una de las alcobas contiguas a la del matrimonio de la posada. La ventana posterior daba hacia el lado del río de modo que el susurro de las aguas llegó con nitidez hasta su lecho.

Escuchó de buena gana y con gran interés las apretadas historias que el posadero le contó acerca de quienes se atrevían a cruzar la montaña, de los animales salvajes como el tigre, el león americano, el oso, y otros como las pavas, el paujil y los ciervos blancos que merodeaban por el bosque, de las leyendas de La Madre Monte, el Mohán, el Hojarasquín, la Patasola, de cuya

temible existencia muchos viajeros estarían dispuestos a jurar ante una sagrada Biblia, y de las babilónicas crecientes del río en las épocas de deshielo o de invierno.

Bolívar sonrió con incredulidad pero con respeto.

Pero lo que más le llamó la atención fueron los relatos de los silleteros que transportaban sobre sus espaldas a muchos viajeros, en especial mujeres, ancianos y personas de cierta alcurnia.

Le contaron que ciertos pasajeros, en especial las damas, antes de emprender el camino solían tomarse algún brebaje para sumirse en un profundo sueño y así aliviar la capacidad de maniobra de su carguero; de otro próspero comerciante que pesaba más de 12 arrobas y que muy pocos se atrevían a llevarlo a costas porque en cierta ocasión “reventó” a su carguero; del Marqués que hizo izar en unas hamacas sus dos enormes perros daneses para que no posaran las patas en el barro; y del carguero que tuvo que atender el parto de una señora que por la demora en la travesía no pudo llegar a tiempo a Cartago a dar a luz donde era esperada por su esposo. Todo esto lo distrajo un poco. Sin embargo, lo que más lo impresionó fue la historia de un notable funcionario español que por serlo tenía derecho a que lo transportaran de un lado a otro sin cobrarle un solo real, pero que un día aguijoneó tanto al indio que lo transportaba con las espuelas de plata, que éste en medio del desespero y la humillación se echo a rodar por un precipicio para zafarse de la carga. El caballero español cayó al fondo del abismo muerto y el indio tuvo que internarse en las montañas para siempre.

Humboldt tampoco permitió que lo llevaran a costas, a pesar de que en las memorias de su travesía por esas mismas montañas en 1801 había dejado constancia de que por fuerza de las circunstancias los oficios de cargueros y silleteros eran muy comunes en diferentes lugares de América, pues sólo era posible el transporte de mercancías y personas a “lomo” de hombre. Los mismos cargueros se ufanaban de su oficio, hasta hacerse algunos anteponer a su nombre el título de “Don”, o como el hecho de

haberse rebelado en cierta ocasión, porque en Antioquia se quisieron mejorar los caminos para hacerlos transitables a lomo de mula.

Al Libertador también le pareció indigno el oficio de aquellos hombres que prestaban el servicio propio de las bestias.

Fue tanta la curiosidad que pidió que le trajeran una silleta que para tal efecto había en la pesebrera. La observó con cuidado, estaba bien ideada, “hecha de guadua en figura de ángulo agudo”, sujetada “al pecho por dos fajas de la corteza de un árbol llamado cargadera, y por otra en la cabeza”. Parecía cómoda para el viajero, pero a la vez degradante para el cargador, aunque la necesidad lo imponía. La mayor parte del alimento de las tropas y las municiones habían tenido que ser transportadas de un lado al otro de la montaña por cargueros profesionales, no había otra forma de hacerlo.

Incluso el dueño de la posada le sugirió que en lugar de la mula en que venía atravesara la cordillera en esa silleta, a lo cual él se rehusó más por el rubor que le causaba verse cargado a costas por otro ser humano, que por el peso de su cuerpo ya muy disminuido por tantas fatigas y la enfermedad que le había hecho perder cada vez más el apetito.

Entonces decidió que al llegar a Bogotá adoptaría las disposiciones necesarias para vincular el presupuesto del gobierno central con aquella obra que era de interés nacional, por lo que significaba para el fomento agrícola, industrial y comercial de todo el país.

Designaría un comisionado con el encargo de atender la apertura del camino de herradura y recaudar los fondos oficiales del presupuesto de Cundinamarca, las contribuciones voluntarias y los fondos propios que existieren en las ciudades de Cartago e Ibagué, lo mismo que para contratar empréstitos e imponer peaje a partir de que el camino estuviere habilitado.

Así lo hizo el 25 de enero de 1830.

En el decreto dispuso que se pagarían “ocho reales por toda carga de ropa, dos por toda carga de víveres y medio real por toda caballería”, y exoneró del servicio militar “a todas las personas destinadas a la apertura del Camino del Quindío”.

A las diez de la noche se retiró a su aposento.

Era un cuarto pequeño con una cama de madera rústica y un colchón de paja. El piso también de madera olía a cera fresca y las sábanas se veían algo deterioradas, pero limpias. Al lado de la almohada encontró dos cobijas gruesas de lana que él se echó encima sin quitarse otra prenda que las botas de montar impregnadas de barro rojizo. En la mesa de noche encontró encendida una vela cuya lumbre a base de aceite de palma de cera era suficiente para acompañarlo hasta el amanecer.

El Libertador se tendió boca arriba a pensar mientras contemplaba el techo adornado con figuras simétricas hechas con cortezas de madera. Estaba acostumbrado a quedarse así en vela durante mucho tiempo a la espera de un estado de gracia que lo sumergiera en las profundidades de un sueño suficiente y reparador para su cuerpo casi infatigable. De ordinario, dos o tres horas de sueño le eran suficientes para despertarse con ímpetu renovado y nuevos planes para seguir viviendo.

Pensó en su amada.

Entre quienes más ansiaban su pronto regreso a la capital estaba Manuelita Sáenz, la mujer a la que tanto había amado desde el ingreso memorable del 8 de junio de 1822 a la ciudad de Quito. Ella lo estaría esperando en Bogotá y él anhelaba verla con esas ansias alimentadas con el fuego de la distancia y la separación prolongada. No había dejado de pensar en ella a pesar de los sucesos de la guerra contra el Perú, de su abatimiento ocasionado por las calumnias y los ataques de sus adversarios y por los golpes certeros de la enfermedad que lentamente minaba su salud y que lo llevaría a las puertas del sepulcro, aunque le diera todavía la oportunidad de surgir de los estragos de las crisis periódicas

con el ánimo intacto, el vigor y la lucidez plena de sus mejores tiempos.

En los primeros días del mes de agosto de 1829 que debió permanecer en cama cerca de Guayaquil, anheló tenerla a su lado, aunque había llegado a la conclusión, en otras condiciones, que para amarla como la amaba era mejor tenerla a prudente distancia.

Pero no sólo se preocupó en aquella ocasión por las necesidades materiales de Manuelita, por lo cual le agradecería a Urdaneta los cuatrocientos pesos que le había entregado de los mil que le tenía reservados, sino que le pidió casi en secreto que le dijera “que soy suyo” y que no le escribía por temor a que los curiosos se rieran de sus “tonterías” de eterno enamorado. Pues igual desconfiaba de los asaltantes de los caminos que les salían al paso a los correos para robarse los dineros destinados a las tropas, que de la indiscreción de los ocasionales lectores de su correspondencia personal.

Pero era un hecho inevitable que su corazón palpitara con mayor intensidad como aquel amanecer y tantos amaneceres inciertos en su vida, en que la agraciada quiteña venía a invadir el cuarto de los recuerdos gratos de su memoria.

### **Razones de su abatimiento**

A las cinco de la mañana ya estaba en pie. Se levantó con los primeros cantos de los gallos, animado, vivaz, resuelto a retomar el camino agreste que lo conduciría a su amada y a la reunión del congreso del que tanto esperaba.

Atrás habían quedado gran parte de sus pensamientos sombríos. Aunque Bolívar tenía la ventaja de no dejarse doblegar por las adversidades ni acobardarse ante los más severos peligros, los sucesos del 25 de septiembre lo seguían persiguiendo como una sombra siniestra.

Con razón se decía en Europa que nada bueno se podía “esperar de un pueblo que ha querido asesinar en su lecho al Libertador”. Esta frase la repitió una y otra vez a los destinatarios de su correspondencia.

Sin embargo, los buenos anuncios sobre el próximo congreso que le fueran comunicados por Urdaneta le habían devuelto por completo el ánimo. Entonces le respondió que se sentía “como en los primeros días de mi gloria” y que de nuevo comenzaba a saborear “el néctar de mi salud”.

Pero ¿qué era lo que tanto lo había abatido durante ese año de 1829?

Muchas y variadas razones.

Desde los primeros meses del año en que tuvo que colocarse al frente de las tropas libertadoras para ir al Sur a librar la guerra contra el Perú, comenzó a doblarse su espíritu.

Tener que ir a combatir con las armas de la república a sus propios hermanos le causaba una enorme aflicción. Pero lo hizo con decisión, resuelto como estaba a no dejar que la ambición personal de unos facciosos amenazara con destruir la magna obra de la independencia americana, a tal extremo que ya se oía decir que en España se estaba preparando una nueva invasión extranjera de vastas proporciones.

—“Estoy desesperado del mando que tengo, y no espero más que ver reunida la representación nacional para separarme de tantos ingratos y de tantos pérfidos, los que no dejarán de recibir su castigo de manos de otros ambiciosos como ellos” —decía en carta dirigida desde Quito a Mariano Montilla al referirse a los responsables de la revuelta doméstica del Perú.

El temor que los nefastos sucesos de que tenía noticia de otros países pudieran extenderse a Colombia lo tenía acongojado:

—“En Chile y en Buenos Aires no cesan las revoluciones más escandalosas por las malditas opiniones –le escribió al general Páez desde Campo de Buijón, frente a Guayaquil–. En Guatemala, sin haber sido realistas, centralistas, ni vitalicios se despedazan atrocemente. Ya las provincias han tomado la capital donde se han cometido inauditos desórdenes. En Méjico sabemos lo que ha sucedido; y en el Perú nos acaba de dar ejemplo de La Mar y su gobierno... En fin, mi amigo –le agrega– yo veo hoy a la América como un inmenso caos de pasiones, de dificultades y de desórdenes; y mi imaginación se pierde al contemplar hasta que punto pueda llegar nuestra fatalidad”.

Por eso estaba ansioso y decidido de regresar a la capital de la república “a trabajar solamente en la organización de nuestra casa”. Estaba dispuesto a dejar el mando tranquilamente, pero no de otro modo, porque tenía decidido no separarse del poder “sino con la vida cuando me lo quieran arrancar”.

Que lo calificaran de tirano era para él una de las más grandes ofensas que le hubieran podido haber infringido.

Con esta acusación “los asesinos, los ingratos, los maledicentes y los traidores, han rebosado la medida de mi sufrimiento. No hay día, no hay hora que estos abominables no me hagan beber la hez de la calumnia”.

En semejante estado de ánimo hacía planes de nuevo para irse a vivir al extranjero, para lo cual sólo podía contar con los dineros que obtuviera con la venta de las minas de Aroa, estimadas en la suma de cuarenta libras esterlinas, tema con el que su hermana María Antonia le causó tantos dolores de cabeza.

—“Esas condenadas minas de Aroa, cuyo negocio me tiene fastidiadísimo”, que lo interrumpían “aun en el campo de batalla” y que no lo dejaban tranquilo para pensar “en la inmensidad de los asuntos que me ocupan por allá” –dijo.

No obstante, esas minas era todo lo que le quedaba de la inmensa fortuna que había heredado de su padre y no estaba dispuesto a recibir ninguna remuneración a cargo del fisco nacional para procurarse un retiro decoroso, pues no iba a permitir por ningún motivo, ni bajo ninguna circunstancia, que asuntos de dinero pudieran mancillar su gloria. Había luchado y servido con absoluto desinterés, jamás para obtener beneficios personales.

La respuesta de Bolívar a Santander, cuando éste le propuso que se asociara en el patrocinio de la empresa que quería abrir el canal de Panamá, nos da buena cuenta de ello. Por más que trató de inducirlo hábilmente con las más halagüeñas y tentadoras razones, fue terminante en su respuesta: “por mi parte, estoy bien resuelto a no mezclarme en este negocio ni en ninguno otro que tenga un carácter comercial”.

Al cargo de tirano, vino a sumarse otro peor a la cadena de agravios, el de usurpador.

“¡Yo usurpador!”

– “Mi amigo, esto es horrible –le dijo a Estanislao Vergara–; yo no puedo soportar esta idea, y el horror que me causa es tal que prefiero la ruina de Colombia a oírme llamar con ese epíteto”.

De modo que era sincero cuando decía que estaba “enteramente fastidiado de los negocios públicos”, y no era para menos.

Después de haber consagrado toda su vida a la causa de la independencia tenía motivos suficientes para sentirse herido de muerte con esta clase de acusaciones, melancólico y con inmensos deseos de dejarlo todo y retirarse a la vida privada.

En semejante estado de ánimo pensó incluso no viajar a Bogotá porque “estoy cansado de miserias, de chismes y de simplezas”.

No obstante, volvía a subirle la moral cuando le llegaba información del proceso de escogencia de los delegados al

Congreso de quienes esperaba un renovado patriotismo para “constituir” las bases de la república.

Esto era lo que más contribuía a devolverle las esperanzas perdidas, para que no fuera un nuevo coloniaje “el patrimonio que leguemos a la posteridad”.

La mayor parte de su pensamiento giraba alrededor de la forma de gobierno más apropiada para consolidar la prosperidad de las naciones andinas. ¿Qué les diría entonces sobre la organización del Estado a los delegados de la Convención convocada para ese mes de enero de 1830?

En aquellos momentos se repitió la pregunta que le hizo a Humboldt en París, cuando era apenas un joven soñador perdido en las lisonjas de los salones versallescos, acerca de si los pueblos de la América Española estarían preparados para gobernarse a sí mismos. Después de tantos años de lucha habiendo estado a la cabeza de su independencia, aún no tenía una respuesta definitiva para aquel interrogante.

¿Qué hubiera sido de estos pueblos si no se hubiese llevado a cabo la guerra de independencia? A cambio de ello, ¿no les hubieran podido deparar un mejor futuro el Estado español con su legislación y sus instituciones políticas? ¿Habían sido inútiles tantos años de guerra y cerca de quinientos mil muertos de las filas americanas para llegar a ese estado caótico? ¿Ese era el precio tan alto que debería pagarse para liberarnos de un imperio que con todos sus males nos había legado la lengua más sonora del mundo, más rica en imágenes como el idioma español?, el único hecho histórico que a la postre había justificado el descubrimiento de América a nombre de Fernando e Isabel.

Bolívar, estudioso de la antigua Grecia, del Imperio Romano, conocedor de los mejores teóricos del Estado de su tiempo, era consciente de la difícil tarea de legislar para un pueblo joven, anárquico, plagado de ambiciosos caudillos locales, amigos de las revueltas domésticas y de los golpes de cuartel, mientras él anhelaba un gobierno estable, vigoroso y perdurable.

No tenía sentido buscarle respuesta a esa pregunta. Para qué preocuparse por lo hipotético cuando la independencia americana no tenía otra posibilidad que enfrentarse el desafío de construir su propio destino.

Aunque había dicho desde 1819 en el discurso del Congreso de Angostura que “... a veces son los hombres, no los principios, los que forman los gobiernos. Los códigos, los sistemas, los estatutos por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: ¡Hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas!”, había llegado la hora de conciliar esa premisa con el compromiso de crear instituciones que hicieran perdurable sus ideales republicanos.

Mucho antes, desde el Manifiesto de Cartagena de 1812, había estado presente en su pensamiento la idea de un orden, la necesidad de un orden, la urgencia de un orden, noción básica para el desarrollo de cualquier nación. El orden como la única fórmula para evitar el caos. Pero ¿cuál orden? Un orden basado por supuesto en la ley, en la que fueran posible a más de la libertad y la justicia, la igualdad y la soberanía.

Para lograr esto –lo dijo en reiteradas ocasiones sin rodeos– se necesitaba de un gobierno fuerte, central, unitario, que asegurara la vigencia de la ley.

La arquitectura de su Estado ideal ya estaba plasmada desde el discurso del 25 de mayo de 1826 con el que presentó en sociedad la Constitución de Bolivia, que en todo caso no estaba llamada a prosperar más por la ciega animadversión de sus opositores a todo lo que proviniera de su genio, que por la fórmula del presidente vitalicio que expuso con absoluta franqueza y a pesar de que fuera el más limitado de todos los poderes, las tres Cámaras legislativas, el Poder Moral en manos de los Censores y el Poder Electoral como garantía suprema de la democracia.

Por más sanas que fueran sus intenciones en cuanto a que el Presidente de la República viniera a ser “en nuestra Constitución,

como el Sol que, firme en su centro diera vida al Universo”, no dejaba de ser una figura antipática, odiosa, un “monarca sin corona”.

De esto se alimentaron también sus adversarios para deducir pretensiones monárquicas, cuando lo más trascendental de su pensamiento en esa obra legislativa por encargo era la idea del Poder político y moral que debería guiar a los pueblos liberados. Un poder moral que haría efectiva la responsabilidad de los gobernantes, de los legisladores, de las autoridades y los empleados todos, incluidos, por supuesto, los militares.

La propuesta de un poder moral que él concibió en manos de la Cámara de los Censores, romana y griega a la vez, no era un poder nominal, sino efectivo, ejecutivo, activo, que sirviera de base para una democracia sólida, en la que fuera posible la aristocracia del mérito inspirada en *El Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, que no estuviese cimentada en simples prácticas electorales, sino en la conciencia pública y la formación colectiva.

De nuevo en 1828, en la Convención de Ocaña, que finalmente se disolvió en medio de las intensas disputas entre sus partidarios y los de Santander, dejaría constancia de su pensamiento político a pesar de que se expusiera “a siniestras interpretaciones, y que al través de mis palabras se leerán pensamientos ambiciosos”.

Pero lo dijo: “Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria”. Y otra vez tuvo que aceptar la paradoja de la dictadura para conservar la república.

Desde el Quindío recordaría que estaría en pocos meses a las puertas de un nuevo Congreso resuelto a dejarlo hacer lo que más le conviniera y a abandonar el gobierno aunque sus enemigos dijeran lo contrario, a pesar de que tampoco esta vez podría evitar las rivalidades internas y que confirmaría su queja por las guerras y conspiraciones que habían sufrido “por atentar a mi autoridad y a mi persona”.

Su aguda intuición confirmaría sus temores, sin saber aún que por causa de estas disensiones, se vería en el momento final de su vida decidido a perdonar a “mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro”.

Entonces pensó una vez más en Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, como su tabla de salvación. Por todas sus cualidades y merecimientos, su moderación, seriedad, equilibrio, buen juicio, ponderación, finas maneras, entereza, valor y profundo conocimiento de los asuntos de la patria, era el llamado a presidir las sesiones del Congreso Admirable de 1830 hacia el cual se dirigía con denodado afán.

El Libertador le tenía absoluta confianza y sabía que si por acaso él llegare a faltar, ahí quedaría Sucre, su más seguro sucesor. Pero lejos estaba de imaginarse en medio de aquella montaña cerca del río Quindío que el destino le depararía un nuevo y profundo dolor con motivo de su vil asesinato, que se llevaría a cabo el 4 de junio de 1830 en la montaña de Berruecos, cerca a Pasto, después de abandonar Bogotá en busca de su retiro hacia Quito, al lado de su esposa, Mariana Carcelén y Larrea, marquesa de Solanda, y de su pequeña hija, Teresa.

Había llegado a tanto la prevención de sus adversarios contra Sucre, que entre las reformas más importantes que llevarían a su seno, sería una norma que fijaba en 40 años la edad para ser Presidente o vicepresidente. Sucre apenas tenía 35.

Con razón al enterarse de la infausta noticia, Bolívar diría desde Santa Marta: “Lo han matado porque era mi sucesor”.

Por aquellos días le angustiaba que frente a las acusaciones de sus detractores sus amigos guardaran silencio, como así se lo hizo ver a José María del Castillo Rada en medio de la enfermedad que lo abatió durante el mes de agosto del año anterior, y a quien le pidió que por favor hiciera algo por defender “nuestra causa”. “Aseguro a Ud. que estoy desesperado con el mando y que no sé que hacer con esta Colombia y con esta América tan desgraciada

y tan trabajosa –le escribió a José Fernández Madrid–. Mucho será que yo me vaya con Dios después de la instalación del congreso en enero, pues mi salud está aniquilada y ya no me quedan fuerzas físicas para hacer el servicio que he hecho hasta ahora. Por otra parte, la ingratitud me tiene aniquilado el espíritu habiéndole privado de todos los resortes de acción... Si quieren mi vida, aquí la tienen, pero no mis servicios, pues ya no tengo valor para sacrificar mi nombre como lo tenía antes: este es el primer efecto de la ingratitud”.

Con razón todas sus esperanzas estaban puestas en el congreso porque según sus propias palabras había llegado “el tiempo de que yo haga mi gusto y cumpla con mi honor. Ya la autoridad está de más en mis manos; yo me comprometí a combatir por la emancipación de Colombia; la España misma está pensando en reconocerla; con este paso queda para siempre asegurada”.

Pero otra cosa pensaban sus enemigos y detractores, quienes no cederían ni un milímetro en su nefasto empeño de sacarlo a la brava, por la vía de las calumnias, de las mentiras, de las difamaciones, de las intrigas, e incluso hasta de las armas.

Él lo sabía.

No valía que pregonara a los cuatro vientos que de veras aspiraba a separarse del servicio público ya que “los que suponen otras miras no me han conocido nunca... atribuyéndome una ambición que sería insensata si yo la abrigase”.

Pero “yo no puedo hacer más de lo que he hecho” –declaraba con un cierto dejo de resignación.

Cuando lo único que quería, por lo pronto, era ponerle fin al estado de guerra, colocar en su sitio a esos “locos mentecatos” que se habían sublevado en el Sur y marchar a instalar el congreso que le pusiera fin a ese “detestable sistema de gobierno que, a la verdad, no es más que una anarquía pura”.

Por eso le pedía a O'Leary que difundiera sus opiniones con insistencia pero sin decir que él lo había dicho, “es decir, en secreto”, a ver si de ese modo terminaban por creer que era cierto.

Sin embargo, ni este método de poner en boca de otros lo que él pensaba dio los resultados esperados, porque hasta el sepulcro, y aun durante muchos años después de muerto, sus más enconados adversarios intentaron en vano, como aves carroñeras, infamar su gloria ante el tribunal de la historia.

Su paso fugaz por el Camino del Quindío fue el producto de su afán por ponerle fin lo más pronto posible a ese capítulo de Colombia y de su vida, sin menoscabo de la determinación final de presentar su renuncia ante el congreso, “porque mi salida del mando es irrevocable”.

“Esta es mi resolución final. Yo dejaré el mando siempre que haya prosperidad y reposo, mas procuraré conservarlo en los momentos más críticos para la república y para mi gloria”.

Tal era el abatimiento y el desengaño que lo acompañaron durante los meses precedentes, pero aquella mañana luminosa se le veía diferente, animado, resuelto, recuperado.

### **Encuentro con la Palma de Cera**

Al salir de la alcoba contempló con el espíritu renovado la claridad del entorno y respiró profundamente el aire puro de la mañana.

La neblina comenzaba a disiparse sobre las copas de los árboles dejando ver con claridad el verde intenso de la vegetación, mecidas por una leve brisa que descendía por entre las montañas desde los páramos.

A esa hora pudo contemplar, como los describiera Humboldt, “los picachos de los nevados Ruiz, Quindío, Santa Isabel. Las Nieves Perpetuas. La más vieja y elevada cadena montañosa del

mundo... Las más altas cumbres... así el Tolima, Quindío y Ruiz; a lo lejos aparecen como conos truncados, como pirámides... pero los nevados siempre aparecen como masas en formas de torres y casas (por eso arquitectónicas) de construcción sencilla... casi no cabe duda de que todos los nevados, todas esas formas arquitectónicas están construidas de la misma clase montañosa”.

Hubiera querido ejercitar su cuerpo dando un paseo a caballo como solía hacerlo en sus mejores tiempos, pero el afán de continuar la marcha lo hizo disuadir del empeño. Observó con nostalgia a su alrededor y se encontró con la mirada de los soldados de guardia que lo saludaban a poca distancia con honores militares, mientras la dueña de casa le acercaba con un “buenos días” una humeante tasa de café fresco.

El Libertador le agradeció de modo elegante aquel noble gesto y luego se encaminó hacia el río por el sendero ya conocido del día anterior acompañado por uno de sus ayudantes, a tomar el baño cotidiano que consideraba muy adecuado para la salud del cuerpo, por lo cual lo recomendaba de manera especial a los comandantes con respecto a sus tropas.

Al regresar encontró a todo el mundo en movimiento pues ya estaba dada la orden general de alistarse para partir muy temprano. Tanto por el apetito que le despertó el agua fría como por la solicitud de los dueños de la posada, no pudo rehusar el abundante y exquisito desayuno que le tuvieron servido en la mesa compuesto por un trozo de carne de cerdo frita, huevos revueltos, arroz, arepa de maíz pelado y chocolate hervido en agua de panela y que el Libertador consumió de buen agrado.

Antes de despedirse y subir a su montura con la agilidad que le había sido característica, observó el cielo en busca de signos favorables para la travesía. Todo parecía indicar que les haría buen tiempo, al menos durante las primeras horas de la mañana.

–Tendrá buen tiempo, general –le dijo con absoluta propiedad el posadero entre tanto les indicaba la ruta a los hombres que debían ir adelante.

De los once mil soldados que estuvieron bajo sus órdenes en el Sur apenas doscientos conformaban su cortejo. Algunos los había dejado cerca de Popayán, otros habían marchado hacia Antioquia, en previsión de nuevos desórdenes, y el resto ya estaría muy cerca de Bogotá.

A poca distancia de la posada de Boquía y bordeando la margen derecha del río Quindío en sentido contrario al que corren sus aguas, se internaron por el bosque espeso en dirección hacia el Valle de Cocora.

Al cabo de tres horas de camino habrían de encontrar un paso no muy profundo por donde cruzar el río sin mayores problemas. Allí comenzaría el ascenso hasta alcanzar una altura de dos mil quinientos metros en dirección hacia el sitio denominado “Toche”, donde tenían previsto pernoctar. Después continuaría el ascenso hasta alcanzar la altura de los páramos a tres mil quinientos metros, e iniciarían el descenso para llegar luego de varias estaciones a la ciudad de Ibagué. Este era el trayecto que entonces se conocía como el Camino del Quindío y que luego llevaría el nombre de Camino Nacional.

Tan pronto como se internaron en el Valle de Cocora, el Libertador se detuvo a contemplar con vivo interés la gran cantidad de árboles de “Palma de Cera del Quindío”, de la que tanto había oído hablar, pero que por primera vez tenía ante sí. Encontró miles de ellas en el horizonte denso de la selva virgen. “Un bosque dentro de un bosque”, como exclamó Humboldt al descubrirlas por primera vez, y quien las había identificado en 1801 como las únicas en su especie que crecían por encima de los dos mil metros sobre el nivel del mar.

Eran unos ejemplares majestuosos, imponentes, que se erguían hacia el cielo por encima de los otros árboles gigantescos.

En ninguna otra parte del mundo se había encontrado esta erguida palmera a esas alturas y en temperaturas tan bajas y que, a pesar de la apariencia delgada de su cuerpo y su largo penacho de hojas

largas y anchas, apenas si se mecían suavemente por obra del viento que soplabá con fuerza desde la cordillera de los Andes.

El Libertador no resistió la tentación de apearse de la bestia para contemplarlas de cerca. Según le habían dicho, eran útiles por su cera, pero además porque daban vino, harina, casa y vestido a los habitantes de aquella región. Por doquiera extendió su mirada limpia las encontró a su alrededor, algunas de ellas cargadas en las copas de sus hojas con una infinita variedad de papagayos.

Acarició una de ellas con sus manos huesudas y firmes en busca de la cera vegetal que la recubría, mientras miraba por entre la espesa vegetación el cielo de un intenso azul y les explicaba a quienes estaban a su alrededor lo que decía de ella en las memorias el sabio alemán.

Quien a esa hora de la mañana tenía los pies puestos sobre la tierra del Quindío teniendo frente a sí la palmera que con el correr de los tiempos se convertiría en el “Árbol Nacional” de Colombia, había cabalgado sobre el lomo de una bestia cerca de 63 mil kilómetros desde que saliera de Bogotá a finales de 1828 en cumplimiento de su deber.

Más que aires e ínfulas de emperador tenía el aura de la grandeza, y que muchos interpretaron en forma equivocada como el deseo recóndito de lucir sobre sus sienas encanecidas de manera prematura una corona de oro, aunque jamás estuviera entre sus planes un error semejante como el que había cometido Napoleón Bonaparte, por la época que el joven caraqueño había jurado en presencia de su maestro asumir la tarea colosal del liberar a América del yugo español.

Tan sólo se había dejado colocar sobre sus sienas varias coronas de laureles por bellas mujeres que más tarde yacieron en su lecho. Lo dijo varias veces, lo repitió de diferentes maneras, a distintas personas, sin vacilación, con una determinación irrevocable, pero no le creyeron.

Uno de los motivos de su desencanto con Napoleón, hijo de la Revolución francesa, fue que hubiera restaurado la monarquía en los tiempos que el poder real en Francia parecía cosa del pasado.

Ambos estuvieron influidos por el espíritu libertario de la época, pero con destinos distintos. El uno moriría envenenado en una Isla, sin la corona de rey que el 2 de diciembre de 1804 se ciñó él mismo en presencia del Papa Pío VII en la catedral de Notre Dame para asombro del mundo, el otro, también cerca del mar, en una casa de un hidalgo español, decepcionado, desilusionado, sin fortuna, rodeado del afecto de unos pocos amigos, sin las lágrimas de su amante derramadas sobre su pecho, victorioso, majestuoso, grande, inmortal, mientras comenzaba a fulgurar en el cielo del Caribe, testigo de sus primeras hazañas y de sus tempranos sueños, la estrella luminosa que habría de brillar por todos los siglos.

En la oscuridad de aquel bosque denso y húmedo, teniendo como música de fondo el rumor de río, poco a poco se iba internando en el Camino del Quindío con su pensamiento puesto en el próximo Congreso.

Era consciente de que no le quedaban demasiados años de vida, sobre todo después del ataque de bilis negra que lo había dejado exhausto y maltrecho en la campaña del Sur.

En aquel momento tuvo conciencia de que su organismo estaba minado por completo, que no tenía muchas fuerzas para mandar ni para amar como lo había hecho en el pasado. Fue el anuncio inequívoco de que su organismo se consumía en forma inexorable.

Creía que le quedarían cuatro o seis años de vida, pero no tendría aliento, ni tiempo, ni cuerpo para tantos. En menos de un año lo estaría acechando la muerte cerca de las playas de Santa Marta, bajo la sombra de otras palmas.

Con su habitual destreza de jinete infatigable apretó las piernas en los ijares de su animal para proseguir la ruta que había escogido

desde que asumió la tarea de liberar a los americanos del yugo español, y que en esta nueva jornada lo conduciría hasta Bogotá donde lo esperaban con la misma ansiedad sus amigos como sus enemigos, los unos para que continuara al frente de su obra y del gobierno, los otros para quitárselo de encima de una vez.

Tal vez en este momento pudo advertir, con la misma claridad del día, que en el futuro inmediato, en el Congreso que tenía fundadas tantas esperanzas, ni los unos lo salvarían, ni los otros podrían contra él, pues lo supo entonces y a lo largo de toda su agitada vida que sólo el paso del tiempo le abriría las puertas de la inmortalidad.

En alguno de los altos de la montaña del Quindío hizo detener la mula, se apoyó sobre los estribos de la montura y volvió la mirada para contemplar por última vez el paisaje que dejaba atrás para siempre, abrupto, denso, incierto, lleno de luces y sombras, como su destino.



## **Braulio Botero Londoño, un hombre que fue flama**

John Jaramillo Ramírez

### **La saga familiar**

Fresca aún la tinta de los tratados de Neerlandia y el Wisconsin que pusieron fin al doloroso episodio de la Guerra de los Mil Días, nace el 5 de enero de 1903, en la Inspección de La Unión, Departamento de Antioquia, Braulio Botero Londoño, el séptimo hijo del cejeño Miguel Antonio Botero Bernal y la rionegrera Amalia Londoño Londoño.

Para esta época, de la cuantiosa fortuna familiar que había comenzado a amasar desde mediados del siglo XVII don Juan José Botero Mejía, ya era muy poco lo que quedaba. Enamorados de la libertad y las ideas liberales, no dudaron nunca en combatir por sus ideales, comenzando por el Comandante José María Botero Villegas, quien participó en la gesta libertadora y en 1829 entregó sus caudales y ganados al general Córdoba, con quien estuvo desde el mismo instante de su grito de rebeldía hasta la trágica hora de El Santuario.

El siglo XIX fue para Colombia un siglo convulsionado, marcado por una infinita sucesión de guerras y revoluciones, que asolaron los campos antioqueños y donde los Botero siempre participaron. Así, los vemos empuñando las armas en 1836, en la revolución llamada del “Padre Botero”, en 1840 acompañando a Salvador Córdoba, con Eusebio Borrero en 1851, al lado de Pascual Bravo en 1864, defendiendo las ideas de Aquileo Parra en Los Chancos y Garrapata en 1876, con Tomás Rengifo en 1879, vencidos en 1880 frente a Jorge Isaacs, derrotados en 1885 al lado de Rafael Uribe Uribe y Valentín Deaza, perdedores otra vez en 1895 con José María Ruiz, hasta

llegar a la guerra de los Mil Días, donde no combatieron pero apoyaron generosamente al General Uribe.

Y si podemos decir esto de los Botero, los Londoño tampoco se quedaron atrás, desde Andrés Londoño García, quien combatió al lado de su suegro, el dictador Juan del Corral, y que en 1813 estuvo junto al sabio Caldas construyendo las obras de defensa de Bufú, para detener a Sámano y a los españoles que se habían apoderado del Valle del Cauca; y pasando por Antonio María Londoño Botero, muerto en el combate de Bosa apoyando a Mosquera y José Hilario López; el Coronel Miguel Londoño Marulanda, muerto en la Batalla de Cascajo; hasta el General Carlos Londoño Villegas y el Coronel Rafael Londoño Marulanda, quienes pelearon a favor de las ideas radicales en Los Chancos, Salamina, Santa Bárbara de Cartago, La Humareda y Malpaso.

El estar siempre listos para la defensa de un ideal, abandonando bienes y familia, los saqueos a que fueron sometidos en las mismas guerras civiles —como el cometido por Cándido Tolosa, que, aunque era liberal, asoló completamente la casa de José Tiburcio Botero Mejía, abuelo de Braulio y se llevó el poco ganado que aún quedaba; las tropelías cometidas por Pachonegro y sus secuaces, quienes a media noche irrumpieron en la casa de “El Burro”, encontrando a doña Amalia acompañada solamente de sus pequeños hijos, destrozando todos los enseres a punta de bayoneta, robándose el poco bastimento que tenían y atreviéndose a dejar colgada con rejos y del envigado de su casa a la tía Marciana Londoño, por haber sentado ante Pachonegro su erguida protesta por el exabrupto cometido; el excesivo valor de los “compartos” a que se veían sometidos por los vencedores al cabo de cada guerra o revolución—, hicieron germinar en la mente de don Miguel el deseo de abandonar los risueños paisajes del oriente antioqueño y buscar nuevos horizontes.

Inicialmente pensó establecerse en lo que había sido sur de Antioquia que ya era norte del recién creado Departamento de

Caldas. Como vecino de La Ceja del Tambo y por el parentesco de su esposa con Juan de Dios Aranzazu González, sabía muy bien de los problemas a que se veían enfrentados los nuevos pobladores de estas tierras, especialmente los de Salamina, Neira y Manizales con los herederos de la Concesión Aranzazu, que fueron Elías González, tío de Aranzazu, y Luis Gómez de Salazar, quienes habían fundado una sociedad de hecho llamada González y Salazar, situación que lo indujo a pensar que era mejor radicarse en el Quindío, ignorante tal vez de que aquí se vivían problemas muy similares con Burila.

Esta idea se cristaliza en 1908, cuando después de vender sus posesiones de “Vallejuelo”, “El Burro”, “Valleamarillo” y “Yarumal”, emprende el viaje con su esposa y nueve de sus catorce hijos, habiendo elegido como destino final Armenia, donde ya se habían radicado varios de sus hermanos. Mesopotamia, Abejorral, Sonsón, el Cañón del Arma, Sirgua, Los Medios, La Chorrera, Aguasclaras, Aguadas, La Montañita, La Víbora, Pácora, Las Coles, La Loma del Pezo, Arquía, Las Trojes, La Frisolera, Salamina, Alto de Chamberí, Manzanillo, Alto de Alegrías, La Chillona, Alto del Cardal, Cantadelicias, Neira, La Linda, Manizales, Aldea de María, San Francisco, Santa Rosa de Cabal, Pereira, El Manzano, fueron etapas de ese peregrinar que hubo de hacerse lentamente, ya que doña Amalia venía enferma y en embarazo.

En la jornada entre El Manzano y Circasia, el estado de salud de doña Amalia torna caracteres de gravedad y don Miguel decide alquilar una casa en esta población en espera del nacimiento del nuevo vástago y la recuperación de su esposa. Esta estancia, que se había previsto fuera de pocos meses, duró 29 años.

### **Años de formación**

Arraigados en Circasia, unos años más tarde, Braulio inicia sus estudios en el colegio que regentaban don Julio y don Lázaro Echeverri, magníficos educadores y practicantes de las ideas del radicalismo liberal.

En 1914, el General Benjamín Herrera, convencido de que por las armas el liberalismo nunca podría llegar al poder, y que esta meta sólo podría ser alcanzada por nuevas generaciones formadas en el ideario liberal, funda en Bogotá la Universidad Libre y el colegio anexo. Sobre este molde, don Julio y don Lázaro, con el apoyo de Boteros, Gavirias, Londoños y Echeverris estructuran su plantel.

Obviamente, en un Estado dominado entre bambalinas por la iglesia, la enseñanza laica generó una oposición cerrada por parte del clero y el colegio hubo de clausurarse, y con este cierre, culminan los estudios de Braulio Botero. Años más tarde, y siendo ya un joven dirigente, trabaja para lograr su reapertura y logra que el Concejo Municipal integre una Junta conformada por el párroco, Manuel Antonio Pinzón, don Lázaro Echeverri y don Gonzalo Álvarez Isaza, un liberal sonsoneño, que bien hubiera podido ser rionegrero, porque encajaba perfectamente en la famosa definición de “para conservadores buenos, los liberales de Rionegro”. Don Lázaro insistía en que se llamara otra vez Colegio Libre, Pinzón se oponía y sólo con el nombre propuesto por don Gonzalo de “Colegio Municipal de Varones”, pudo ser reabierto en 1924, nombre que llevó por diez años, hasta que en la primera administración de López Pumarejo vuelve a llamarse Colegio Libre, funcionando normalmente hasta el gobierno de Ospina Pérez, cuando el Ministro de Educación ordena su cierre. En 1952, vuelve a abrir sus puertas, pero el párroco, Gabriel Luján, le impone el nombre de Colegio de San Juan Bosco y solamente en 1965, retoma su nombre primitivo.

### **Los hilos de la conspiración**

El apogeo económico que vivió Circasia en los años veinte coincidió con el surgimiento de un grupo político-ideológico inspirado en el liberalismo radical y muy apoyado por la masonería, que en todas partes hacía sentir su oposición a la hegemonía conservadora.

En 1922, en las elecciones presidenciales, el candidato liberal, General Benjamín Herrera, cae derrotado frente al candidato

conservador, el General Pedro Nel Ospina Vásquez. Nuevamente, el liberalismo descontento intenta derrocar al gobierno. En esta oportunidad, la cabeza de la conspiración era un liberal cucuteño, el General Leandro Cuberos Niño, de quien se dijo entonces que pretendía derrocar al conservatismo para luego establecer la “República del Zulia”, con parte de Venezuela y Colombia y con el apoyo de los intereses petroleros vinculados a Maracaibo y al Catatumbo.

Cuberos contaba con seguidores en gran parte del país y el enlace de su movimiento para la región del Quindío era Braulio, quien tenía el nombre en clave de “Carburador”, el mismo que años después registrara como su dirección telegráfica en Circasia. Ospina supo de esta intentona en Medellín, donde asistía con varios ministros y miembros de su gobierno a uno de los últimos carnavales realizados allí. Encontrándose en el Baile de Fantasía en el Club Unión, y ataviado con la casaca bordada en oro que su suegro, Eduardo Vásquez Jaramillo, vistió en París una noche, cuando hacía allí parte de la Legación de Colombia para asistir a la recepción ofrecida por la Emperatriz Eugenia en Las Tullerías, supo del inminente golpe de estado y con este traje y sin tiempo de arreglar maletas, emprendió el regreso a Bogotá vertiginosamente, mientras los conjurados, sorprendidos casi con las manos en la masa, se escondían.

Braulio se refugió en “El Cedral”, una finca que, río Quindío arriba, tenía en Salento Ramón Jaramillo Restrepo. Allí estuvo escondido varios meses, dedicándose a la lectura de los cuatro grandes panfletarios de Colombia: José María Vargas Vila, Fidel Cano, Juan de Dios (El Indio) Uribe y Antonio José Restrepo y a subir en las noches de luna en compañía de Raquel Arango, hasta “Cruz Gorda”, en busca del espanto del General Carlos Mejía, para que les confesara dónde había dejado el “entierro”. Cuando creyó que ya la tormenta había pasado, retornó a Circasia, donde fue detenido y enviado a la cárcel de Manizales.

## Comerciante y ganadero

Al cierre del Colegio Libre, y no existiendo en Circasia otro lugar donde continuar estudios, Braulio resuelve convertirse en comerciante. En 1916, con sólo trece años y previa habilitación de edad por parte de su padre, don Miguel, monta en compañía de éste el clásico Almacén de pueblo, donde podían adquirirse todo tipo de mercaderías.

Llama sí la atención, que siendo Pereira desde entonces un gran centro comercial, prefiriera surtirse en Manizales y en Armenia. La “Cigarrería La Patria”, de Enrique Jaramillo; el “Almacén La Vega”, de Alberto Mejía, el de Gregorio Tabares y Compañía; el “Almacén Americano”, de Ricardo Escobar Lince, todos ellos en Manizales, y el almacén de José Manuel Naranjo y “El Buen Gusto”, que por entonces era de Juan R. Jaramillo, en Armenia, fueron las casas comerciales que les abrieron amplio crédito y les despachaban las mercancías, que empacadas en cajones forrados en encerados, que por otra parte, siempre le cobraban al comprador, a lomo de mula llegaban hasta Circasia.

Posteriormente, ya al final de los años 30 y en la década de los cuarenta, son empresas de mayor envergadura, como “La Voz de Armenia”, que funcionaba en la Carrera 13 entre Calles 19 y 20, donde hoy se encuentra la Casa de Cultura; la “Droguería Colombiana”, en la Calle 21 entre Carreras 16 y 17 (hoy Banco de la República), que importaba directamente de Estados Unidos los últimos adelantos farmacéuticos y en cuya vitrina había pintado un gigantesco teléfono negro con el letrero “16-15, el teléfono de su salud”, pues fue la primera empresa comercial de Armenia en introducir el servicio a domicilio, y la “Agencia General de Loterías”, donde se distribuían todas las loterías del país, en la Plaza de Bolívar, esquina de la Carrera 13 con Calle 20, y que fue la última de las empresas comerciales que permaneció en su poder, pues solamente a comienzos de la década de los 70 la vende.

Pero no fueron sólo Circasia y Armenia el campo de su actividad en el comercio. En Barranquilla, y en sociedad con su primo Darío Álvarez Londoño, tuvo la “Distribuidora Caldas”, que agenciaba para la costa atlántica los rones, aguardientes y lociones que fabricaba la Industria Licorera de Caldas, y el mismo negocio, pero de su exclusiva propiedad, para el Departamento del Cauca, gerenciado en Popayán por su hermano Eutimio.

Al final de su período como Representante a la Cámara, lo contacta el Doctor Julio Jiménez, gerente de Bavaria, y le ofrece la gerencia de la distribuidora de la cervecería que funcionaba en Armenia, en un inmenso local en “La Cejita”. Braulio aceptó con la condición de que Bavaria construyera una fábrica en Armenia, pues las cervezas Poker, Costeña, Maltina, Ancla y Nevada, eran producidas en las plantas de Pereira y Manizales. La Junta Directiva le da carta blanca para montarla, y es Braulio quien escoge y adquiere el sitio para la factoría, sobre el camino de Circasia, en los terrenos que por entonces quedaban entre los viejos tanques del acueducto y la entrada al Barrio “Las Palmas”, quien dirige su construcción y quien la pone en funcionamiento en 1949 en la celebración de los 60 años de Bavaria, ocasión que fue aprovechada por la cervecería para lanzar al mercado nacional una cerveza extra seca, la Club 60, que años después cambiaría su nombre al de Club Colombia.

Los producidos de esta actividad comercial, siempre exitosa, le permitieron dedicarse a la labor que le apasionó toda la vida, la ganadería. Y es así como adquiere en compañía con su hermano Crisanto, en Circasia, en la vereda de “La Concha”, las primeras tierras, que fueron bautizadas con el nombre de “La Gaviota”, convirtiéndose Braulio en fiel asistente a las ferias ganaderas de Circasia, Armenia y Cartago. Posteriormente, adquieren sobre el camino a Montenegro y en la vereda de “Llanadas”, otra propiedad, que fue denominada como “Versalles”. Al disolverse la sociedad, Crisanto se queda con “La Gaviota” y Braulio con “Versalles”, tierras que fue aumentando al adquirir propiedades vecinas, especialmente la denominada “La Libertad”.

Años más tarde, adquiere en el Valle del Cauca, en las goteras de Cali y a orillas del Cauca, otra propiedad a la que le dio el nombre de “La Amalia”, y a su regreso de Europa, en 1957, en compañía de su primo Braulio Londoño Vélez, las bellísimas tierras de “Dinamarca”, entre Puerto Tejada y Santander de Quilichao, tierras que al final quedaron totalmente en su poder, y otras propiedades en Circasia, colindantes con “Versalles”, entre otras, una a la que le dio el nombre de su esposa: “La Luisa”. Cabe anotar que la agricultura no le llamaba mucho la atención y sólo en “Versalles” mantuvo un pequeño cafetal, pues como él decía: “Para poder criticar al Gobierno y a la Federación en sus políticas cafeteras, hay que tener autoridad moral, y ésta sólo se tiene si se cultiva café, así sea un solo arbusto sembrado en una mata”. Él mismo se definía como “un campesino de bien, enamorado de la libertad” y como nuevo Anteo, sacaba de la tierra las fuerzas para capitanear muchas empresas.

### **Venerables hermanos, queridos hermanos**

Una de las instituciones que más influencia tuvo en los grupos político-ideológicos de tendencia liberal, opuestos al gobierno en los años 20, especialmente en Circasia, fue la Masonería.

Surgida en Inglaterra en el siglo XVIII e inspirada en las corporaciones gremiales del medioevo, estuvo desde siempre muy unida a la ideología liberal de la burguesía y tuvo un papel preponderante en la independencia de los países americanos, especialmente en la de Estados Unidos, y parece que algunos de nuestros próceres, como Bolívar y Nariño, fueron masones, pero pertenecientes a Logias europeas.

La masonería entró a nuestro país en 1833 por Cartagena, donde fundaron con el nombre de “Hospitalidad Granadina”, la primera Logia que funcionó en Colombia y allí mismo se constituyó el Supremo Consejo de la institución. De Cartagena salieron todas las otras asociaciones masónicas colombianas y por ello el “Supremo Consejo Neogranadino” de Colombia, así como los Soberanos Grandes Comendadores de éste, fueron siempre reconocidos

como la máxima autoridad en todo el país hasta 1938, cuando se firma un Tratado de Fusión, que trasladó la sede principal de la organización a Bogotá.

Braulio, desde muy joven, tuvo conocimiento a través de las lecturas y por su tío, el Doctor Santiago Londoño Londoño, de las finalidades de esta institución, que en aquellas épocas oscurantistas era considerada como algo demoníaco y desde el púlpito llovía sobre sus afiliados toda clase de anatemas y excomuniones. No sabemos exactamente en qué año se produjo su ingreso, pero sí se sabe que fue en la Logia “Libres de Caldas No. 17”, de Pereira, fundada en 1917, donde muy pronto alcanzó el grado tercero, que según sus propias palabras, es el grado donde se conocen a fondo todos los detalles de la masonería. Es en esta Logia donde en 1939, y siendo Gran Maestro Carlos Drews, es nombrado “Gran Guarda del Templo Exterior”.

Posteriormente, y ya radicado en Armenia, se vincula a la “Logia del Quindío No.7”, Valle de Armenia, que había sido fundada por Arturo Flórez Grisales, Antonio Restrepo Escobar, Alberto Hadad, Santiago Gutiérrez Ángel, Mario Rojas Peña, Joaquín Arias G. y Bernardo Botero Álvarez, bajo los auspicios de la “Gran Logia de Caldas”, con sede en Pereira.

En 1941, en esta Logia de Armenia eran Maestros Joaquín Arias G., Roberto Botero Arango, Mauricio Ramelli, Eduardo Sandoval, Francisco Osorio Villegas, Alberto Hadad, Manuel Vargas Cano, Bernardo Botero Álvarez, Azarías Campuzano, Antonio Corrales, Ricardo Ángel Londoño, José María (Chepe) Cárdenas Baena, Jorge Guarín, Ezequiel Botero, Eladio Gónima, Lucio Materón, Naím Estefan, Braulio Botero Londoño, José Ospina, Pedro Fayad, Pompilio Valencia, Luciano Echeverri, Alfonso Jaramillo H. y Roberto Ángel.

En el grado de Compañeros estaban César Ángel Ángel, Aníbal Gutiérrez Gutiérrez, José Cardona, Samuel Jaramillo, Federico Flórez Grisales, Samuel Echeverri, Fernando Arias Ramírez, Alfonso Restrepo Botero y Abdala Aljure. Aprendizices eran Braulio Londoño Vélez, Roberto Gallego y Teófilo Monsri.

Ya se habían retirado definitivamente Federico Gutiérrez Jiménez, Santiago Gutiérrez Ángel, Alfredo Botero Álvarez, Gildardo Armel, Mario Rojas Peña, Valerio Mejía, Antonio Restrepo Escobar, José Palacio Echeverri, Pedro Beltrán, y temporalmente estaban alejados de la Logia Milciades Cala Méndez, Enrique Coral Velasco, Julio Gaviria Lince, Eudoro Cortés, Miguel Ángel Arango Peña, César Abdú, Antonio González y Horacio Jaramillo Jaramillo

De los 25 Maestros que la conformaban, 22 eran grado tercero; dos, Manuel Vargas Cano y Roberto Botero Arango, eran Grado 18 y sólo uno, Alberto Hadad, era Grado 30. Cuando se inicia la violencia partidista en Colombia, esta Logia abatió columnas y sólo a finales de la década de los 50, el mismo Braulio y otros compañeros, como Pedro Fayad, crean en Armenia una nueva, que es la actual “Logia Quindío No. 15”.

Por muchos años permaneció Braulio en el Grado Tercero y después fue alcanzando todas las demás dignidades, como Gran Elegido Caballero Kadosh del Águila Negra y Blanca en 1986; Sublime Príncipe del Grado 32, Rito Escocés, en 1987, y en 1988 le confieren el título más alto de la masonería, que es el Grado 33.

Como anécdota, vale la pena relatar que el famoso y cacareado Grado 34 del General Tomás Cipriano de Mosquera, no era más que una falsedad. En 1860, siendo Mosquera presidente del Estado del Cauca, se separó de la Confederación Granadina y aliado con Juan José Nieto, presidente del Estado de Bolívar, se lanza a la guerra contra don Mariano Ospina Rodríguez. Mosquera y Nieto se detestaban y la alianza era meramente coyuntural, comenzando a salir a flote durante la guerra, los resquemores entre ambos.

Nieto era Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo Neogranadino, por lo cual tenía bajo su mando, en el campo de la masonería, a Mosquera, y éste, que no aceptaba imposiciones

de nadie, decidió, hallándose en Ambalema en 1862, crear por su cuenta una nueva orden masónica, a la que llamó “Orden Gloriosa y Redentora de Colombia” y que tenía autoridad para otorgar el Grado 21 a los “Sabios Amigos de la República”, el Grado 33 para los “Varones Eminentes Apóstoles de Colombia” y el Grado 34 para los “Acrisolados Amigos de Colombia” y que en uno de sus ataques de megalomanía, inmediatamente se adjudicó a sí mismo.

Como es lógico, este cisma conmovió las columnas de la masonería verdadera, que protestó inmediatamente por la gravedad de aquel movimiento que pretendía entregar un grado superior al 33, símbolo de la edad de Cristo, y rechazó con indignación el Grado 34 que se había concedido Mosquera, disputa que sólo vino a finalizar en 1867 con la caída de Mascachochas.

Retomando el camino masónico de Braulio, encontramos que en 1991 es elegido como miembro “Ad Vitam” de la Logia Quindío No. 5 de Armenia y el 8 de Mayo de 1993, la Gran Logia del Eje Cafetero, presidida por el Muy Respetable Gran Maestro Fabio Ángel Jaramillo y conformada por las Respetables Logias “Caballeros del Templo No. 1”, “Armonía No. 3”, “Consota No. 7” y “Unidad No. 9”, del Valle de Pereira; “Nieves del Ruiz No. 14”, del Valle de Manizales; “Quindío No. 15”, del Valle de Armenia y “Libres del Tolima No. 30”, del Valle de Ibagué, se reúne en el Cementerio Libre para rendirle un homenaje, tal vez la más grande manifestación pública de la masonería desde el entierro de Crótatas Londoño Cardona en el Cementerio Central de Bogotá, homenaje en el que también se hacen presentes el Supremo Consejo Grado 33 para Colombia y Cámaras Escocistas “Logia de Perfección”, el Soberano Capítulo “Luz del Otún” y el Consejo Kadosh Templarios de Pereira, acto en el cual llevó la vocería de los Hermanos Masones el doctor Jaime Echeverri Herrera.

Cabe anotar que en sus recorridos por el mundo, siempre fue huésped de honor de los templos más importantes, como el de Alejandría, en Estados Unidos, logia a la cual perteneció Jorge

Washington, el de Lausanne, en Suiza, y muchos de Escocia y Francia.

### **Braulio y la mujer**

Criado al pie de una madre amantísima y de excepcional inteligencia como lo fue doña Amalia Londoño, vaciada en el molde de la “mujer fuerte” mencionada en las Escrituras, Braulio supo desde siempre apreciar la verdad de aquella frase que dice que “detrás de cada gran hombre hay una gran mujer”.

En la segunda mitad del Siglo XIX la mujer estaba completamente relegada al hogar o a la vida conventual. Literatas como Soledad Acosta de Samper; poetas como Agripina Montes del Valle o metidas a militares como María Martínez de Nisser, “La Marucha”, son casos excepcionales y sólo casi al final del siglo se le permite a la mujer ejercer un oficio fuera del hogar: el de maestra.

El final de la I Guerra Mundial, no sólo libró a la mujer de polisones y corsés, sino que abrió resquicios, por donde algunas se asomaron tímidamente pero otras irrumpieron con ímpetu, como María Cano, que agitó por toda Colombia sus ideas socialistas y su bandera de los tres ochos. Y por ese resquicio penetraron también las mujeres de Circasia con la fuerza arrolladora de una avalancha, tanto que don Heraclio Uribe Uribe escribió que si todas las colombianas tuvieran las agallas y el empuje de las circasianas, el país podría avanzar a pasos gigantescos.

Dispuestas a no seguir siendo fábricas de hijos ni muñecas de peinador, salen a participar activamente en todas las empresas y avatares políticos. Es así como el 7 de octubre de 1928, 59 señoras y señoritas de Circasia envían a Julio Madero, Ministro de Méjico en Colombia, un mensaje de protesta contra el gobierno de Abadía Méndez, que apoyado por la iglesia, criticaba las decisiones de Plutarco Elías Calles de hacer de Méjico un estado verdaderamente laico, sin intromisiones clericales, y manifestando su irrestricto apoyo al mandatario mejicano.

Cuando en 1930 surge la candidatura presidencial de Olaya Herrera, las circasianas inmediatamente se lanzan a trabajar en la campaña. Amalia Lince de Gaviria, Rosa García de Ospina, Lola de Londoño, Amalia Restrepo de Gaviria, Elvira Lince Peláez, Purificación Arias de Suárez, Dalila Botero Londoño, Blanca Ossa de Mejía, Cecilia e Inés Suárez Arias, Rosalía Villegas de Ossa, Minerva Gaviria Londoño, Emma Varón de Mejía, Carlina Tobón de Londoño y muchas más, bajo la dirección de la Junta Liberal presidida por Braulio, se convierten en organizadoras de la victoria, donde Olaya obtiene 1080 votos contra 464 de Vásquez Cobo y 26 de Valencia, y fueron las que el 7 de Agosto de dicho año realizaron la primera manifestación exclusivamente femenina de que se tenga noticia en el Quindío y donde a los acordes del pasodoble “Valencia”, del Maestro Padilla, recorrieron las principales calles cantando:

*Valencia,  
No subió a la Presidencia  
Porque Olaya no dejó.  
Vásquez Cobo,  
No siguió haciendo más robos  
Porque Olaya lo impidió.*

Cuando pocos días después decide Braulio iniciar la construcción del Cementerio Libre, son las circasianas las más entusiastas colaboradoras, participando en todos los convites, realizando cantarillas, presidiendo becerradas, organizando bailes y veladas donde centavo a centavo se recaudaron los fondos para hacer realidad tan magna obra.

Braulio siempre creyó en las capacidades de la mujer y en todas las intervenciones públicas de sus últimos años, lo recalca, como en el discurso del 16 de enero de 1993, en la inauguración de la ampliación del cementerio, cuando dijo: “La mujer, a lo largo de la historia de la humanidad, ha permanecido humillada bajo la dictadura masculina, ocupándola únicamente en servicios domésticos. Por fortuna, en los últimos años han venido flotando aires de esperanza relacionados con la libertad y dirección de

los asuntos públicos por parte de la mujer. Cuando tengamos en Colombia Constitución Nacional, Leyes, Decretos, escritos con la inteligencia, bondad y dulzura de la mujer, seguramente desaparecerá, por lo menos en parte, la corrupción y el crimen que han venido invadiendo a Colombia a lo largo y ancho de toda la nación”.

Cuando alguna vez, en distendida charla familiar le pregunté a Braulio por qué, si él había sido un líder acatado por las Juntas Liberales desde Aguadas hasta Génova y desde Riosucio a La Dorada, amigo de Presidentes, Ministros y Directivos a nivel nacional, nunca había sido Gobernador de Caldas en propiedad, me respondió:

—En 1940, el Presidente Santos me ofreció la Gobernación de Caldas, pero Lorencita, que como buena “güevera”, era muy fanática, se aterró de que un hombre de mis convicciones filosóficas fuera a gobernar su Departamento natal y logró que Santos se arrepintiera y nombrara a Roberto Marulanda Botero. Pero si me posesiono, no sé lo que hubiera pasado, pues yo estaba dispuesto a nombrar en la Dirección de Instrucción Pública a una mujer y para ello había pensado escoger entre los nombres de María Josefa (Pepa) Cáceres, una bumanguesa que se había destacado como Directora de la Normal de Señoritas de Manizales; Carlota Sánchez, que en Pereira había aplicado todas las normas montessorianas en la educación femenina, o una gran amiga, literata y magnífica educadora, la calarqueña Agripina Restrepo de Norris.

### **Los anchos caminos del mundo**

Braulio Botero fue un viajero impenitente y los anchos caminos del mundo siempre tuvieron para él el encanto de lo irresistible. Cómo era de grato escuchar de sus labios todas las andanzas que realizó, donde nos decía que su sed de horizontes se había iniciado en 1913, cuando a pie y en compañía de su hermana Emma, sin avisarle a su familia, decide ir a visitar a su tía Sofía Londoño, que vivía con su esposo Fortunato

Gaviria Jaramillo en la finca “La Helvecia”, en tierras que hoy conocemos como “La Albania”, y que los 30 “cóndores” que llevaban como único capital, los invirtieron en comprarle una lora a un cacharrero que encontraron en “La Florida”, la finca de don Prudencio Cárdenas Botero.

En los años 30 recorre todo el territorio nacional y cuando culmina su periodo en la Cámara de Representantes, emprende un viaje que lo llevó a conocer Estados Unidos, Canadá, las Antillas y gran parte de Centroamérica. En 1951, cuando bajo el gobierno de Laureano Gómez el clima político se había hecho intolerable y milagrosamente logró escapar a varios intentos de atentado contra su vida, contrae matrimonio en Manizales con Luisa Jaramillo Restrepo, nacida en el hogar ejemplar de don Cristóbal Jaramillo Uribe y doña Margarita Restrepo Botero.

Mujer exquisita, de vasta cultura, poseedora de los más preclaros abolengos, pues si escudriñamos entre las frondas de su genealogía encontraremos que su linaje entronca con el primer Alcalde de Medellín, Alonso Jaramillo de Andrade, con el General Rafael Uribe Uribe, con Alonso López de Restrepo, uno de los fundadores de Medellín; José Félix de Restrepo, el que como esclavo de la ley, condenó a muerte al General Córdoba y devolvió a una viuda de su propio peculio el escaso capital que le habían arrebatado por mala sentencia suya; el gran historiador José Manuel Restrepo; Antonio María Restrepo Uribe, autor de la famosa frase: “La ley no tiene corazón y el magistrado que se lo presta, prevarica”; Antonio José Restrepo Trujillo (Ñito) y los presidentes Carlos Eugenio Restrepo Restrepo y Carlos Lleras Restrepo, fue la magnífica e insuperable compañera de Braulio por 43 años.

Al lado de ella emprendió numerosísimos viajes por Estados Unidos, Canadá, Europa, norte de África, Asia Menor, la India, China, donde fueron los primeros colombianos en ser admitidos en este país que había cerrado sus puertas a los viajeros extranjeros, Rusia y Méjico, donde Braulio contaba

con excelentes amigos como el Licenciado Gonzalo Robles, Director de Investigaciones Económicas del Banco de Méjico, viajes que hicieron aún más sólida su cultura, tanto que, radicado en Suiza, en la entrevista que le hicieron para ingresar a los cursos de Economía en la Universidad de Lausanne, al final le dijeron que para qué deseaba ingresar, si él más bien podía ser el profesor y que abrieron su mente a nuevas experiencias, nuevas impresiones del mundo y nuevas formas de ver la vida.

### **En la arena política**

Durante la hegemonía conservadora, de exagerada influencia clerical, era el Arzobispo Primado de Bogotá quien escogía los candidatos presidenciales. En 1926, aspiraban a esta nominación Alfredo Vásquez Cobo y Miguel Abadía Méndez, quienes solicitaron audiencia al enérgico Monseñor Bernardo Herrera Restrepo, para que determinara cuál de los dos debía ser el candidato, manifestando Herrera que este debía ser Abadía, pero que desde ese mismo instante quedaba proclamada la candidatura de Vásquez Cobo para 1930.

Siendo Abadía presidente, fallece su Ilustrísima Herrera y el Vaticano designa como Primado a un huilense, Monseñor Ismael Perdomo Borrero, que al carecer de la energía del anterior prelado, era manejado a su antojo por los jefes conservadores.

Confiado en la promesa episcopal, Vásquez Cobo lanza su candidatura, pero el Maestro Guillermo Valencia, deseoso de probar suerte nuevamente, pues ya lo había hecho en 1918 enfrentado a Marco Fidel Suárez, también presenta su nombre para aspirar al solio presidencial, generándose una división en el conservatismo que el blandengue Monseñor Perdomo, presionado de uno y otro lado, no supo manejar y el clero colombiano comenzó a recibir una serie de pastorales donde si en una se apoyaba a Vásquez, en la siguiente el respaldo era para Valencia, situación que se repitió varias veces y confundió a todos los sacerdotes que ya no sabían qué aconsejar a sus feligreses.

Aprovechando estas dudas y pentimentos del Arzobispo, el liberalismo vio llegada la oportunidad para alcanzar el poder y alrededor del nombre de Enrique Olaya Herrera, lanza una candidatura llamada de Concentración Nacional que logra la victoria, y a Monseñor Perdomo, los conservadores, mordiendo el polvo de la derrota, lo bautizan como Monseñor Perdimos.

Una inmensa parte de los colonizadores del Quindío, especialmente los que vinieron de Antioquia, eran liberales y esa mayoría, patente en todos los municipios, con excepción de Filandia, se demostró en las elecciones del 30, cuando apabullan al partido conservador.

Braulio, que había estado preso cuatro veces por sus ideas, la primera cuando la conspiración de Cuberos Niño; la segunda, en 1928, cuando protestó en Armenia contra la policía que pretendía disolver a la fuerza una manifestación que escuchaba a María Cano; la tercera en 1929, cuando reclamó ante las autoridades por los exabruptos cometidos en la detención de la esposa y los hijos de don Valerio Londoño, y la cuarta, cuando inicia a la brava la construcción del Cementerio Libre, se convierte en el jefe natural del liberalismo circasiano, apoyado, entre otros, por sus hermanos Crisanto y Efraín, Enrique Uribe Jaramillo, Pedro Benítez, Miguel y Florentino López, Aníbal Isaza, y junto con Carlos Barrera Uribe y Mariano Jaramillo, conforma la trilogía de directivos del Partido Liberal en el Quindío.

Podemos decir que la actividad política de Braulio, quien se inició como Concejal de Circasia, se prolonga por 18 años. Diputado a la Asamblea de Caldas en varios períodos y Presidente de la misma en 1935, logró que se realizaran obras tan importantes como las carreteras Montenegro-Circasia y Membrillal-Salento y que el Departamento de Caldas se asociara al Cincuentenario de Armenia con la construcción del matadero.

En 1933, el gobernador Jorge Gartner lo designa como Secretario de Hacienda. En esta posición, entra a reorganizar las finanzas caldenses y llega a la conclusión de que en los puestos estratégicos

había que emplear a quienes más sabían del tema y que estos eran los conservadores, que no en vano habían estado medio siglo en el poder y los liberales no eran más que unos novatos, pero deseosos, eso sí, de mandar con programas concretos.

Al ratificar a más de 25 funcionarios conservadores y nombrar otros, tronaron todos; los Directorios Liberales de Caldas y en mensajes ante el gobernador lo acusaban de querer entregar nuevamente el poder al conservatismo, por lo que Braulio presenta su renuncia, la cual no fue aceptada por el doctor Gartner.

Para explicar sus puntos de vista convoca a todos los Directorios a una reunión en el Teatro Olimpia de Manizales, que llegan dispuestos a destrozarlo y a lograr que les entregaran en bandeja la cabeza del Secretario de Hacienda. Pero con el mismo valor y entereza con que su bisabuela, María del Carmen Marulanda González, se había presentado 70 años antes en el campo de batalla de Cascajo para rescatar el cadáver de su hijo, el Coronel Miguel Londoño Marulanda, caído al lado de Pascual Bravo, de quien era Jefe de Estado Mayor, frente a las tropas que comandaba su hermano el General Cosme Marulanda González, el único conservador de los 9 hijos de Francisco Marulanda y Ana María González, lo apartó a zurriagazos, lo mismo que a su primo Gregorio Gutiérrez González, a zurriagazos cruzó por medio de la soldadesca y a zurriagazos obligó a un recluta a trasladar sobre sus espaldas los despojos del Coronel Londoño hasta su casa para darle sepultura, así mismo se enfrentó Braulio a los enfurecidos Directorios, exponiendo con tanta claridad y acierto sus puntos de vista, que la reunión culminó con una ovación cerrada y la aprobación entusiasta de su enfoque económico.

A finales de dicho año fue nombrado Alcalde de Armenia, cargo que asume el 1 de Enero de 1934 y al cual renuncia en Octubre. Como Alcalde, solucionó pacíficamente la huelga de choferes, garantizó la imparcialidad en las elecciones que llevaron al poder a López Pumarejo, adelantó la campaña de cedulaación, con tanto éxito, que en Armenia se cedularon más personas que en cualquiera de las 14 capitales departamentales, impulsa la fundación de la Cámara

de Comercio, crea la Contraloría Municipal y la Oficina Municipal de Fomento Agrícola, inicia la pavimentación de la ciudad, realiza mejoras sustanciales en el deficiente alcantarillado de la época, inició las gestiones para la canalización de la Quebrada Armenia, actualizó la nomenclatura municipal, inauguró la Planta Telefónica y trasladó la Alcaldía de las desvencijadas instalaciones que ocupaba al viejo y amplio caserón de bahareque que había sido Casa Cural y que desapareció para dar paso a la construcción del Teatro Bolívar.

Luego fue Personero de Armenia, cuando la Personería era una dependencia verdaderamente importante a la cual estaban adscritos los servicios del Acueducto, Energía Eléctrica, Alcantarillado, Matadero, Caminos y Plaza de Mercado, cargo del cual se retira para volver nuevamente como Diputado a la Asamblea de Caldas en 1936.

En este nuevo período como Diputado presenta varios proyectos de Ordenanza beneficiosos para Armenia, como la asignación de fondos para la adquisición de una nueva máquina para el Cuerpo de Bomberos (Ordenanza No. 9 del 31 de Marzo), y la concesión de auxilios para los damnificados del incendio de las Galerías y reconstrucción de las mismas (Ordenanza No. 39 del 5 de Mayo).

En los años 1937 y 1938 se desempeña como Secretario de Gobierno de Caldas, por designación del Gobernador Arcesio Londoño Palacio, logrando solucionar pacíficamente problemas como el que se había presentado en Pijao en las minas de Papayal, la invasión de colonos en la Hacienda Nápoles, apoyando la erección de Génova como municipio, organizando el Censo Nacional de 1938 y distribuyendo auxilios a los damnificados del fuerte temblor de tierra del 4 de Febrero de dicho año que afectó a todos los municipios del Departamento.

El liberalismo, que había llegado unido al poder en 1930, muy pronto comenzó a dividirse y tal vez la primera escisión que se presentó en el Quindío, fue cuando Luis Felipe Buenaventura decide armar tolda aparte. Luego viene una división más profunda

entre “majusos” y “patiamarillos”, donde se exasperan tanto los ánimos, que los “majusos” de Circasia llegan a la ofensa personal, la calumnia, e incluso a planear atentados contra Braulio, razones por las cuales gran parte de la familia Botero Londoño decide radicarse en Pereira.

Braulio creyó encontrar allí un ambiente más sereno, pero el liberalismo pereirano también estaba profundamente dividido entre los “negros”, capitaneados por Camilo Mejía Duque y Marceliano Ossa, y los “blancos”, acaudillados por Gonzalo, Emilio y Guillermo Vallejo Restrepo, situación que lo motivó a no intervenir en la política pereirana.

En 1939 se radican los Botero Londoño en Armenia y al año siguiente es elegido como Representante a la Cámara para el período 1940-1942, donde ya había estado antes por pocos meses como suplente de Londoño Palacio. Al darse cuenta de que la política ya no se hacía en base a ideales, que ésta se convertía en un negocio, que se iniciaba la corrupción administrativa y asqueado por las actuaciones de muchos liberales, como los casos de la Haendel y la Trilladora Tolima, comienza su discreto y paulatino retiro del campo político, tanto, que en 1946, no quiso tomar partido por ninguno de los dos candidatos liberales. Ni por Gabriel Turbay Avinader, que le suplicó fuera su Jefe de Debate en Armenia, ni por Jorge Eliécer Gaitán, quien había aceptado ser el defensor de Barrera Uribe, tras dar muerte al Doctor Clímaco Villegas, sólo porque Braulio se lo solicitó y su retiro definitivo llega con el ascenso de Ospina Pérez al poder.

Solamente una vez, 36 años más tarde, volvemos a verlo en la arena política, cuando Lucelly García de Montoya, tras mucha insistencia y haciéndole ver que Lleras Camargo, siendo todo un ex presidente de Colombia, no había desdeñado ser Concejal de Chía, logra que acepte encabezar la lista de su grupo para el Concejo de Circasia, siendo el único Concejal que sacó dicho grupo para el período 1982-1984 y que puso punto final a una larga y agitada trayectoria política, donde sus dotes de vibrante orador y claro expositor siempre se pusieron de manifiesto.

## **Un monumento a la libertad, la tolerancia y el amor**

### **El Concordato**

La Constitución de 1863, la famosa Constitución de Rionegro, fue reemplazada en 1886 por la Constitución que ha sido llamada de Núñez y Caro, pero que más bien debería llamarse de Núñez, Caro y Paúl, por la gran ingerencia que tuvo en su redacción el Arzobispo de Bogotá, el jesuita José Telésforo Paúl, y que decía en el Título III, Artículo 38 que “La religión Católica, Apostólica, Romana, es la de la Nación; los poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento de orden social”.

En el siglo XIX la relación entre la iglesia y los gobiernos liberales estuvo enmarcada por una serie de conflictos, agudizados por las medidas que tomó Mosquera y que desembocaron en la guerra de 1876, que casi tuvo carácter de guerra religiosa, y aunque el gobierno de Julián Trujillo intentó normalizar la situación, no se pudo llegar a buen fin.

Respaldado por la Constitución del 86, Núñez, decide establecer relaciones con la Santa Sede y comisiona a Joaquín Fernando Vélez para que en Roma logre cuanto antes la firma de un Concordato, convencido tal vez de que si se normalizaban las relaciones con la iglesia ésta anularía el matrimonio católico que había contraído en Panamá con María de los Dolores Gallego, de la cual, aprovechando la Constitución de Rionegro, se había divorciado, y así podría elevar a la categoría de sacramento su matrimonio civil con Soledad Román Polanco. Pero no contaba con la sibilina diplomacia vaticana, que logró de Vélez todas las concesiones que quiso y le dio a Núñez, no la deseada anulación, sino el contentillo de una medalla, la Orden Piana, y que cuando se firma el ansiado Concordato en 1887, dicen que hizo exclamar a Misiá Sola: “Lo dimos todo por nada”.

Por este Concordato, todos los cementerios de Colombia, exceptuando los de Bogotá, Cartagena y Mompós, fueron entregados a la autoridad eclesiástica (Artículos 15 y 56), pero

también se estipulaba, en el Artículo 18, que se podían fundar cementerios para los cadáveres que no pudieran sepultarse en sagrado, especialmente en las poblaciones donde fueran más frecuentes las defunciones de no católicos, para lo cual los municipios debían suministrar los fondos, o en su defecto, secularizando mediante una cerca, una parte del cementerio católico, que fue lo que muchos conocimos como el “muladar” o “cementerio de los suicidas”.

## **Los espiritistas**

Un fenómeno muy común en el Quindío fue el espiritismo. Imbuidos por la lectura de las obras de Allain Kardec, y en especial el libro del Doctor Luis Zea Uribe, *Mirando hacia el misterio*, en cada población, en cada vereda, en cada fonda, había un espiritista y gozaron de gran fama los que se dedicaban a recetar, casi siempre invocando el espíritu del Doctor Manuel Uribe Ángel, como Simón López en Pereira, Manuel Antonio “El Mellizo” Arango en Salento, Paulo Emilio Mora en Circasia y Pastora Jaramillo de Jaramillo en Calarcá.

## **La chispa**

En 1928 fallece don Valerio Londoño, el más famoso espiritista de la Vereda La Concha, y sus hijos traen el cadáver a Circasia para proceder a sepultarlo. Pero el párroco, Manuel Antonio Pinzón, violando lo pactado en el Concordato, le negó la sepultura, así fuera en el muladar. Al darse cuenta Pinzón de que los hijos de don Valerio se disponían a llevarlo a otro lugar para su entierro, telegrafió a todos los párrocos del Quindío y así Vicente Castaño en Armenia, Jesús Antonio Marín en Calarcá y los párrocos de Montenegro y Filandia les negaron este derecho, por lo cual se vieron obligados a inhumarlo en el jardín de su finca en La Concha.

Pocos días después, el mismo Pinzón los acusa ante las autoridades de que Don Valerio había sido sepultado en un lugar inapropiado y que su cadáver estaba contaminando las aguas de las cuales se surtía Circasia, lo que motiva que la Policía detenga a la esposa e hijos de Don Valerio y los traiga hasta el casco

urbano en situación afrentosa. Al ver Braulio tantas vejaciones, sienta su erguida protesta y resulta también detenido. Esta situación fue la chispa que le hizo tomar la determinación de construir un cementerio laico, idea que tras su excarcelación comunicó a muchas personas, hallando respaldo irrestricto y la donación por parte de su padre, Miguel Botero, del lote de “El Mangón”, para realizar la obra.

### **La construcción**

Cuando en 1929, y un poco a la brava, pues sabía muy bien que Alcalde y Concejo Municipal eran títeres en manos del cura Pinzón, se realizan los primeros convites para proceder a la explanación del terreno, el párroco, sabedor de que la obra no contaba con el permiso legal, interviene nuevamente, logrando que Braulio sea detenido en su cuarto carcelazo, lo que obliga a suspender el proyecto en espera de tiempos más propicios.

Con el ascenso del liberalismo al poder en 1930, ve que el momento había llegado y el 27 de Agosto de dicho año, en documento firmado por Braulio Botero Londoño, León Suárez Arias, Julio Gaviria Lince, Guillermo Echeverri Giraldo, Antonio Londoño Parra, Florentino López, Célimo Londoño Mejía, Carlos Tobón, Jesús Antonio Barco, Fidel Suárez Arias, Francisco Uribe, Francisco Escobar Restrepo, Lázaro Londoño, Darío Henao, Gerardo Carmona, Pedro Isaza, Aníbal Isaza, Ovidio Mejía, Nazario Hernández, Félix Restrepo, Roberto Henao, Pedro Juan Restrepo, Samuel Gallo, Juan de Dios Escobar, Félix Cediel y Manuel Escobar, solicitan del Concejo Municipal la autorización para dar inicio a la obra del cementerio, la cual fue inmediatamente concedida.

Se conforma entonces la Junta Pro-Cementerio Libre, integrada únicamente por Braulio y Julio Gaviria Lince. Comenzadas las obras, el nuevo párroco de Circasia, Azarías Cardona, envía varios mensajes en el mes de Septiembre al Ministerio de Relaciones Exteriores, tratando de impedir la construcción. El tema se debate en la Comisión Asesora del Ministerio, la cual

decide poner el caso en manos del Doctor Raimundo Rivas para su estudio. Rivas emite concepto favorable a la construcción el primero de Octubre, y tras los dos debates reglamentarios en ella, el Presidente de la Comisión, Arturo Quijano, con fecha 7 de Octubre, envía al párroco de Circasia copia de la jurisprudencia emitida, con lo cual puede comenzarse en firme la construcción.

Los ingenieros Juan de Dios Villegas, Miguel Varón y Manuel Buriticá Pérez, se encargan de dar inicio a la obra, que contó con el apoyo de todos los liberales circasianos, quienes cada lunes concurrían a los convites para la explanación del terreno.

A finales de 1930 fallece uno de los principales impulsores de la obra, que apenas se encontraba en sus comienzos: Enrique Londoño, convirtiéndose así en la primera persona inhumada allí. Aunque el Concejo Municipal había expedido un Acuerdo por el cual se auxiliaba la Construcción del Cementerio con la suma de quinientos pesos, la Junta decidió no hacer uso de esos recursos y prefirió que la obra se construyera sin el aporte de dineros oficiales, para lo cual se recurrió a solicitar donaciones, a realizar cantarillas, novilladas, presentaciones teatrales y bailes en el local denominado “El Casino”. Pero muchas veces estos recursos no fueron suficientes y hubo que recurrir a préstamos. Como el de doscientos pesos oro de la señora Leonisa Uribe Jaramillo y el de cuatrocientos pesos oro de la señora Teresa Botero de Ramírez.

El 9 de Febrero de 1931, es asesinado en Circasia el ciudadano alemán Hermann Delius, quien había llegado desde su país para administrar la Hacienda Bremen. Al morir sin confesión y siendo luterano, el cura Cardona le niega la sepultura en el Cementerio de Los Ángeles y es enterrado entonces en el Cementerio Libre. La colonia alemana en Armenia, manifiesta su agradecimiento en mensajes a la Junta y al Municipio de Circasia, colabora con 50 sacos de cemento para la obra y más tarde, cumpliendo el deseo de la familia Bunemann, el ministro de Alemania en Colombia se desplaza hasta Circasia y planta en su memoria las dos araucarias que se encuentran en los jardines de la entrada.

Con los aportes generosos de todas las gentes, la obra avanza y es por esta época que aparece un hombre providencial, el Ingeniero Mecánico alemán Antonio Schifferl, que había venido contratado para dirigir la Cervecería Colombo-Alemana y quien se hace cargo, gratuitamente, de la dirección de la obra. Es Schifferl quien diseña los muros de cierre en estilo republicano, el pabellón de bóvedas horizontales, el osario-tribuna y las cuatro bóvedas verticales. Estas últimas se hallaban a lado y lado del sendero principal y estaban reservadas para Braulio, Schifferl, Julio Gavina y Guillermo Echeverri. Y aparecían marcadas con los nombres de sus futuros destinatarios, quienes decían que por sus ideas radicales, hasta después de muertos tenían que estar de pie. Estas bóvedas nunca se utilizaron, pero de allí surgió la leyenda de que en el Cementerio Libre a los muertos los enterraban parados.

El 19 de Agosto de 1931, fallece Inés Suárez Arias, distinguida dama circasiana, entusiasta colaboradora de la obra y es sepultada el 20. Inés fue la primera mujer inhumada en el Cementerio, fue el primer cadáver sepultado en las bóvedas horizontales y en sus exequias se pronunció la primera oración fúnebre, una lírica pieza literaria escrita por don Lázaro Echeverri.

Paralelo a la construcción del Cementerio, la Junta inicia una campaña para rendir homenaje al General Rafael Uribe Uribe. A principios de 1932, se inaugura en la plaza principal el busto de Uribe, esculpido en Manizales por Álvaro Carvajal Quintero. Ya este año la construcción estaba muy avanzada y se procede a la colocación de puertas, verja y rejas, diseñadas por Schifferl, quien estaba afiliado al partido nacional socialista desde 1928 y por eso en algunas de las rejas aparece el símbolo de la svástica, Todo el trabajo de metalistería fue hecho en Armenia en la Fundación de Wolf Konietzko y es obra del rumano Alejandro Farkas.

### **El himno**

El 22 de Septiembre de 1932, la Junta se dirige al Doctor Antonio José Restrepo, quien se encontraba en Ginebra representando a

Colombia en la Sociedad de Naciones, en solicitud de un himno para el Cementerio.

Restrepo responde en carta fechada el 2 de Noviembre, Día de Difuntos, enviando la letra y un aporte de cien pesos para la culminación de la obra o para el pago al artista que compusiera la música, sugiriendo que ésta se le encargara al Maestro Luis A. Calvo. Esta letra, última obra poética de Restrepo, se le hizo llegar a Calvo en Agua de Dios, quien respondió el 17 de Diciembre que estaba muy ocupado escribiendo una serie de marchas para la Banda de la Marina de Estados Unidos en Washington y que tenía otros compromisos con Emilio Calle, de Medellín, por lo cual se demoraría en realizar la composición y no estaría a tiempo para la inauguración.

A pesar de que otros compositores estaban interesados en musicalizar esta letra, como la señora Delfina Díaz del Castillo de Muñoz, residente en Cali, se le confía al Maestro Rafael Moncada, autor del más completo himnario colombiano, quien hace entrega de la partitura a comienzos de 1933.

### **La muerte de Restrepo**

El 1 de Marzo de 1933, muere en Barcelona el Doctor Restrepo y el Concejo de Circasia expide un Acuerdo de honores, en el cual se le da el nombre de Avenida Antonio José Restrepo a la vía que conduce al Cementerio y se ordena la construcción de un obelisco como homenaje. Este se construye rápidamente y el domingo 12 de Marzo se inaugura con gran desfile que comenzó en la plaza principal, después de escuchar las palabras de Mariano Jaramillo. Lo encabezaban las principales damas de Circasia, llevando ramos de flores y el retrato de Restrepo. Por la Calle Real avanzaron hasta el obelisco (conocido hoy en Circasia como La Pilastra), donde se canta por primera vez, a capella, el himno del cementerio, entonado por los alumnos del Colegio Municipal de Varones, se tributa la ofrenda floral y habla el Doctor Eduardo Arango Garrido, continuando luego hasta el Cementerio, donde se canta nuevamente el himno y se inaugura el osario-tribuna con el

discurso de José de la Pava. Inmediatamente la Junta emprende las obras de ornamentación de la Avenida, sembrando a lado y lado las casuarinas, que se desarrollaron majestuosamente, pero que 40 años más tarde fueron taladas todas.

## **La inauguración**

Culminadas ya las obras, se decide hacer la inauguración oficial y se fija la fecha del 25 de Septiembre, con grandes festividades que, como caso curioso, para una obra de este tipo, incluyeron la realización de Carnavales.

Los actos se iniciaron la noche del 24 con una velada lírico-dramática, en el teatro Bengala, donde la parte musical estuvo a cargo del Maestro Moncada y sus hijos Evelio y Melba, estrenándose una composición de Agripina Restrepo de Norris, titulada “Arrurrú”, y un grupo de damas y caballeros circasianos montaron el drama de Antonio Álvarez Lleras, “Los Mercenarios”.

El 25 en la mañana se realizaron los Juegos Hípicos, las cucañas, el Desfile de Comparsas, la Batalla de Flores y en la tarde, la inauguración que comenzó con gran desfile, que luego de recorrer las principales calles, colocó en el recinto del Concejo Municipal los retratos de Benjamín Herrera, Antonio José Restrepo y Enrique Olaya Herrera. Cumplido este acto, siguieron por la Calle Real hasta el obelisco, donde con el respaldo de la Banda de Músicos de Armenia, dirigida por Moncada, una masa coral conformada por la juventud circasiana, interpretó el himno. En aquel entonces las mejores Bandas de Música de Caldas eran la de Armenia y la de Santa Rosa de Cabal, dirigida por don Anacleto Gallego. Don Miguel Ibáñez, uno de los pocos concejales liberales de Santa Rosa, que era conocida como “La Meca de la Godarria”, ofreció la Banda para la interpretación del himno, lo que no se pudo lograr por los inconvenientes de todo tipo que pusieron los concejales conservadores.

El desfile culminó en el Cementerio, donde se entregaron tarjetas de oro a Don Miguel Botero, Rafael Moncada y Antonio Schifferl,

reconocimientos que fueron entregados por León Suárez Arias, e hicieron uso de la palabra el Doctor Jorge Patarroyo Barreto, en representación de la Cámara de Representantes; Jesús Cardona, vocero de la Logia “Libres de Caldas”, Santiago Gutiérrez Ángel a nombre de la Junta Liberal de Armenia y Enrique Duque, designado por los obreros que habían intervenido en la construcción.

La inauguración fue un acto multitudinario donde se hicieron presentes delegaciones de la mayoría de los municipios de Caldas y algunos del Valle del Cauca; así, la representación de Pereira estaba encabezada por Santiago Londoño Londoño, Marceliano Ossa y Rodolfo Castro Torrijos; la de Armenia, por Carlos Barrera Uribe, Alberto Hadad, Eduardo Elías Calderón, Santiago Gutiérrez Ángel, Jaime Echeverri Mejía, y al frente de ellos, tremolando la bandera del partido y vestida de rojo, estaba María Quiceno; Calarcá estaba representado por Pedro Pablo Restrepo, Pedro Payad y Everardo Londoño; Montenegro, Alfredo Tabares; Quimbaya, Ricardo Londoño Londoño y Antonio Gaviria Ossa; La Tebaida, Ponciano Isaza Villegas; Salento, Pedro Vicente Henao, Antonio Arias, Emilio Marín y Gustavo Ocampo; Sevilla, Manuel Vicente Rojas; Barcelona, Prudencio Cárdenas Botero, Bernardo Villegas y Delio Cuéllar; Manizales, Enrique Gómez Latorre; Chinchiná, Eduardo Villegas Sanín; Cali, Mariano Ramos, Manuel María Buenaventura y Pascual Guerrero; Tulúa pidió que lo representara Fortunato Gaviria Jaramillo, encargo que no pudo cumplir pues se desempeñaba como Notario de Pereira, y delegaciones de municipios tan distantes para la época, como Mocatán y Tatamá, estuvieron acompañando al pueblo circasiano.

También hubo voces de protesta, como la del Concejo de Neira, que manifestaba que esta era una obra diabólica. No hay que olvidar que Neira ha sido desde siempre un fortín conservador, tanto que en 1910, cuando estaban en campaña política para llevar a la presidencia a Carlos E. Restrepo, uno de los adalides del partido Republicano, Alfonso Villegas Restrepo, andaba de gira por el norte de Caldas y viniendo de Salamina, al pasar por Neira, fue recibido por todo el pueblo, encabezado por el alcalde, Cristóbal Álvarez, a piedra y garrote, escapando Villegas gracias a la buena

cabalgadura en que venía montado. Pocos días después, apareció en “El Tiempo” una caricatura de Ricardo Rendón que mostraba el atentado, titulada: “Esto sucedió en Godorra”, sobrenombre que desde entonces ha arrastrado Neira.

### **El busto de Restrepo**

El 22 de Julio de 1935, la Asamblea de Caldas expide una Ordenanza en honor de Antonio José Restrepo, que ordenaba la publicación de dos obras de Restrepo, la colocación de una placa en el Municipio de Victoria (Caldas), donde Ñito tenía su hacienda “El Mulato”, y la erección de un busto de tan distinguido prohombre en el Cementerio Libre. Era Presidente de la Asamblea Antonio J. Palacios y Gobernador de Caldas Bernardo Mejía Marulanda.

En aquel momento, había surgido en el campo artístico en Colombia el movimiento “Bachué”, en el cual militaban varios escultores de gran interés, como Rómulo Rozo, Josefina Albarracín, Ramón Barba, Henna Rodríguez, Carlos Reyes Gutiérrez y José Domingo Rodríguez. Este último, quien había sido alumno de Francisco Antonio Cano en Bogotá y de Victorio Macho en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid, fue el escogido para esculpir el monumento y su pedestal.

Este busto fue develado el 6 de Enero de 1937 por Débora Restrepo de De la Cuesta, hermana de Restrepo y que por entonces vivía en Pereira, con asistencia del Gobernador de Caldas, Arcesio Londoño Palacio, y discursos de Santiago Londoño Londoño en representación del Directorio Liberal de Caldas, Mariano Jaramillo, vocero de la Dirección Liberal Nacional, Gonzalo Álvarez Isaza, Eduardo Norris y Guillermo Echeverri Giraldo.

### **Los años grises**

Por disensiones entre el liberalismo, se desata una persecución contra Braulio, quien decide, junto con su familia, fijar su residencia en Pereira y luego en Armenia, desentendiéndose de

esta obra y perdiendo gran parte del interés en su mantenimiento, tanto, que en 1944 construye en el Cementerio de San Sebastián de Armenia el mausoleo para la familia Botero Londoño.

En 1951, en épocas de la violencia partidista, son dinamitados el busto de Uribe en la plaza de Circasia, y el busto de Restrepo y el mausoleo de Enrique Londoño en el Cementerio, actos vandálicos que determinan que muchas personas exhumen los restos de sus familiares y los depositen en osarios de diferentes ciudades, quedando el Cementerio a la deriva.

Sólo a comienzos de la década de los 70 del siglo pasado, los estudiantes del Colegio Libre deciden darle nueva vida al Cementerio, y sin ningún tipo de asesoría, derriban algunos monumentos funerarios, pero con la ayuda económica de la señora Diana Ramírez de Jaramillo, logran pintarlo y mantenerlo limpio.

### **La restauración**

En 1972, la curia diocesana decide vender el terreno del cementerio de Armenia, dando plazo perentorio para retirar los restos mortales de las personas allí sepultadas, lo que decide a Braulio a trasladar los de sus familiares al Cementerio Libre y restaurarlo.

El ingeniero Héctor Jaramillo Botero y el arquitecto Eduardo Burgos Uribe, son los profesionales encargados de la restauración y remodelación, durante la cual desaparecen las bóvedas verticales, que nunca se usaron, se construyen los mausoleos de la familia Botero Londoño, los osarios, los nuevos pabellones de bóvedas horizontales, conservando los muros de cierre, el osario tribuna y el mausoleo de Enrique Londoño. Asimismo, el escultor nariñense Leónidas Méndez Vera, esculpe el nuevo busto de Restrepo y el relieve mural que representa los tres principios que han orientado la filosofía del panteón: La Libertad, la Justicia y el Amor.

El 5 de Marzo de 1982, por medio de la Escritura No. 620 de la Notaría Segunda de Armenia, se crea la Fundación Cementerio Libre, cuya Junta Directiva estaba integrada por:

Braulio Botero Londoño  
Luisa Jaramillo de Botero  
Mary Ramírez Botero  
Diana Ramírez de Jaramillo  
María Lady Londoño Echeverri  
Amalia Botero Quintero  
Eduardo Burgos Uribe  
José Jaramillo Mejía  
Telmo Vásquez Vega  
Héctor Jaramillo Botero  
Héctor Echeverri Botero  
Jesús Urrea Parra  
Fernando Londoño Echeverri  
Jaime Escobar Botero  
Hernán Escobar Botero

El 28 de Agosto del mismo año se celebra el cincuentenario de la fundación del Cementerio y el 11 de Junio de 1983, en el Aula Máxima del Colegio Libre, se hace la presentación del libro *Cementerio Libre - Circasia. Monumento a la libertad, la tolerancia y el amor*, acto que tuvo como orador central a Carlos Restrepo Piedrahita y en el cual Lucelly García de Montoya hizo entrega de una Resolución de Honores de la Cámara de Representantes.

En el año de 1992, se inicia la ampliación del Cementerio, conservando siempre su estilo arquitectónico, donde no se construyen bóvedas, sino osarios y cenizarios, pues ya estaba implantada en nuestro país la cremación de cadáveres, ampliación que se inaugura el 16 de Enero de 1993.

El 18 de Junio de dicho año, se reforman los Estatutos de la Fundación, que toma el nombre de Fundación Braulio Botero Londoño y la Junta Directiva queda constituida así:

Presidente: Braulio Botero Londoño  
Principales: Luisa Jaramillo de Botero, Amalia Botero Quintero, Mary Ramírez Botero, Fernando Londoño Echeverri  
Suplentes: María Luisa Botero Jaramillo, Jaime Escobar Botero (hijo), Juan Mario Botero Isaza, Eddy Londoño Echeverri  
Revisor Fiscal: Milton Botero Ossa.

El 20 de Octubre de 1993, en el Club Las Colinas de Circasia, se hace la presentación del libro *Libertad de Pensamiento*, en edición preparada y dirigida por Gustavo Álvarez Gardeazábal.

### **El reposo del guerrero**

En los últimos años de vida, Braulio Botero Londoño comenzó a recoger la cosecha de lo que había sembrado y vinieron por ende todos los reconocimientos. El 14 de Mayo de 1988, y en la inauguración de la Casa de la Cultura “Antonio Valencia Mejía”, de Circasia, el Gobierno del Quindío le otorga la “Orden del Café”. El 30 de Septiembre de 1989, Armenia lo condecora con la “Gran Cruz del Centenario”, en un acto multitudinario donde llevó la palabra en representación de todos los Alcaldes que había tenido la ciudad. A finales de 1992, el Batallón Cisneros le impone la “Orden Torre de Castilla”; el 16 de Enero de 1993, el Gobernador del Quindío, Mario Gómez Ramírez, le otorga la “Orden del Quindío” en el grado de “Gran Caballero” y el 14 de Octubre del mismo año la alcaldesa de Armenia, Alba Stella Buitrago Pérez, coloca sobre su pecho el “Cordón de los Fundadores”.

Enamorado de la libertad, quiso construirle un monumento en los predios del Cementerio y para ello estuvo en conversaciones con el Maestro Rodrigo Arenas Betancur, quien con toda sinceridad le manifestó que sus obras eran gigantescas y opacarían el recinto del panteón, pero que se permitía recomendarle un discípulo suyo, excelente escultor, que sí trabajaba obras de formato más pequeño, Jorge Vélez Correa.

Trabajando estaba el Maestro Vélez en los bocetos para esta escultura, cuando a sus 91 años, el 11 de Abril de 1994, fallece Braulio en Cali y es sepultado en la tarde del mismo día en el mausoleo familiar al lado de sus padres, 12 de sus 13 hermanos y varios cuñados y sobrinos. Por este motivo, la Junta de la Fundación decide no realizar el Monumento a la Libertad y le solicita al escultor realizar un busto de Braulio.

Al cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento, se devela este monumento. Inspirado en la lucha titánica de Prometeo por robar el fuego a los dioses y dárselo a los hombres, víctimas de la oscuridad, y también recuerdo del ave fénix que resurge de sus cenizas, entre una tríada de llamas aparece el rostro de Braulio y en el pedestal, la frase de Gustavo Álvarez Gardeazábal: “Alumbró cual antorcha vibrante, el tortuoso camino de la libertad”.



# Pormenores de un colonizador

—Vida y obra de Fermín López en la Colonización—

Jaime Lopera Gutiérrez

## Introducción

La presencia de un colonizador como Fermín López<sup>2</sup>, a la cabeza de un grupo de expedicionarios que iniciaron su largo periplo desde Sonsón hacia el sur de Antioquia y el Estado del Cauca en las primeras décadas del siglo XIX, es un símbolo con el cual pretendemos abordar una parte de la apasionante historia colonizadora. Haremos el esfuerzo de seguir de cerca las vicisitudes de este hombre, inspirados por la idea de que tras él vamos encontrando unas huellas diferenciadoras de ese esfuerzo colonizador cuyo significado ha sido visto como una gesta bajo la óptica de diferentes historiadores. El método elegido de personificar una época se basa, además, en el convencimiento del papel de los seres humanos como actores de ciertas fases de la historia, ora como conductores de su propia determinación, ora como agentes de cambio en la vida de los demás.

No obstante, es necesario aclarar de entrada que Fermín es apenas una de las ruedas de una enorme maquinaria de intereses económicos que se había puesto en marcha cuando la explotación de las riquezas auríferas del Estado de Antioquia había adquirido una importancia esencial en el proceso de acumulación de capital en esa región. Los excedentes monetarios de los ricos mineros —remanentes que no se emplearon en préstamos a la Nación incipiente, ni en ociosos viajes al extranjero—, se fueron acumulando en grandes extensiones de tierra que habían sido recibidas en concesión de la Corona española pero carecían de

---

<sup>2</sup> Ponencia presentada y leída en el seno de la Academia de Historia del Quindío, Armenia, 16 de marzo de 2004.

la explotación necesaria para aumentar los niveles de consumo que la riqueza floreciente estaba demandando. Esta circunstancia se reclama como uno de los prolegómenos de la colonización antioqueña que Fermín López, y otros hombres más, encarnaron durante un largo periodo del siglo XIX.

El presente escrito pretende ser logrado bajo el enfoque de *la equística*, una expresión de Toynbee sobre las colonias humanas: bajo dicha denominación englobaba el terreno común y el lugar donde se encuentra la historia de esas colonias en muchas partes: la arquitectura, la planificación de las ciudades, la economía, la sociología, la medicina, la biología, todas estas disciplinas comprometidas en el examen del nacimiento y desarrollo de todas las colonias humanas<sup>3</sup>. Como podrá verse, este documento no es sino una pequeña parte de esa extensa gama de investigaciones que merecerían un estudio más coherente en torno a tales colonias.

En torno a este concepto, digamos que en la historia del Mediterráneo —que tan acertadamente describe Fernando Braudel—, se pueden distinguir aquellas poblaciones que fueron simplemente trashumantes y otras que se consideran nómades. La trashumancia se identifica cuando las rutas se ven marcadas en los paisajes como líneas prácticamente indelebles, como trayectos que graban la historia de las regiones. La trashumancia era, según Braudel, al término de una larga evolución, el resultado probable de una división precoz del trabajo basada en “la utilización sucesiva de tierras o potreros en diferentes altitudes”<sup>4</sup>. El nomadismo, por su parte, se presenta como un estadio anterior a la trashumancia, como una totalidad donde “rebaños, hombres, mujeres y niños se desplazan juntos y a

---

<sup>3</sup> Bajo esta novedosa perspectiva el concepto de ciudad se constituye así: “es una agrupación humana cuyos habitantes no pueden producir, dentro de los límites, todo el alimento que necesitan para subsistir”. Toynbee, Arnold. *Ciudades en Marcha*. Madrid: Alianza Editorial. 1973. Pág. 20.

<sup>4</sup> Sobre nómadas y trashumantes, cf: Braudel, Fernand. *El Mediterráneo*. Madrid: Espasa-Calpe. 1987. Pág. 29ss.

enormes distancias transportando con ellos todo el material de su vida cotidiana”. Esta última apreciación nos aparece útil para describir el proceso de los colonizadores nómadas que en dicho periodo se dieron.

## **El espacio de los colonos**

En el periodo de la conquista, que va aproximadamente desde 1492 a 1550, no se proveyeron muchas concesiones por parte de la corona española. Lo que al inicio hicieron las autoridades representativas de España fue implantar la institución de la encomienda, cuyos repartos fueron a dar a las manos de los oficiales españoles como recompensa por la evangelización y combates con los indígenas. Más adelante, en el periodo de 1550 a 1810, se observa una yuxtaposición de las instituciones de la encomienda con la institución de las concesiones, de la cual, paradójicamente, se privilegiaron muchos de los encomenderos: por ejemplo, en 1570 se registra la primera concesión en Santa Fe de Antioquia para el escribano público Luis de Avilés, patrocinado muy de cerca por el propio conquistador Sebastián de Belalcázar<sup>5</sup>.

Es indudable que, hacia finales del siglo 18, la acción oficial de los oidores Francisco Silvestre y Mon y Velarde venía patrocinando la expansión hacia nuevas zonas de población de la Provincia de Antioquia, bajo condiciones que los terratenientes y los nuevos concesionarios trataban de amañar a su favor<sup>6</sup>. Sin embargo, a pesar de la resistencia de éstos, se generó el primer movimiento espontáneo de invasión cuando un grupo de marinillos invadió los predios de la Concesión Villegas, fundaron a Sonsón, y desarrollaron una colonia minera y agrícola que, en 1808, se trasladó a Abejorral —que es en la práctica una de las puertas de la emigración a la zona sur que hoy conforma Caldas. Felipe

---

<sup>5</sup> Arango, Vicente Fernán. *La Endogamia en las Concesiones Antioqueñas*. Fondo Caldense de Cultura. 2001. Pág. 53.

<sup>6</sup> López Toro, Álvaro. *Migración y Cambio Social en Antioquia*. Medellín: Ediciones Hombre Nuevo. 1979.

Villegas y Córdoba había recibido, en 1763, un globo de terreno de aprox. 1.000 kilómetros cuadrados que abarcaban La Unión, El Retiro, Abejorral, Sonsón y La Ceja, incluyendo el valle de Sonsón<sup>7</sup>. Con estas primeras concesiones en Antioquia, se inicia así un movimiento compuesto por estos vectores: una especial redistribución realenga de los dominios, una querrela por las tierras por parte de los colonos, y una conversión simultánea de la economía minera hacia actividades agropecuarias.

De esa economía colonial antioqueña basada en las concesiones, surgió una nueva clase social que encontró su subsistencia en actividades tales como la búsqueda del oro: la actividad minera especializada derivó hacia una nueva clase mercantil, cuya función fue la de abastecer el mercado de bienes de consumo como intermediarios entre la producción metálica y el sector agropecuario. Este proceso conllevó a un desplazamiento de la clase latifundista hacia la clase comerciante que se consolidó al iniciarse la República. Dichos cambios de latifundistas a comerciantes, fueron estimulando el crecimiento económico, por lo tanto el crecimiento demográfico<sup>8</sup> y empujando de paso el masivo movimiento colonizador.

La aparición de esa nueva clase de mineros autónomos —mineros independientes, a quienes se les llamaba mazamorreros, porque trabajaban solos, y así escamoteaban el pago del impuesto real del quinto—, es la que produce un desplazamiento de mano de obra de los latifundios hacia la minería; y obliga a que las grandes haciendas del Estado de Antioquia empiecen a perder importancia y mano de obra, la cual pasa de la agricultura a la producción minera. Los mazamorreros trabajaban con una tecnología de aluvi6n, pero, gracias a los ingleses, enseguida aparece la tecnología de veta que suele hacerse con máquinas de pist6n. Esta ingeniería produce un desalojo de los mineros de un lugar a otro más favorable a la explotación mecanizada. (De entrada es probable suponer que, más adelante, y bajo diferentes

---

<sup>7</sup> Arango, *op. cit.*, pág. 112.

<sup>8</sup> López Toro, *op. cit.*, pág. 26.

circunstancias, muchas grandes haciendas ganaderas del Estado del Cauca, en especial en el Valle, sufrieron de escasez de trabajadores por la traslación de estos hacia las actividades de gaaquería en el Quindío y hacia la provisión de alimentos para las tropas republicanas que viajaban periódicamente entre Popayán y Santa Fe).

### **La minería en acción**

Aparece entonces el nuevo ingrediente en la interpretación de los esfuerzos colonizadores: en el origen de la colonización el impulso naciente radica en la explotación de las minas de veta. Hubo un alto desarrollo económico en el periodo 1810-1830 por el desplazamiento del centro de gravedad económica y política desde Santa Fe de Antioquia hacia Medellín. Hacia 1820, y a pesar de los altibajos del oro, unos comerciantes vecinos de Medellín ya mostraban una sorprendente acumulación de riqueza, mucha parte debida al contrabando del metal. En realidad la minería de veta —la cual exigía más inversión de capital que la de minería de aluvión—, se vino a menos por la nueva tecnología de explotación dada la necesidad de aumentar la productividad mediante los molinos de pistones que recién se conocían. Se formó así la Sociedad de Mineros de Antioquia (que tenía como socios a los Aranzazu, los Montoya, Uribe, Campuzano y Santamaría), para aprovechar con esos molinos los yacimientos de Titiribí y El Zancudo.

Los efectos de este cambio se hicieron sentir en otras partes del país. Cuando el general Santander, a la sazón comandante de las tropas republicanas, necesitó la ayuda financiera de los ingleses para facilitarle al general Bolívar dinero y provisiones con destino a su campaña en el Perú, decidió enviar a Londres a cuatro antioqueños (Zea, Arrubla, Montoya y Hurtado), quienes obtuvieron unos cuantiosos préstamos pignorando el arrendamiento de los yacimientos auríferos de Supía, Marmato, Zaragoza y Remedios. Por virtud de esta transacción, llegaron a Marmato, principalmente, otros peritos ingleses con el objeto de

supervisar (por cuenta de los acreedores británicos) el negocio minero; entre ellos venían los Walker, Thompson, Moore y el francés Boussingault, quienes adicionalmente trajeron a este país la mineralogía, la geología, la hidráulica y hasta el sismógrafo<sup>9</sup>. Este es pues el espacio económico y social dentro del cual podemos registrar los hechos de Fermín López. El contexto del colonizador se aborda desde un escenario que se inicia con su nacimiento en Rionegro, su desplazamiento a Sonsón y desde allí todo su periplo hasta llegar a Salamina el ocho de junio de 1825. Los primeros episodios de su trashumancia acontecen en esa comarca, siempre con sus expectativas por abrirse camino a la independencia personal. Un poco más tarde, su arribo a Manizales, vivir intensamente la fundación de esa ciudad como testigo de cargo, luego instalarse en los terrenos de la antigua Cartago y, pasadas otras vicisitudes en dicha comarca, su partida hacia Santa Rosa de Cabal donde falleció.

### **De Sonsón a Salamina**

En lo personal, la vida de Fermín tiene una singularidad: siempre que lo vemos está en fuga, una fuga hacia delante para abandonar los territorios de la Concesión González que, dondequiera que fuese, parecía que él la estaba invadiendo e irrespetando: este rasgo de su personalidad nos permite adivinar que era un hombre independiente, perseverante, intrépido y orientado a resultados. Pudiendo convivir con los poseedores de papel, prefirió hacerse a un lado, no importa cuánto podía perder por este exceso de celo. Así se alejó de Salamina, de Manizales, se desplegó por Cartago y Cartago Viejo (Pereira) y al final recaló en Santa Rosa cuando ya los dominios de los concesionarios estaban fuera de su alcance. Un itinerario hecho de hallazgos, posesiones, aventuras, pleitos y cohesión familiar.

Por su parte, el espacio físico habitado y vivido por Fermín durante muchos años, es una combinación de muchas zonas

---

<sup>9</sup> *Los Estudios Regionales en Colombia. El caso de Antioquia*. Varios autores. Medellín: FAES. 1982. Cf. Gabriel Poveda, pág. 48ss.

diversas: trochas abiertas por los peones; caminos hechos y a medio hacer; montañas y laderas de todo tipo; ríos inaccesibles y arroyos suaves; una vegetación abundante y diversa; animales domésticos y alimañas al acecho; y siempre la sensación de estar caminando hacia la búsqueda de un nido propio y lejano. Desde luego, Fermín sabía que pisoteaba territorios ajenos y casi siempre debió sentir que alguien le resoplaba en la nuca con una reclamación apremiante. En tal sentido, y en la medida de su personal respeto por las pertenencias ajenas, en muchas de sus andanzas él sentía que su espacio se le cerraba bajo la presión invisible de unas formalidades legales que debían estar protegidas por la autoridad.

Por lo demás, haciendo siempre el esfuerzo de salirse de los territorios de González & Salazar, Fermín varias veces se ocupó entre 1841-42 de ayudar a la apertura del camino hacia el sur. Por ejemplo, había mucha demanda del cacao producido en el Cauca y su aceptación era excelente en las clases altas de Medellín. Este camino al sur, que unía a Cartago con Santa Rosa, Manizales y Salamina, fue uno de los sueños y actividades de Fermín: los quinientos novillos que pasaron del Cauca al Tolima, por el camino del Quindío, es una señal del tipo de economía que se iniciaba entonces<sup>10</sup> y que a él le interesaba promover de igual modo.

En sus ocupaciones diarias, Fermín era un hombre múltiple: se ocupaba del bastimento, alistaba las bestias, llevaba los registros contables, disponía de las cargas, contrataba a los arrieros, concurría a las reuniones, y, en fin, realizaba todas las actividades necesarias para que su expedición funcionara. La apertura de caminos no le impedía, ni a él ni a sus hijos o allegados, saber que su trabajo constituía una oportunidad inigualable para ir ensanchando los límites de Antioquia, al punto de haber anunciado a uno de sus amigos que su proyecto se apoyaba en la idea de encontrar un punto de encuentro con el Estado del Cauca.

---

<sup>10</sup> Hoyos Korbel, Pedro Felipe. *Café, Caminos de Herradura y Poblamiento de Caldas*. Bogotá: TM Editores. 2001. Pág. 81.

O sea que Fermín López era, al mismo tiempo, consciente de ese quehacer expansivo de su Estado de Antioquia, pero sin perder de vista su mayor preocupación por aquella propagación territorial que sus propios intereses personales.

### **El entorno político**

No obstante, fue el contacto con la Concesión Aranzazu uno de los principales problemas de Fermín López en la búsqueda de su autonomía como colonizador. Esta concesión estaba compuesta por 200.000 mil hectáreas, de “dudosa legitimidad”, que iban desde el nacimiento del río Pozo hasta el río Cauca. José María Aranzazu al parecer nunca tomó posesión de esta Concesión, lo que motivó que la denunciasen como baldía por parte de Manuel José Villegas Londoño, lo que originó un pleito de años. No obstante, después de 25 años finalmente se posesionó de esas tierras su hijo, Juan de Dios Aranzazu. Este versátil personaje fue ministro del Presidente Herrán, Presidente él mismo por un brevísimo tiempo, y también Gobernador de Antioquia. (Por una curiosa genealogía, Juan de Dios Aranzazu “desciende de la sangre incaica de Huayna Capac, último inca del Perú”<sup>11</sup>). Al morir este Juan de Dios, sin descendencia directa, sus derechos en la Concesión pasan a manos de su tío Elías González, quien crea una sociedad comercial con Luis Gómez de Salazar, integrada además por Ambrosio Mejía Villegas y Jorge Gutiérrez de Lara, que se llamará luego Salazar & González y cuya influencia cubrirá muchos y largos periodos de nuestra historia regional<sup>12</sup>.

Otro escenario bajo el cual vivieron los emigrantes de la colonización fueron las contiendas políticas que se presenciaban en su derrotero, unas veces como espectadores, otras veces involucrados en ellas. Las querellas entre los grupos políticos (centralistas versus federalistas) que se disputaban el poder después de la Independencia de 1810, ocasionaban otros problemas en todas partes: la fragmentación de los Estados,

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 30.

<sup>12</sup> Arango, *op. cit.*, pág. 146.

la imposición de las ideologías, las concepciones económicas vigentes, los reclamos de las provincias y, finalmente, los reductos españoles que iban quedando sin posibilidades de marcharse.

Una buena prueba de tales diferencias políticas se percibía en la toma de posiciones doctrinarias después de la Independencia. Por ejemplo, Esteban Leonin de Estrada, un poderoso concesionario desde 1786, fue un amigo discreto en los pleitos de Fermín pero desde su punto de vista como un realista convencido, en tanto que José Salvador Isaza, otro concesionario, era un patriota furibundo<sup>13</sup>. Este contraste de la época puede hallarse en muchas de las desavenencias que abordaban los colonizadores con las autoridades de la provincia.

Es notorio que Fermín fue adquiriendo su perfil de colonizador independiente y activo a medida que la Concesión González se atravesaba en sus propósitos. Como él no era un conductor a partir de palabras, su liderazgo derivaba de las acciones que cumplía y de los hechos que daban señal de sus realizaciones. Sólo la intuición de hombre pragmático le permitió colegir que él, y sus amigos, estaban a la vanguardia de la empresa colonizadora que (de acuerdo con los antiguos deseos del oidor Mon y Velarde), ampliaba las fronteras agrícolas de Antioquia. Fermín tenía claro que esa lucha la llevaba a cabo con esa misión expansiva que le dictaban sus ideales.

Los colonos habitaron entonces en el marco de unas concesiones que se habían entregado, por parte del gobierno central, a ciertos personajes influyentes del Congreso y la política, quienes recibieron esas tierras por lo general en compensación a la lealtad política del peticionario a los gobiernos nacionales y departamentales de entonces. Los colonos, que carecían la mayor parte de una identificación política muy característica, combinaban su avance migratorio con los reclamos de los concesionarios, quienes no aceptaban a los intrusos (más interesados en expandir la línea agrícola de Antioquia), y en

---

<sup>13</sup> Hoyos, *op. cit.*, pág. 29.

cambio los acosaban a retirarse con el pretexto de defender los títulos legítimos otorgados por la realeza años antes.

### **La romería a Manizales**

El empuje de la colonización derivaba de este tipo de presiones. El conflicto le imparte dinámica social a los acontecimientos de la historia. De Salamina, donde se iniciaba el problema con los grandes concesionarios, partieron por diferentes rutas los fundadores de Filadelfia, Neira, Santa Rosa de Cabal, Manizales, Aranzazu, Pensilvania, La Merced, Marulanda, y San Félix — por lo cual Salamina es llamada con justicia “Madre de Pueblos”. Antiguo dominio de los Posos, los Armas y los Chamberíes, tribus en aquel entonces ya extinguidas de la gran familia caribe, esta aldea salamineña fue teatro no sólo de los episodios de la empresa antioqueña iniciada en 1787, sino también de algunas luchas guerreras que trascendían los meros incidentes de colonización. Es un hecho, por ejemplo, que el cinco de mayo de 1841 se hizo una medición de fuerzas entre las tropas oficialistas de Antioquia, comandadas por Braulio Henao, con unos intrusos que amenazaban la unidad de la Provincia. (Trece años después, en 1854, el Batallón Salamina, conducido por el mismo Henao, cruzó victorioso el puente de Bosa y contribuyó decisivamente a derribar la dictadura de Melo).

Por ello mismo Fermín López estuvo presente en la fundación de Manizales, como testigo de cargo, pero también en la de Villamaría (1850), la de Chinchiná (1858) y la de Pereira (1871). Este desplazamiento a Pereira, que le permitió estar en muchos otros sitios cercanos, ofrece la idea de que Fermín seguía indagando por los baldíos de la Nación para asentarse en ellos y alcanzar por esa acción de facto la autonomía que los concesionarios le habían negado. Sin embargo, la intermediación para tales adjudicaciones —al otro lado del río Chinchiná, que ya era parte del Estado Soberano del Cauca—, debía hacerla en Cartago pues desde allí se tramitaban los permisos con Popayán. Y como mucho tememos que nuestro personaje era ajeno a las sumisiones y los trámites oficiales, tal vez por esa razón se radicó

en Santa Rosa de Cabal, una aldea intermedia que parecía estar en el Estado del Cauca y en el Estado de Antioquia al mismo tiempo.

Por aquel entonces, hacia 1848, el Presidente de la Nueva Granada, Tomas Cipriano de Mosquera, ordena establecer una población en el camino provincial que lleva de la Provincia de Antioquia a Mariquita, asignando 12 mil fanegadas de tierras baldías en la jurisdicción del Distrito de Neira<sup>14</sup>. Según este decreto, Manizales pudo haber sido fundada oficialmente apoyada en esta disposición del gobierno neogranadino. Pero lo que no está claro es la razón por la cual Mosquera eligió apropiarse de esas 12 mil fanegadas en Neira, que pertenecían a la Sociedad González, Salazar y Cía., dominador de dicho territorio por años. Este hecho, aparentemente incidental, apunta a dos suposiciones: que el gobierno central deseaba estimular, mediante leyes y adjudicaciones, la fundación de ciudades cabalgando sobre el proceso de colonización que ya había comenzado y no parecía detenerse; o que deseaba mandar una señal a los concesionarios, a Elías Salazar y sus amigos principalmente, para que no se interpusiera con los empeños de esos colonos que estaban expandiendo los límites de la Provincia antioqueña<sup>15</sup>.

Según una versión de Juan B. López, Mariano Ospina Delgado<sup>16</sup> —otro de los líderes de esta empresa colonizadora cuya memoria no ha sido destacada como debiera—, decía que la idea de Fermín López, su amigo, era la de establecer a Manizales de tal manera que fuese la puerta abierta para que los antioqueños se

---

<sup>14</sup> Hoyos, *op. cit.*, pág. 35.

<sup>15</sup> No está por demás señalar que, mucho más adelante, a principios del siglo XX, se presentó notoria la influencia de los caucanos sobre la Constituyente del Presidente Reyes cuando se estaban creando los nuevos Departamentos: fue de tal manera sutil dicho ascendiente que impusieron el nombre de Caldas (precisamente el nombre del prócer y científico caucano) en el bautizo del territorio que ellos estaban perdiendo del río Chinchiná hacia el sur. El general Uribe Uribe los apoyó en esta denominación.

<sup>16</sup> J. B. López. “Fermín López”. *Archivo Historial*, Manizales, 1930, pág. 116.

comunicaran con las tierras del Cauca. Por cierto que Ospina Delgado insistió en el nombre compuesto de *maní* (granito) y *sal* para bautizar aquella aldea cuando asistió a la cámara provincial de Antioquia en representación del cantón de Salamina; en 1829 presentó allí un proyecto de ordenanza, basada en las atribuciones de la ley 3 de 1847, creando precisamente un distrito parroquial que se llamaría Manizales. Dicha ordenanza fue sancionada por el gobernador de Antioquia, Jorge Gutiérrez de Lara (posteriormente socio y gerente de la compañía González Salazar), el 12 de octubre de 1849. Más tarde, cuando el general Mosquera llegó al poder, designó a Mariano Ospina Delgado como prefecto de la Provincia del Sur (que comprendía Sonsón, Manizales y Salamina)<sup>17</sup> en seguimiento del marcado interés que éste tenía en la región.

### **Religiosos, fondas y caminos**

En dirección al propósito autonómico que revelaba el trajinar de Fermín López, también los caminos le llamaban la atención por obvias razones. Aceptando la suposición de que Fermín creía firmemente en la necesidad de expandir la frontera antioqueña, al mismo tiempo que satisfacía sus anhelos de independencia personal y familiar —como cultivador y como fundador— parece probable que en 1842, cuando aún estaba en Salamina, hubiese conocido el decreto del 15 de julio de ese año, firmado por el Presidente Pedro Alcántara Herrán, con el cual se estimulaba la construcción del camino del Quindío pidiendo a los gobernadores del Cauca y de Mariquita que utilizaran los presidiarios del distrito a efectos de realizar tamaña obra<sup>18</sup>. Esta medida gubernamental (donde además por primera vez en la historia de estas regiones se regula la forma de organizar las posadas o fondas), es ilustrativa de la manera como la preocupación del gobierno y de los colonos de entonces no solamente se detenía en la construcción y arreglo

---

<sup>17</sup> Era Mariano un hombre docto e ilustrado: educador, músico y consejero, recibió honores con la ley 145 de diciembre de 1883. Falleció el 13 de agosto de 1897 en Salamina y su papel en este proceso merece ser redimido.

<sup>18</sup> Hoyos, *op. cit.*, pág. 88.

de los caminos, sino también en el aporte de la institución de las fondas para que la gente no sufriera tropiezos en los trajines de pasar de la región oriental, donde estaba la capital el país, hacia la occidental donde estaba el poderoso Estado del Cauca.

No son muchos los testimonios sobre la siembra del café pero en algún momento de su itinerario vital, Fermín López empezó a ver, mucho antes de su muerte, la extensión de los cultivos de café por toda la zona por donde había pasado. Es indudable que ya por esa época el cultivo se conocía en Santander y que algunos labriegos ya lo habían llevado hacia Antioquia. Si nos ceñimos a los testimonios del fundador de Marsella, se estaba sembrando café en esta zona alrededor de 1860; por su parte, el padre Fabo certifica que más adelante, hacia 1872, se habían negociado en Manizales cerca de 157 toneladas de café (12.576 arrobas)<sup>19</sup>.

En un escenario más natural, los colonos eran transmisores de la religiosidad. Con el tiempo se verá que detrás de los colonizadores iban algunos clérigos que fueron diseminando sus principios religiosos, especialmente católicos, por todas las aldeas que iban apareciendo. Ello explica el hecho de que los colonos fueron los vehículos para esa difusión de la Iglesia por todo el territorio por el cual se avanzaba. No es inusual que tales travesías se hicieran, como antes en el caso los conquistadores españoles, siempre acompañados por un presbítero que diera los primeros testimonios alfabetos de lo sucedido. Está por verse más en detalle la calidad de estos avances y el grado de colaboración que los colonos prestaron a los sacerdotes que viajaban con ellos, pero este acontecer es una parte determinante de la organización de los poblados bajo el testimonio de sus clérigos.

Un ejemplo de lo anterior se refleja en la descripción de la historia eclesiástica de Salamina, la cual aparece con la ciudad misma. El primer sacerdote, el padre Ramón Marín, medellinense, aparece posesionado con fecha 18 de marzo de 1829 y ese mismo día hizo apertura de los libros parroquiales. Pero además el padre Marín

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 69.

fue miembro y presidente del primer cabildo salamineño en 1842, edificó la primera iglesia, el cementerio y las casas para escuelas y ayudó mucho en las primeras etapas de la nueva población. Una conducta similar puede seguirse para las demás misiones católicas que viajaban con los colonizadores. No obstante, un examen más minucioso debe realizarse para saber la razón por la cual los diezmos de la Iglesia se concentraban o desviaban hacia Popayán y Cartagena. En realidad, cualquier riqueza adquirida por la Iglesia no tenía como destino la inversión más rentable de la época, la minería, sino ciertas inversiones inmobiliarias para conventos, o la transferencia a otras jurisdicciones eclesiásticas más necesitadas de efectivo.

### **La especulación de la tierra**

Hasta este punto, dos distintas hipótesis sobre la colonización antioqueña subyacen en el presente escrito: por una parte, el énfasis hacia la minería, la cual dio origen a una clase mercantil que se ocupó de los bienes de consumo para la población creciente que presionaba las aldeas de principios del siglo XIX desde un vector geográfico que se mueve de Santa Fe de Antioquia hasta Medellín y posteriormente hacia el sur y Manizales. En segundo lugar, la apropiación de tierras por los concesionarios, unos presentes, otros ausentes, que hizo de Elías González uno de los mayores especuladores de tierra en el territorio antioqueño y caucano como que su influencia alcanzó a rozar los intereses de la Concesión Burila.

A la altura de este escrito, vale la pena acudir al historiador Albeiro Valencia Llano quien ilustra de manera muy documentada que los problemas de tierra fueron un detonante en los itinerarios y avances de la colonización. “La sociedad González-Salazar, dice, no molestó a los colonos que cruzaban el Guacaica y se asentaban en Morrogacho, ya que los socios de la compañía estaban interesados en que la colonización se dirigiera hasta el

Cauca (río Chinchiná) para de este modo valorizar la tierra; esta es la razón por la cual se fue consolidando, con tanta velocidad, el proceso de penetración de colonos en la región”<sup>20</sup>.

Valorizar la tierra era la intención de los concesionarios. Los socios de la compañía, apersonados del decreto 1877 de 29 de diciembre de 1848 que autorizaba la fundación de Manizales en la Provincia de Antioquia (jurisdicción del Distrito Parroquial de Neira y en el paraje denominado la Inmediación de Montaña), empiezan a presionar a los colonos para recuperar los territorios invadidos y evitar así nuevas irrupciones. En tal virtud los cabildos de las nuevas poblaciones, los colonos y la Compañía estaban en pugna: mientras los unos alegaban que los terrenos eran baldíos, y esgrimían el decreto gubernamental como un título de apropiación, la compañía se las agenciaba (con sus *lobbystas* de cabecera en el Congreso) para buscar una transacción que le diera tiempo de continuar con sus negocios especulativos sobre esa tierra que decían poseer.

El convenio de repartimiento de solares realizado en Manizales favoreció pues a los colonos ricos en detrimento de los pobladores pobres, quienes se consideraban dueños “por sudor” y no por los títulos de última hora. Con todo, Elías González, hombre de temperamento fuerte y decidido, se había enajenado la enemistad de los pequeños colonos como que ordenó, entre otras cosas, la quema de la casa de José María Duque y de unos molinos de los vecinos de Salamina como un escarmiento a los llamados usurpadores. El asesinato de González cerca de Neira, a quien bautizaron como “Mataelías”, fue el instrumento de una protesta que había llegado a tales proporciones.

No obstante la muerte de González, el gobierno antioqueño abogó por una solución final ante el gobierno central con el objeto de evitar nuevos enfrentamientos de los colonos con la Compañía. Así fue como en junio de 1853 se firmó un contrato

---

<sup>20</sup> Valencia Llano, Albeiro. *Manizales en la Dinámica Colonizadora 1846-1930*. Manizales: Universidad de Caldas. 1990. Pág. 58.

entre la Nación (de la que era Presidente José María Obando), y el Secretario de Hacienda Nacional, José María Plata, por medio del cual la República cedía todos sus derechos y acciones a la Compañía respetando los ya adquiridos por los pobladores de Salamina, Neira y Manizales. En esta gestión sirvió como apoderado Jorge Gutiérrez de Lara, a la sazón ya director de la Compañía y quien había sido Gobernador de Antioquia, por lo cual sus influencias fueron decisivas en el momento más crítico de esa lucha contra los colonos<sup>21</sup>.

No hay dudas: el empuje hacia el sur, encabezado por Fermín López, entre otras cosas tenía como motivo la búsqueda de tierras vírgenes como una forma de huir a los litigios de los concesionarios y a su afán especulativo de tierras. El poblamiento rápido de Manizales y sus alrededores, se replicó en las nuevas fundaciones de Chinchiná hacia abajo que dieron origen, ya en el Quindío, a los nuevos pleitos con la Concesión Burila, donde se repitieron iguales desafueros y se dieron similares protestas por parte de los pobladores que estaban llegando del Cauca, del Tolima, de Cundinamarca y del Valle del Cauca. Esta parte de la historia quindiana ha sido revelada en otros textos que complementan los desarrollos descritos en la presente exposición.

---

<sup>21</sup> Valencia Llano, op. cit., págs. 86 y ss.

# Los nombres de los municipios del Quindío

Miguel Ángel Rojas Arias

## Presentación

Los nombres de los municipios del Quindío tienen dos tradiciones: los vocablos indígenas y sus representaciones de la vida aborígen, antes de la llegada de los españoles; y aquellas locuciones que recuerdan ciudades del antiguo mundo, de la Europa del siglo XVI que se aventuró al nuevo continente. En este último caso, los nombres se quedaron en las mentes de los hijos y los nietos y los bisnietos de los emigrantes europeos que los trajeron a las tierras de la Colonización del Quindío, pero que además retumbaron en sus oídos desde los púlpitos, recordados por los sacerdotes por diversos motivos.

## Filandia

Hay cuatro nombres muy de la tierra: Filandia, Calarcá, Pijao y Quimbaya. El primero de ellos corresponde a un vocablo nuevo, creado por un hombre ilustrado de Cartago, la ciudad de donde provenían varios de los primeros fundadores de pueblos del Quindío. El nombre de Filandia no tuvo su origen en ningún sitio en Europa, aunque muchos lo confunden con el país nórdico, Finlandia.

Dice don Heliodoro Peña, en su *Geografía e Historia de la Provincia del Quindío* (1892) y corrobora don Alfonso Valencia Zapata en su *Quindío Histórico* (1955) que el nombre de Filandia se lo puso el ciudadano Felipe Meléndez, uno de los primeros pobladores de la aldea Nudilleros, donde se creó el pueblo. El señor Meléndez creó el nombre Filandia en una composición de dos vocablos del latín: *Filias*, que simboliza hija, y *Andinus*, que quiere decir natural de los Andes, o de la cordillera Andina. En ese orden, la palabra Filandia significa hija de los Andes.

No hay que olvidar que cerca de Filandia existieron dos poblaciones más que desaparecieron: Una de ellas llamada Obaldía, ubicada entre los ríos Barbas y Consota, en el sitio El Palmar, que en 1851 había recibido la denominación de Aldea por parte de la Cámara Provincial. Más tarde, en 1853, esa población cambió de nombre por el de Condina, vocablo que se deriva del apellido de su refundador, Mariano Conde. Hay registros de esta aldea hasta 1882. Así mismo, en un área circundante, existió un pueblo llamado Furatena, fundado también por Sebastián Marizancena, español, que vivía en Cartago.

El nombre de Furatena, seguramente lo había oído en Santa Fe el señor Marizancena, porque se trata del mito de la creación entre los Chibchas, cuya primera mujer se llamaba Fura y su primer hombre, Tena, que después fueron corrompidos por la piedra verde, la esmeralda. Pero tanto la población de Furatena como la de Condina, desaparecieron, absorbidas por Filandia y Pereira.

## **Calarcá**

En el caso de Calarcá, la historia es mucho más conocida. Su nombre es un homenaje al Cacique Carlacá, que aunque muchos consideran que vivió en las montañas del Quindío, este hecho no se ha podido comprobar. Carlacá era un cacique, jefe de la tribu de los Pijaos, que habitaban mucho más en la zona del actual departamento del Tolima, pero que tenían algunas excursiones adentro de la cordillera central.

También llamado el cacique de Kimbana, se le reconoce como el último cacique general de la Federación Pijao, que fue herido mortalmente por un disparo de arcabuz en una emboscada que le hicieron las fuerzas oficiales de la corona española. Su cuerpo nunca fue hallado, por lo que su nombre se quedó para la posteridad en las gentes que tejieron muchas historias sobre su valor, incluso que vino a morir en las cuevas del mítico cerro de Peñas Blancas en Calarcá.

El Cacique Carlacá peleaba en nombre de la Federación de indígenas Pijao en lo que se conoció después como el Tolima grande, al lado de los caciques Belara y Coyara. Se dice que fue traicionado por el Cacique Tuamo, de una tribu cercana, los Combeima, a quien los españoles convirtieron al catolicismo y bautizaron con el nombre de Don Baltasar. Fue éste quien hizo posible la celada donde resultó herido Carlacá.

Los primeros pobladores del actual municipio de Calarcá oyeron muchas historias sobre este hombre, relatos extraordinarios que hablaban de su astucia y dominio, especialmente de las batallas que libró y ganó a los conquistadores españoles. En la mente de los colonizadores del Quindío quedó señalada la fiereza y la fuerza de este indígena, de quien se decía, podía levantar cinco hombres al mismo tiempo. Cuando se fue a fundar el pueblo, todos coincidieron en un homenaje al hombre que, supuestamente, vino del Tolima a morir en las cuevas de Peñas Blancas, y se quedó entonces como Calarcá.

No hay que olvidar que por mucho tiempo, la imagen del Cacique Carlacá, fue acuñada por el Banco de la República en las monedas de diez centavos, que desaparecieron del mercado.

### **Pijao, bijaos, bija, pija**

Entre los nombres de los municipios del Quindío, topónimos que nacieron por una tradición prehispánica, de antiguos habitantes o vecinos del lugar, está Pijao. La denominación proviene de la federación de pueblos amerindios, de origen y lengua Karib, que habitaban en la región del Tolima grande, que incluye al Huila.

La denominación pijao o pijaos tiene un doble origen. Los paeces llamaban bijaos a una tribu que conocían entre la gran federación indígena que colmó la cordillera Central, vocablo que al parecer proviene de una tinta, bija, de color vinotinto, que se ponían en su cuerpo junto con adornos de oro, dejando siempre al descubierto sus genitales. Los españoles conocían la palabra pija, que significaba genitales masculinos. La asociación de los

sonidos bijaos con pijao y la desnudez de los aborígenes dejaron a estos pueblos federados contra la dominación española con el nombre de pijaos.

Antes de la llegada de los conquistadores a América, los pijaos habitaron la cordillera central entre los nevados del Huila, Quindío y Tolima, el valle alto del río de la Magdalena y parte del valle alto del río Cauca. El cronista Pedro Ordóñez de Ceballos los recuerda como el símbolo de la resistencia y la altivez indomable, la tenacidad y la gallardía en el combate contra los españoles: "...como no fuera de tres naciones, pijaos, taironas y araucos, que son las tres naciones de gente más valiente de las indias..."

Los pijaos, más que una tribu, es el nombre que los españoles le dieron a la federación de tribus de la cordillera Central. Sin embargo, a los antiguos clanes del Tolima grande, que incluye al Huila, se les atribuye dicha denominación. Se dice que éstas no habitaron en ninguno de los actuales municipios del Quindío como pueblos, pues tampoco se les conoció en grandes comunidades, sino en bohíos aislados. Pero sí se sabía que muchos de ellos se refugiaron en este territorio, luego de verse diezmados por el invasor español.

La población que hoy conocemos con el nombre de Pijao fue bautizada al comienzo por sus fundadores con la designación de San José de Colón, y se popularizó con el vocablo Colón. Treinta años después, un diputado a la asamblea del antiguo departamento de Caldas, a propósito de su reciente erección a la categoría de municipio, propuso ponerle el nombre de Pijao para rendirle un homenaje a la federación de pueblos indígenas colombianos que llevaban ese calificativo.

Pero las gentes no aceptaron. Y entonces el diputado decidió realizar una especie de consulta popular entre los coloneses, que se ratificaron en la decisión de seguir llevando el nombre de Colón. La discusión se hizo en el seno de la дума departamental, luego de conocer el querer de los habitantes de la pequeña

población, pero finalmente, por mayoría absoluta, se decidió que el corregimiento de Colón, elevado a la categoría de municipio, debería llevar el nombre de Pijao, en memoria y homenaje a esas tribus.

### **Quimbaya, una profunda tradición indígena**

El topónimo Quimbaya, que corresponde al municipio del Quindío ubicado en el occidente del departamento, también es un nombre que proviene de una tribu que encontraron los españoles en la zona. Los quimbayas fueron los indígenas con que se toparon los hombres del Mariscal Jorge Robledo cuando fundaron a Cartago en 1540, en terrenos donde hoy se sitúa Pereira.

Hoy, su cultura se conoce como quimbaya tardía, pues al parecer eran herederos de la famosa tradición enciso-marrón o quimbaya clásica famosa por su producción de piezas de oro de alta calidad y belleza y que ocuparon el territorio unos 1.000 años antes de Cristo y, por supuesto, mucho antes que aquellos con los que se encontró Robledo.

No hay evidencias de que los quimbayas tardíos hayan ocupado el actual departamento del Quindío, pues los pueblos que los españoles encontraron aquí fueron los quindios o quindíos, los pindanáes y aguacabezas. Sin embargo, en sus tierras se han hallado los más importantes tesoros de la tradición enciso-marrón o quimbaya clásica, como el famoso Tesoro Quimbaya que reposa en el museo de América en Madrid.

El municipio de Quimbaya se llamó inicialmente Puerto Alejandría, como aquella mítica ciudad egipcia en el encuentro del Nilo con el Mediterráneo que fundara en el mundo antiguo Alejandro Magno. El nombre correspondía a una pequeñísima aldea fundada cerca de la fonda Tres Esquina, en el municipio de Filandia, y que fue escogido entre otras dos propuestas: Bolívar y Soledad.

Diez años después de la fundación de Puerto Alejandría, y cuando sus fundadores solicitaron a la Asamblea Departamental del antiguo departamento de Caldas se erigiera el corregimiento en municipio, separándolo de Filandia, también decidieron cambiarle de nombre, por el de Quimbaya, en homenaje a la cultura indígena que lleva ese nombre.

### **Armenia, una granja agrícola en la montaña**

No hay nada más especulativo que el origen del nombre de Armenia, designación que le fue dada a la hoy capital del departamento del Quindío. La primera versión fue consignada por el periodista e historiador Alfonso Valencia Zapata en su libro *Quindío Histórico* y que nos dice que el topónimo proviene de un homenaje que los fundadores le brindaron al pueblo euroasiático conocido como Armenia, tras la masacre sufrida en el año 1896 a cuenta de los otomanos.

Esa versión ha sido copiada casi por todos los escritores e historiadores locales que hacen referencia al nombre de la ciudad, sin fijarse que la fecha no coincide. Primero, la masacre fue espaciada entre 1894 y 1897. Segundo, la fundación de Armenia se realizó el 14 de octubre de 1889, es decir que el ataque indiscriminado de los otomanos contra los nacionales de Armenia se protagonizó entre cinco y seis años después.

En esas masacres murieron unos 300.000 armenios que se revelaron contra el gobierno turco-otomano, que a pesar de haber declarado la igualdad para todos los ciudadanos, siguió excluyendo a los armenios, cristianos ortodoxos, y favoreciendo a los musulmanes.

También hay una gran confusión con relación al genocidio que sufrió la nación armenia entre 1915 y 1923 a manos de los Jóvenes Turcos que se hicieron al poder en un golpe de Estado y que aprovecharon la coyuntura de la Primera Guerra Mundial para detener y asesinar a los principales dirigentes armenios y luego expulsar a todo el pueblo, al que fueron matando en asaltos

programados a las caravanas de emigrantes. Muchos otros murieron de física hambre en ese desplazamiento forzado que provocaron los turcos.

Los datos más conservadores de la historia hablan de la muerte de 1.500.000 armenios a manos de los turcos en este periodo. Así, la nación de Armenia protagonizó al igual que los judíos una diáspora que los llevó a muchos países del mundo, considerándose el segundo más importante pueblo errante del globo terráqueo.

Muchos llegaron a América Latina, pero no a Colombia. Una importante colonia tuvo asiento en Argentina, tanto que crearon desde allí el Consejo Nacional Armenio y el gobierno argentino de Néstor Kirchner declaró el año pasado el 24 de abril Día de acción por la tolerancia y el respeto entre los Pueblos, en conmemoración del genocidio sufrido por el pueblo de Armenia entre 1915 y 1923.

Por esta cercanía y por la emigración de armenios a Argentina se ha planteado también que el nombre fue traído de esta nación latina, donde se hizo muy famoso el tema del genocidio y el desplazamiento. Pero, como en el primer caso, las fechas tampoco coinciden porque cuando naturales de la nación euroasiática llegaron a Buenos Aires, ya existía la Armenia de las montañas del Quindío.

El abogado, clérigo e historiador Alfonso Toro Patiño argumenta que el nombre proviene como homenaje a los muertos en la masacre de los turcos con el pueblo armenio en 1880. Pero el periodista e historiador de esa nación, Vartan Matiossián, en un artículo publicado recientemente bajo el título “El nombre de Armenia en Colombia”, desmiente la versión de una masacre en esa fecha y cree que es sólo una ayuda de la imaginación.

Otro argumento más reciente es que la denominación proviene del pueblo Mantequilla, de Antioquia, fundado en 1868, pero rebautizado con el nombre de Armenia en 1875, y de donde, seguramente, vinieron varios colonizadores a la región del

Quindío y prestaron el nombre de su aldea natal para el nuevo lugar a fundar. Esta idea también fue descartada porque entre los fundadores y las personas cercanas a la región, ninguna hay que proviniera de ese pequeño caserío del antiguo Estado Soberano de Antioquia.

En las enciclopedias y menciones a Armenia, Quindío, en los periódicos internacionales, las equivocaciones históricas son frecuentes. El periodista Vartan Matiossián nos cuenta que el historiador Hovhannés Babesián escribió que “en el siglo XIX fue fundada por un grupo de inmigrantes armenios, en quienes se basaron otros historiadores, Kamsar y Aspram Avetisián, para decir que fue fundada por ese grupo de inmigrantes y allí predominaban los extranjeros”.

También comenta que, a su turno, Zaven Sabundjián, otro historiador, partiendo del escrito de Babesián, precisó: “Fue fundada en el siglo XIX por un grupo de inmigrantes armenios quienes, salvados de las matanzas, se establecieron allí”. Evidentemente se refiere a las matanzas de 1894-97. Estas dos versiones son absolutamente falsas, inventadas por escritores armenios, desde Everán, para justificar la existencia de Armenia, Quindío.

“El semanario *Armenian Reporter* de Nueva York (actualmente en Nueva Jersey), editorializaba con motivo del terremoto de 1999 que el nombre había surgido de comerciantes armenios que habían recorrido Sudamérica y se habían establecido allí”. Versión también absolutamente falsa.

Don Alfonso Valencia menciona igualmente la creación, en el siglo XIX, de la Liga Nacional de Auxilio a Armenia. Dice que las gentes entregaban dineros para favorecer a las víctimas de las masacres y que por tanto a través de esta promoción llegó la palabra hasta los colonizadores. Sobre el particular, la misma fuente, el periodista Vartan Matiossián, sostiene que en ese país jamás se ha conocido dicha liga y si de pronto existió, el dinero nunca llegó a la comunidad afectada por la mano de los turcos.

Una cosa sí es cierta. El nombre tiene un mismo origen. Armenia, Quindío, como topónimo, se lo debe a Armenia, el país euroasiático cuya capital es Everán. La cuestión está en dilucidar cómo llegó el nombre aquí, a estas montañas, quién lo dio, quién lo trajo y por qué.

Primero, miremos el origen del nombre. La enciclopedia por Internet, *Wikipedia*, dice que el nombre es una tradición que viene de Hayk, patriarca de los armenios, un tataranieta de Noé, hijo de Togarma, hijo de Gomer o Cimerios, que a su vez era hijo de Jafet, hijo de Noé. No hay que olvidar que es en el monte Ararat, de las montañas de Armenia, donde se dice que está el arca de Noé.

Por esta descendencia patriarca, que vivió en el sitio, se ha propuesto por los creyentes cristianos, a Armenia como el sitio del jardín bíblico del Edén y popularmente se ha creído que el monte Ararat es la montaña bíblica sobre la cual se posó el Arca de Noé, después del diluvio universal.

Según la misma enciclopedia, “Hayk era un cacique de los armens, una tribu armenia de la época de Aratta (el nombre también se asemeja a Ararat, y la montaña está situada de hecho en el área posible de Aratta). El término persa es armani, primero registrado en la inscripción de Behistún (521 a. C.). El término Armenoi griego se verifica en Heródoto, que divulga que los armenios eran colonos de Frigia”.

“La etimología tradicional para el etónimo es de Armenak o de Aram, el biznieta del biznieta de Hayk, y de otro líder que fue, según la tradición armenia, el antepasado de todos los armenios. También algunos historiadores antiguos de Armenia, como Moisés de Khorene, dicen que los armenios eran urartos y que la palabra ‘Armenia’ deriva de un rey urarto llamado ‘Aramu’, teoría que algunos historiadores modernos descartan”.

“Algunos eruditos judíos y cristianos escriben que el nombre ‘Armenia’ deriva de Har-Minni, es decir las ‘montañas de Minni’

(o de Mannai). Varios eruditos armenios, incluyendo Ishkhanyan (1989), han identificado el término persa con el ‘Armani’ (Armanum, que también se lee Armanim) mencionado entre los enemigos derrotados por el rey acadio Naram-Sin (2300 a.C.), localizándolos en las montañas de la Armenia meridional”.

“El historiador Arnold Toynbee menciona que ‘Armenia’ puede provenir de ‘Erimena’, padre del último regente de Urartro, Russas III. Agrega además que otra alternativa es que provenga de ‘Aruma-ni’, que significa país de los arameos, pueblo que arribó del norte de las estepas árabes a fines del siglo XI o comienzos del X a. C. y conquistó Nairi”.

No hay que olvidar que desde el mismo momento de la fundación de la ciudad, las gentes han denominado a la región como el Edén de Colombia, y así aparece en muchas publicaciones de los primeros años y en periódicos regionales y nacionales. Es decir, entre los fundadores existía la relación de Armenia como la nación del patriarca Noe y, por supuesto del Paraíso Terrenal.

Cuando los treinta colonos fundaron la ciudad el 14 de octubre de 1889 con el nombre de Villa Holguín, en homenaje al presidente encargado de la República Carlos Holguín Mallarino, y por sugerencia de Pedro Vicente Henao, el topónimo de Armenia ya estaba en las mentes de la gente, pues existían, de acuerdo con todas las fuentes, varias fincas, de propiedad de José de los Reyes Santa, Antonio Herrera y el coronel Tobías Marín, que estaban situadas en la porción de Armenia, jurisdicción de Salento, según el contrato de venta de las mismas suscrito en la notaría de este último distrito.

También hay un documento notarial de Cartago donde se dirime un conflicto de tierras en una zona meridional de este municipio, el más importante de la zona que perteneciera al Estado Soberano del Cauca, donde tanto el querellante como el poseedor residen en el ‘caserío Armenia’, en hechos que ocurren en el año de 1886. Es decir, ya había sido traído el nombre a la región.

La hipótesis más cercana a la llegada del nombre pertenece a la Iglesia. Era evidente que los sacerdotes en los púlpitos hicieran mención a Armenia, el primer país del mundo que en el Siglo I después de Cristo, adoptó el cristianismo como religión oficial, y que fue llevada y diseminada por dos de los apóstoles: Judas Tadeo y Bartolomé. Además, de ser mencionada como el lugar del Paraíso Terrenal y del Arca de Noé.

Ese nombre se quedó en la mente de las gentes, tradicionalmente muy religiosas, y los tres colonos primeros: el coronel Tobías María, Antonio Herrera y José de los Reyes Santa le pusieron a esa porción de sus fincas, que fue después un pequeño caserío, el nombre de Armenia, seguramente porque se les pareció al Edén, al Paraíso bíblico.

Varias fuentes aseguran, entre ellas el padre Rafael Arboleda, rector de la Universidad Javeriana de Bogotá, que en el siglo XIX, estaba de moda bautizar las granjas, las fincas que se iban montando, con nombres bíblicos y del cercano Oriente. Armenia fue uno de ellos. No olvidemos a Jericó y a Antioquia. Y para no ir muy lejos, Alejandría, el primer nombre de Quimbaya o Puerto Samaria. Y en el municipio de Salento persisten los topónimos de Palestina y Canaan para mencionar a dos de sus veredas.

En síntesis, para no darle más vueltas al asunto, el nombre de Armenia proviene del país euroasiático, traído a América por la tradición cristiana por ser el primer lugar que adoptó esa religión, llegada a los oídos de los colonizadores, creyentes católicos, que, espontáneamente, bautizaron así una porción de tierra que desbrozaron y sembraron y que luego le vendieron a Jesús María Ocampo Toro y Jesús María Suárez para que fundaran esta ciudad.

### **Buenvista, mejor que Tolrá**

Buenvista asumió este nombre sólo a partir de 1967, cuando fue elevado a la categoría política administrativa de municipio por la Asamblea del recién creado departamento del Quindío.

Hasta ese momento, se conocía como corregimiento especial de Tolrá, perteneciente al municipio de Pijao, jurisdicción del departamento de Caldas.

Así entonces, Buenavista fue fundado como Tolrá en el año de 1933. ¿De dónde proviene la denominación de Tolrá? En muchas publicaciones locales se asegura que es el nombre de un oficial del ejército español que batalló sangrientamente en una colina de este municipio y que por tal motivo los viajeros designaron de tal manera a dicho cerro.

La única mención real que existe de esos combates es un párrafo relacionado con el mando superior del coronel Carlos Tolrá, el comandante del ejército español Juan Sámano, citado en el libro *Historia Extensa de Colombia*, Tomo VI. "...No se detuvo Sámano en Popayán, sino que siguió avanzando por Cali, Cartago y el Chorro, hacia la montaña del Quindío, librando distintos encuentros con los patriotas (...) de esta forma logra reconquistar toda la provincia de Popayán y regresa a esta ciudad, donde ejerce el mando con su triple título de brigadier, gobernador y comandante general..." (p. 83).

Son los años de la llamada Reconquista Española. En el ejército de Sámano está el coronel Carlos Tolrá, segundo en la línea de superioridad, hombre de confianza del comandante general. Este ejército actúa en el sur del país, desde Quito hasta la montaña del Quindío, que pertenece a la jurisdicción de Popayán. Sin embargo, no hay ninguna mención de las batallas a que hacen referencia algunos textos y páginas Web del municipio de Buenavista.

¿Quién era Carlos Tolrá? Un soldado de carrera. Graduado en el Regimiento de Infantería de Numancia, creado hace tres siglos en Zaragoza, en la provincia de Aragón en España. Se hizo teniente coronel de los reales ejércitos en la Nueva Granada, y estuvo con Juan Sámano en casi todas sus batallas, que en Colombia empezaron en el sur, reconquistando a Quito, Pasto, Popayán, Cali y Cartago.

Él mismo se describe en un bando a los habitantes de Chocontá, en 1817: “Don Carlos Tolrá, teniente coronel de los reales ejércitos y comandante de las columnas volantes destinadas a la destrucción de las cuadrillas de bandoleros, hago saber...”. Este hombre sembró el pánico en Popayán y su área de influencia, fusilando a todo aquel que tuviera que ver algo con las denominadas guerrillas, sublevados de la corona o ejércitos de patriotas que buscaban la libertad de las colonias españolas en la Nueva Granada.

Fue un hombre bravo y aguerrido. De mil guerras. Después de triunfar con Sámano en el sur, su ejército es trasladado a Santa Fe y se le encomienda terminar con los “bandoleros” en el valle de Tensa, donde, según las noticias del Archivo Nacional de Colombia, fusiló a más de 100 patriotas, incluyendo alcaldes y sacerdotes, en los pueblos de Cundinamarca y Boyacá. Son famosísimas las cartas y referencias escritas sobre Carlos Tolrá en los enfrentamientos con la denominada “Guerrilla de los Almeydas”, una familia de la cual alcanzó a fusilar a varios de sus miembros, que defendían la libertad de la patria neogranadina.

Sus triunfos en la reconquista le valieron una profunda amistad con el Virrey Sámano, quien asumió este cargo en 1818. Tanto así, que lo nombra gobernador de la provincia de Antioquia. Este hecho y su casamiento con una dama criolla, se relatan en el Archivo Nacional y en el libro de don José María Restrepo Sáenz, *Gobernadores de Antioquia*.

“El 17 de septiembre de 1818 Sámano y los militares españoles que residían en la capital estuvieron de fiesta: ese día el Provisor y Vicario Capitular, don Francisco Javier Guerra de Mier, presenció y autorizó el matrimonio que contrajeron el Teniente Coronel del Regimiento de Infantería de Numancia don Carlos Tolrá, favorito del Virrey, con doña María Feliciano Rendón, natural de la Provincia de Antioquia. Fueron testigos de la ceremonia los militares Antonio Galluzo y Nicolás Gómez y el presbítero José Fort. Sámano les dio a los invitados mesa en el Palacio”.

“El 1° de octubre recibió Carlos Tolrá de su amigo Sámano el nombramiento de Gobernador de la Provincia de Antioquia, y con su esposa se trasladó a Medellín, donde reemplazó a Vicente Sánchez de Lima, a quien imitó en conducta desarreglada, especialmente en el vicio del juego. Del matrimonio Tolrá Rendón nació en Medellín una hija, doña Ramona, la cual se trasladó a España en 1841. Duro fue el Gobierno de Carlos Tolrá en Antioquia. Él prohibió que se hablara una sola palabra por los insurgentes, traidores y rebeldes, que pudiera ser hostil para España y su católico Monarca”.

Tolrá salió vivo de la batalla de Boyacá, y fue de los pocos oficiales realistas que no pusieron presos los patriotas vencedores a la cabeza de Bolívar, quien, de paso, fusiló a muchos de ellos tomados prisioneros. Tolrá sigue en el ejército español y sigue dando guerra en otras batallas en casi todo el continente. No hay una exacta noticia sobre su muerte, pero, al parecer, este coronel del ejército real fue a morir, finalmente a España.

El topónimo del corregimiento de Tolrá proviene de este hombre, seguramente traído por los antioqueños, cincuenta o sesenta años después de que fuera gobernador de la provincia de Antioquia, y se quedó en el cerro que hoy empina hacia el Alto de la Cruz en el municipio de Buenavista.

Cuando se fue a elevar el corregimiento de Tolrá a la categoría de municipio, su promotor desde la Asamblea Departamental, José J. Jiménez, hijo del fundador del pueblo, propuso que se le cambiara el nombre por el de Buenavista, porque, efectivamente, en sus cerros está la mejor vista del Quindío. Y así fue, se creó, en las mismas tierras del pueblo de Tolrá, el municipio de Buenavista que entró en vigencia en el año de 1967.

### **Una vista sin par**

En Buenavista, sus habitantes disfrutan del paisaje más hermoso del mundo sentados en sus muertos. A las cinco de la tarde, cuando el viento de la sierra se ha llevado la neblina para el alto del Oso

en Córdoba, las gentes de Buenavista se van a su cementerio y suben por unas escaleras de concreto al techo aplanchado de las bóvedas, y se sientan allí, encima de sus muertos, a ver el atardecer que se pierde allá abajo en el más esplendoroso y significativo mar de tonalidades verdes serpenteadas por ríos y quebradas en un valle interminable, en colinas azuladas y en las pequeñísimas casas y edificios que conforman conjuntos separados que se integran en lo que llamamos los municipios del Quindío y norte del Valle. Casi todos esos municipios se ven desde la plancha de las bóvedas.

El cementerio y su mirador simbolizan sin saber un profundo sueño. Sueño, abajo en las bóvedas por las honduras de la muerte, por el descanso eterno, por la simpleza de los huesos o la complejidad de las cenizas que están en abismos insondables para el hombre. Pero, arriba, en la plancha mirador, hay una belleza incalculable, un paraíso inimaginado donde aletean en lontananza los sueños del país más hermoso, del territorio más diverso, de una tierra tan pródiga, tan verde, tan robusta y prolija que nunca jamás Dios se hubiera atrevido a prometerla a nadie, ni a Moisés, ni a Jacob, ni a ningún mortal, porque la hubiera considerado su morada. “Duerme tranquilo hermano debajo de mis pies que yo, aquí arriba, abro asombrado los ojos para morirme de la dicha de saberme vivo sólo al contemplar este paisaje sin par”.

Y más arriba del cementerio, en el mirador Alto de la Cruz, el paisaje se abulta, empalaga, atraganta de emoción, se vuelve mar de miel, país de cucaña, sonrisa, terrón de azúcar, dulce mujer, besos, amor, canto de gorrión, vida por encima de la vida. Es un paisaje para no olvidar jamás. Aquí cobra vigencia en la sustancia misma de las palabras el pensamiento aquel de que “para disfrutar el paisaje hay que subir la montaña”. ¡Vaya si se disfruta!

Buenavista es un pueblo pequeño, tal vez el más pequeño del Quindío, pero con el más grande de todos los paisajes colombianos, no lo dudo. Un pueblo donde no hay casas antiguas,

con un templo católico tan sencillo como la complejidad de sus riscos de viento. Su fundador, José J. Jiménez, terco como prolijo (tuvo 25 hijos), le hizo prometer a su hijo, del mismo nombre, que se opusiera a la creación del municipio si sus coterráneos insistían en el topónimo de Tolrá. Y tenía razón, la buena vista que tiene este rincón sureño del Quindío no le permitía llevar sobre sus lomas un calificativo diferente. No podía tener otro nombre. Buenavista tiene presencia solamente en el mapa, olvidado por las gentes del Quindío que se volvieron ciudadinas, minimizado por la miopía política regional, pero se engrandece en la retina de todo aquel que sube hasta el mirador del cementerio o del Alto de la Cruz. Cuando vayas a Buenavista, no mires para el suelo, ni repares en las gentes, pregunta por los descendientes de Francisco Emilio Jiménez, el último fundador de pueblos del Quindío, quien murió hace poco a la edad de 97 años; ellos te pueden enseñar el más grande paraíso que Dios hizo en la tierra y que nos cedió para el goce eterno.

### **Génova, homenaje a Colón**

Hay varios nombres de municipios del Quindío cuyo origen fue explicado por los mismos fundadores, de manera que no son objeto de una gran discusión, como sucede con otros. Por ejemplo, los fundadores de Génova, Salento y Circasia explicaron, oral o por escrito, las razones que tuvieron para bautizar los pueblos con determinado nombre.

Génova, por ejemplo, fue bautizada así en honor a la región italiana donde se supone que nació Cristóbal Colón, descubridor de América. Uno de los fundadores, Segundo Henao, quien también aparece como fundador de Calarcá, expresa en forma explícita, en su libro *La Miscelánea*, las razones que tuvo para la denominación toponímica.

“En ese tiempo, a causa de una guerra, conocí unos terrenos muy buenos en las cabeceras del río Barragán, y me fui a dichos terrenos con el fin de montar una finca y fundar una población y en efecto, cuando ya habían unos colonos que me ayudaban,

elegí el punto y tracé el pueblo por un plano inventado por mí y le puse el nombre de Génova en recordación de la hermosa ciudad de Italia que recibió el primer aliento y acarició las primeras sonrisas de Cristóbal Colón, que vino a ser el descubridor del nuevo mundo” (*La Miscelánea*).

Génova está ubicada en el golfo del mismo nombre, ciudad italiana en la costa del mar Mediterráneo. El origen del nombre es europeo, seguramente creado por aquellos que hicieron el primer asentamiento, los ligures. Se constituyó en la antigüedad en una de las repúblicas marítimas del mediterráneo. En el 209 a. C. la ciudad fue destruida por los cartagineses y reconstruida luego por los romanos.

La ciudad floreció en la Edad Media, por su poderoso puerto, el más importante de Italia, lo que la hizo famosa en toda Europa. Es el lugar que primero se atribuyó el nacimiento de Cristóbal Colón, razón por la cual su nombre fue traído a América y sonó en las mentes de los colonizadores del Quindío, como Segundo Henao. El nombre de Génova prevaleció sobre Dorado, que había sido propuesto por algunos otros colonos que vinieron con Henao a fundar el pueblo.

### **Circasia, el país de las mujeres lindas**

Así como Génova, el nombre de Circasia también tuvo su origen en la ilustración de uno de sus fundadores. El sitio donde se fundó el pueblo se llamaba La Plancha y, de hecho, sus creadores pensaron inicialmente en ese nombre para bautizar el nuevo pueblo. Pero don José María Arias Carvajal, uno de los fundadores, propuso el nombre de Circasia, argumentando que era una población europea donde había mujeres muy lindas. Otro de los miembros de la junta pobladora, Pablo Emilio Mora Estrada, médico homeópata, hombre ilustrado, aceptó la propuesta y así se denominó el caserío.

Circasia no es un país, ni una nación. Es más bien una región, escenario de una larga lucha y ocupación: la Guerra Rusa-

Circasiana, que empezó en 1763. La ocupación de la región, ubicada en el sistema montañoso del Cáucaso, entre el mar Caspio y el mar Negro, en Europa, duró 101 años, entre la represión rusa y la defensa de los circasianos, que finalmente salieron de su tierra hacia regiones vecinas como Turquía, Siria, Líbano, Israel, etc.

La guerra terminó en 1864 y el éxodo demoró más de diez años. Si miramos estas fechas, es evidente que los fundadores de Circasia en el Quindío, tuvieron ese nombre en sus cabezas, seguramente por referencias bibliográficas o menciones de los sacerdotes en sus homilías. La evocación que hace el fundador Arias Carvajal de las mujeres bonitas fue recogida por uno de sus hijos y expandida en varios escritos.

### **Salento, la del Rey Idomedeo**

El otro caso es el de Salento. Su principal fundador, abogado Ramón Elías Paláu, natural de Cartago, cuenta en un documento de 1864, radicado en el archivo histórico de Salento, que los habitantes de la antigua Boquía y del antiguo Barcinales, deciden fundar un nuevo pueblo con el nombre de aldea de Nueva Salento, trayendo, precisamente, a la mente la prosperidad de una población con igual nombre en el Mediterráneo.

Los primeros moradores llegaron hacia 1846 a lo que se denominó Boquía, una penitenciaría creada por el gobierno de Pedro Alcántara Herrán en 1842. Luego se mudaron, en 1853 a un sitio más alto en la montaña al que le pusieron el nombre de Barcinales. Después, por las guerras y las inclemencias del clima, buscaron una pequeña meseta y se establecieron en ella, en 1865, y le pusieron el nombre definitivo de Nueva Salento.

Dice el documento, seguramente redactado por Paláu: "... la incansable consagración del Doctor Paláu a procurar a esta población todos los elementos que puedan darle las condiciones de un lugar que llene las aspiraciones de los que en él pueden buscar bienestar individual y social, han hecho ya de Boquía una aldea

de más de mil habitantes y dado a conocer los infinitos tesoros de riqueza que encierra, merced a un poco de conocimiento y al progreso consiguiente ha merecido el nombre de Nueva Salento, ciudad extraordinaria de la antigüedad fundada en Creta en una noche por el Rey Idomeneo, la que llegó después a alto grado de prosperidad y que hizo de los salentinos otros genoveses y tirenses en el comercio y en las artes...”.

En Europa, se conoce como Salento la comarca formada por la extremidad sudeste de la región italiana de Apulia. Es una subpenínsula de la península itálica, también conocida como el tacón de la bota italiana. Administrativamente comprende la totalidad de la provincia de Lecce (tradicionalmente llamada “el Bajo Salento”) y algunos municipios de las provincias de Brindisi y Tarento (“el Alto Salento”). En la antigüedad, el Salento también fue conocido como Tierra de Otranto, Messapia y Calabria Salentina.

### **Montenegro o la montaña negra**

Hay diversas versiones sobre el nombre del municipio de Montenegro, que incluso hacen parte del imaginario colectivo de la gente en todo el Quindío, dentro de la promoción turística de la región. Esa versión relata que el topónimo proviene de una observación que durante mucho tiempo hicieron María Antonia Granada y sus cuatro hijos desde el recién creado pueblo de Filandia, donde vivían. Cuentan que los dos hijos varones se adentraron en la espesura del bosque que se divisaba desde Filandia, y jamás regresaron.

Ante dicho suceso, María Antonia y sus dos hijas se adentraron en el mismo bosque a buscarlos y los hallaron en una pequeña mejora que habían abierto, dentro del monte. Allí, ellos explicaron que ese era el monte negro que se veía desde Filandia. Las cinco personas, María Antonia Granada y sus cuatro hijos: Noé, David, Isabel y Encarnación, tomaron parte en la fundación del nuevo pueblo, con Miguel y Martín Duque y un grupo de diez personas más y dejaron como nombre aquel que provenía de la versión de la familia Granada, Montenegro.

Con una versión parecida fue bautizado el hoy país de Montenegro, ubicado en el sudeste de Europa en la península balcánica, a orillas del mar Adriático. La denominación de Montenegro es mucho más étnica-religiosa que geográfica, aunque es una montaña, negra, la que le da su denominación.

De acuerdo con la tradición Balcánica, el nombre en serbio de este estado es Crna Gora, que se traduce en español, montaña negra, como referencia al color con el que se ven los Alpes Dináricos desde el mar Adriático, debido a la oscura tonalidad de los bosque que cubren dichas cumbres, según lo relata la enciclopedia Wikipedia. Dice también que el nombre proviene de la traducción en veneciano, durante la hegemonía que ejerció sobre ella la República de Venecia. De allí pasó al inglés y al alemán y luego al español sin cambiar la denominación de Montenegro.

La historia de María Antonia Granada es muy parecida a la de los primitivos habitantes del actual país balcánico. Sin embargo, es necesario mencionar la popularidad que tenía el nombre de Montenegro en el mundo religioso cristiano del siglo XIX, que como otros de la región, seguramente, sonó en los oídos de muchos fieles de la iglesia, a través de las voces de los sacerdotes, incluso desde lugares diversos de Antioquia y de los pueblos que fueron creados luego en lo que hoy es Caldas y Risaralda.

Esa historia está relacionada con las invasiones a la región de Montenegro, en los Balcanes, y las guerras, especialmente de carácter religioso. No hay que olvidar que el Principado de Montenegro se inició en 1516 bajo la influencia de Venecia, que hizo de ese principado un Estado Teocrático, eminentemente católico, liderado por el príncipe obispo de Cetinje o Vladika. En 1852, cuando ya se había iniciado la colonización del Quindío, el príncipe Danilo II convirtió el país montenegrino en un estado secular. En 1860 asumió como príncipe Nicolás I, que declaró la guerra al Imperio Otomano en 1861.

Enseguida, Servia y el Imperio Ruso, vecinos del principado de Montenegro, se convirtieron en sus aliados en 1877 en la llamada Guerra Ruso-Turca, logrando la victoria en 1876. Tras el Congreso de Berlín, en 1878, Montenegro aseguró la independencia de los otomanos y su territorio prácticamente se duplicó. En el mismo Congreso, Armenia, el país euroasiático, quedó en el imperio Otomano.

En adelante, la religión cristiana tomó auge en Montenegro, que después se denominó como Iglesia Ortodoxa Serbia, de origen cristiano. Era evidente que en el año de 1878, cuando se presentó la independencia, las noticias se multiplicaron en América, vía la Iglesia y, evidentemente, llegaron esos nombres a las mentes de los colonizadores: Armenia, Montenegro, Albania, Samaria, Alejandría, Canaan, Palestina, Circasia, etc., palabras que utilizaron para bautizar sus granjas y, evidentemente, los pueblos que fundaron.

El Municipio de Montenegro, Quindío, tomó, siete años después de fundado el pueblo, el nombre de Villa Quindío. A pesar de que sus fundadores habían nombrado al caserío con la denominación Montenegro, un acto oficial del municipio de Filandia, al que pertenecía la nueva aldea, ordenó en 1897, mediante el acuerdo 08, designarla como Villa Quindío.

Sin embargo, la tradición se hizo más fuerte que la ley, y en el año de 1911, luego de que Villa Quindío había pasado al territorio de Circasia, una ordenanza de la Asamblea de Caldas lo erigió en municipio, regresándole, por petición de sus gentes, el nombre tradicional de Montenegro.

### **La Tebaida, desde Homero al Alto Egipto**

Luis Arango Cardona, el fundador de La Tebaida, no dejó, a pesar de ser un guaquero ilustrado, mayores evidencias sobre el nombre que le puso a su hacienda y luego al pueblo donde tuvo sus querencias en la profunda Hoya del Quindío.

En ninguno de los textos que se escribieron en la época se explica el topónimo. Pero es evidente que Luis Arango Cardona era un hombre formado y en su libro *Recuerdos de la Guaquería en el Quindío*, escrito en 1918 y publicado en 1924, se hacen alusiones a las dos posibles fuentes del nombre de La Tebaida.

La primera de ellas tiene que ver con el conocimiento que tenía Arango de la literatura y el arte en general de la antigua Grecia. Es muy recurrente la mención de autores, obras y, sobre todo, esculturas y ruinas de la antigua Grecia, en comparación con lo que iba encontrando en su trabajo de guaquería en la Hoya del Quindío.

En varias ocasiones se le ve nombrar a Fidias y a Praxíteles, los dos grandes escultores griegos de la antigüedad, para comparar sus obras gigantescas y excelsas con las que plasmaran en barro y en cerámica los antiguos pobladores del Quindío y que dejaron enterradas a través de los ritos funerarios.

“Cerca del río Espejo fue sacada una estatua de barro, hueca y de una vara de altura, más o menos. Representaba una joven para dar a luz. Barnizado todo el cuerpo con tinta negra quedaba todo tan lustroso que parecía charol (...) Si Fidias y Praxíteles hicieron desnudar a la prostituta Frené, que había llegado a la perfección corpórea estos maestros en el compás trazan sus formas, las pasan al mármol, representan su hermosura (...) Este ingeniero indio, este otro divino maestro debió hacer desnudar una india de quince años...” (Arango, 1924).

Por eso, no es extraño que don Luis Arango hubiera conocido la obra completa de Homero, el gran escritor griego de *La Iliada* y *La Odisea*. Hay un canto de Homero poco difundido, llamado *La Tebaida*. Es posible que el autor no sea Homero, pero proviene de la misma época y la misma región geográfica y, por tanto, estaba en la mente del fundador, como lo estaban los dos escultores antes mencionados.

La segunda referencia tiene relación con el culto que don Luis Arango les rendía a las momias egipcias y a todas las excavaciones y la práctica arqueológica en Egipto. Muy seguramente también, en sus lecturas sobre el particular, vio el vocablo La Tebaida, que corresponde a un topónimo amplio, que cobija lo que se conoce como el Alto Egipto, donde tuvo asiento uno de los reinos de la antigüedad que tenía por lo menos 17 poblaciones.

Se trata de una zona en el sur del país, que se extendía desde la antigua ciudad de Menfis, cerca de El Cairo, hasta la primera catarata de Asuán. El Alto Egipto o La Tebaida se llamó en la época faraónica Schmau, que significa Tierra de la Cebada. Se cuenta que la región tenía un entorno excepcional: llanuras muy fértiles gracias a los aluviones del Nilo, por tanto era productora de excedentes alimenticios.

El Alto Egipto fue pues una zona rica. Lideró la unificación con el Bajo Egipto y sus faraones dominaron por mucho tiempo. Las riquezas que poseía lo convirtieron en un país cruce de rutas comerciales, tanto por tierra como por el mar Rojo, además de la ruta fluvial del Nilo hacia el Delta. Y la riqueza se reflejaba en los gobernantes, que la emplearon en la construcción de sus tumbas y en la momificación de sus cuerpos con los adornos de oro.

Es posible que el fundador de La Tebaida en la Hoya del Quindío conociera estos detalles. Las llanuras del Nilo, potencialmente las asoció con el maravilloso valle de Maravélez, donde confluyen dos ríos y forman uno más, el río de La Vieja. Es este valle también fértil y gran productor de comida. Y las momias y las riquezas de los faraones y sus tumbas las relacionó con las tumbas y las riquezas de los indígenas que iba hallando en su labor de guaquería. El Alto del Nilo o La Tebaida, región donde queda también la ciudad de Tebas, cerca al mediterráneo africano, es, seguramente, el origen del nombre del municipio del Quindío.

## **Córdoba, homenaje a un héroe**

Y el último municipio quindiano es Córdoba. No es nada difícil admitir la procedencia de este topónimo. Siempre se ha dicho y se ha escrito que es un homenaje que los fundadores le hicieron al prócer de la independencia José María Córdoba, nacido en Antioquia y gobernador de esa provincia después de sus triunfos en el Pantano de Vargas y el puente de Boyacá.

Llamado “El Héroe de Ayacucho” por su decisiva participación en la liberación de Perú y la creación de Bolivia, al lado de Antonio José de Sucre, el general Córdoba se subleva a la oficialidad y al mando de Simón Bolívar, por considerar errónea la posición del presidente de la Gran Colombia de buscar una dictadura. Córdoba se erige como un liberal de avanzada que proclama la democracia como elemento esencial de las nuevas sociedades. Por sus ideas, es asesinado en 1829 en Santuario, Antioquia, a manos de las tropas del general irlandés Rupert Hand, leales a Bolívar.

Con motivo del terremoto del 25 de enero de 1999, se hizo un largo y amplísimo taller para reconstruir la historia del municipio, donde casi todos los ancianos, mayores de ochenta años, concluyeron que efectivamente el nombre es un homenaje al prócer, a la libertad y a la democracia, pero que fue traído por un pariente lejano del mismo, que llegó con los fundadores, de nombre Luciano Jaramillo Córdoba. Equivocadamente, con el transcurrir de los años, los escribientes cambiaron la v, con la que siempre se firmó Córdoba, por la b, que luce el topónimo de Córdoba.

## Un recorrido por la Armenia antigua

Fernando Jaramillo Botero

Esta es una ronda por las calles de Armenia y una perspectiva sobre la denominación de sus calles y carreras. Iniciaremos nuestro recorrido<sup>22</sup> en Puerto Armenia (1), donde el llanto de los guaduales y las melodías abstractas del río Quindío nos han acogido en esta calurosa mañana de octubre; luego en Arenales (2) y en medio de la polvareda levantada por los corceles, nos presentamos con los que llegaron enruanados de Burila (3) y del Tolima, asimismo con los asoleados del Cauca y del Pacífico que acamparon en La Tolda (4), seguimos por Tres Esquinas (5) y comprobamos que efectivamente le hace falta la cuarta esquina —aunque se prevé que muy pronto la tendrá, así como también una futura avenida que llevará el nombre de don Vicente Giraldo.

Pasamos por Farallones (6), donde la singular topografía hace dar saltitos a toda la recua de bestias, y llegamos a Junín (7) para integrar a los del Alabrado (8) y de La Vieja (9), quienes llegaron en el tren de la seis hasta Ortega Díaz (9A), de allí nos enfilamos a La Plaza del Libertador (10); desde Brumas (11) observamos la imponencia del recién construido Puente Don Nicolás (12), obra personal de don Nicolás Martínez, y la Plazoleta del Cementerio (13), donde la música, el trago y las mujeres públicas nos invitan a un descanso; las bestias al parecer son visitantes continuas de este sector porque relinchan, cabecean y se acercan unas a los amarraderos y otras a los abrevaderos de la pesebrera.

Después de superar esta divina tentación formamos trancón en la Calle del Talego (14), ni pa'lante ni pa'tras, nos toca sacar algunas bestias de cabestro para poder continuar hacia el Camellón del Cauca (15); desde este alto observamos el crecimiento de La

---

<sup>22</sup> Ver al final de este texto el Apéndice con el seguimiento de la numeración continua que aquí aparece.

Ciudad Milagro (16); la imponente del Castillo Getsemaní (17), la actividad de la Estación del Ferrocarril del Pacífico (18) y la entrada a Armenia por la calle de La Cejita (19).

Continuamos por la avenida Vásquez Cobo (20) hasta la Calle de la Pola (21), en cuyo balcón “Policarpa” (22) nos saluda “volando” la mano y mostrando su rostro angelical enmarcado en signos de libertad. Seguimos hasta la Calle Real (23) pasando por El Rodadero (24), donde los muchachos se echan a rodar en capachos de guadua por la pendiente de la manga, desde allí veremos la Calle de Sevilla (25), que baja hasta el Parque Uribe (26).

Dejamos libres las riendas de nuestras bestias para que, subiendo por la Calle Real (23) y pasando por la Calle del Estanco (27), lleguemos por fin a la Plaza del Libertador (10). Haremos allí un alto en el camino para observar los primeros autos que ronronean en medio de la curiosidad montañera de los visitantes, el Templo Parroquial, sitio de reunión dominguera de los feligreses, donde ya se han conformado las primeras cantarillas y la arquitectura paisa que nos ha legado la Colonización Antioqueña.

Predominan las casas de bahareque de tierra, bahareque de tabla, y ya se ven algunas construcciones de bahareque encementado que ha reemplazado a los repellos de cagajón y tierra gredosa blanqueados con cal viva; sobresalen los zócalos uniformes, y los amplios balcones chambranados. Ventanas con postigos rotulados y de diversos calados; embisagrados, portones con rendijas y filigranas que, enmarcados en arabescos, nos conducen por amplios patios empedrados desde donde observamos los cielorrasos de milimétrica construcción que rematan en un rosetón lamparado y protegen el zarzo, camuflado protector en épocas de violencia regional .

Afuera nuevamente, amplios aleros sobresalen de las fachadas donde se destacan gárgolas y archivoltas de sin igual belleza que le hacen juego a los andenes encementados y decorados con motivos de sellos y rodillos evocando la cultura quimbaya.

Después de atisbar estas coloridas viviendas de dos y tres pisos, caminamos por la Calle que baja al Hospital (28), donde ya es famoso el Dr. Alejandro Londoño Bernal por su don de gentes y trato a los enfermos; observamos la Herradura de la Suerte (29) que conduce al río Quindío por La María; regresamos hasta la plaza para seguir el recorrido por la Calle del Chispero (30), donde pululan las ventas de empanadas y frituras del marrano traído de Toche, Anaime y Roncesvalles (31), las arepas de maíz afrechero pelado con ceniza y la mazamorra pilada acompañada con trocitos de panela traída de las dulcerías de La Tebaida (32). Pasamos luego a la Plaza Cervantes (33), donde se realiza el mercado dominguero en los toldos de lona. Se ven algunos campesinos que traen a vender bestias, bueyes, marranos y algunos ataos de muy buena figura; continuamos hasta la Avenida Vasco Núñez de Balboa (34), amplia y recién poblada que sirve de vía a los camiones que van de la Estación al centro del poblado cargando el progreso de la región del Quindío (35); subimos a la Calle de la Renta del Tabaco (36), donde otrora la revuelta popular destruyó con fuego los atropellos de los Alguaciles alcabaleros (37) del tabaco dejando en cenizas el archivo y sus bodegas; desde ese momento no se volvió a cultivar la hoja en la región y se impulsó la siembra del arábigo tradicional y del borbón (38) bajo las guamerás florecientes.

Pasamos a la Calle de las Águilas (39), donde este hermoso símbolo de libertad alemana nos invita a la independencia regional. Por Trompiliso (39) nos dirigimos al “Hotel Gallego” (40), donde al contrario de las águilas, se encalabozan los sueños de vivarachos y truhanes.

Por la Avenida del Arriero (41), donde las recuas de mulas se desplazan de Oriente a Occidente y viceversa, regresamos a la Calle Real (23) pasando por la Falda del Mocho Jaramillo (42), típico comisionista cuyabro (43), quien en su vistoso caballo promociona la compraventa de bienes y servicios como también los préstamos y permutas. Continuamos al Parque Sucre (44), obra liderada por don Victoriano Villegas, allí admiramos las ceibas y carboneros sembrados por los muchachos de la escuela

de don Luis Buriticá y que cuida pacientemente don Toto Rivera. Confluye también al Parque Sucre, la Calle de la Amargura o de Encima (45), por donde desfilan los cortejos fúnebres después de salir del templo parroquial dejando de lado la Falda de las Arrugas (46).

A partir del Parque Sucre (44) enfilamos por la vía a Salento (47), municipio Padre del Quindío, cuyo nombre evoca las batallas épicas troyanas cuando el rey Idomeneo es desterrado de Creta y acogido en la hermosa región de Salento al sur de Italia (48). Pasamos por El Silencio (49), donde no se oye ni el rugir del viento, por Marmato (50), que por su topografía se asimila a esta región aurífera caldense y llegamos a la Calle Corocito (51), donde en el futuro se ubicará una fábrica de la cervecería Bavaria.

Continuamos hasta la Divisa (52), donde presumimos que allí la monotonía del cielo azul siente envidia de la policromía del paisaje; cabalgamos hasta Anaime (31) y Bogotacito (53) para enfundarnos en la ruana, compañera inseparable de nuestros ancestros. En Regivit (54) y el Parque de la Libertad (55) se ven los campamentos del ferrocarril y de quienes emprenderán la dura tarea de perforar la montaña para que el humeante caballo de hierro pueda llegar al valle del río Magdalena y, bordeando éste, viajar hacia el Mar Caribe. En sus patios reposan ya las trozas de madera para sacar las traviesas que soportarán el peso del progreso en las comunicaciones férreas.

Con el Sol de los Venados a nuestras espaldas, terminamos el recorrido en la Hacienda La Mariela (56), donde pernoctaremos; nos apeamos de nuestras cabalgaduras, soltamos los zamarros de cuero de tatabra, nos clavamos un aguardiente de zacatín destilado en la Calle del Alambique (57) y en el amplio corredor encendemos un tabaco rodillero liado en Arrayanales (58) por la madre de Juan Fernández, a quien todos conocían como “El Bandido Arrayanales”.



*Galería de Armenia*

Numeración:

1. Puerto sobre el río Quindío en el sector de “San Pedro”.
2. Calle 50 con carreras 15 a 18.
3. Grandes extensiones de tierra al sur del Quindío y norte del Valle.
4. Campamento frente al Estadio Centenario.
5. Carrera 18 con calle 50.
6. Calle 50 con carreras 18 a 25.
7. Barrio San Francisco.
8. Sector del río La Vieja – Estación Caicedonia.
9. Río limítrofe del Quindío con el Valle.

- 9A. Estación donde hoy es Cenexpo.
10. Plaza de Bolívar.
11. Calle 43 con carreras 18 a 20.
12. Puente colgante sobre el río Quindío.
13. Entrada al antiguo cementerio, carrera 18 con calle 36.
14. Calle 34 con carrera 18 a 17.
15. Carrera 18 con calle 30.
16. Otorgado a Armenia por el poeta Guillermo Valencia.
17. Construido por el industrial Domingo H. Quintero.
18. Ramal proveniente de Zarzal.
19. Calle 25 con carrera 18.
20. Carrera 18 a partir de La Cejita hacia el norte.
21. Calle 24 con carreras 15, 16, 17 y 18.
22. Isabel Cardona, quien interpretó a Polonia (Policarpa) Salavarieta en obra de teatro en el centenario de su fusilamiento.
23. Carrera 14 con calles 13 a 20.
24. Sector del Parque Cafetero.
25. Carrera 13 con calles 21 a 28.
26. En homenaje al General Rafael Uribe Uribe.
27. Carrera 14 con calles 21 a 22.
28. Calle 21 con carreras 13, 12 y 11.
29. Antigua vía a La María, Barrio La Florida.
30. Calle 21 con carreras 14 a 18.
31. Veredas de la Cordillera Central en el Tolima.
32. Corregimiento al sur occidente de Armenia.
33. Calles 21 a 23 con carreras 16 a 17.
34. Carrera 19 con calles 17 a 25.
35. Región al sur del departamento de Caldas.
36. Calle 20 con carrera 17.
37. Recaudador de impuestos.
38. Variedad de café de porte alto.
39. Calle 19 con carreras 13 a 15.
40. Cárcel Municipal.
41. Calle 13 con carreras 19 a 22.
42. Calle 14 con carreras 14 a 15.
43. Gentilicio de los habitantes de Armenia.
44. Homenaje al Mariscal Sucre.
45. Carrera 13 con calles 13 a 20.

46. Calle 19 con carreras 12 a 13.
47. Municipio más antiguo del Quindío.
48. Ver *La Eneida* de Virgilio.
49. Carrera 13 con calle 11.
50. Carrera 13 con calle 9.
51. Calle 7 frente a Bavaria.
52. Sector del Parque Fundadores.
53. Sector Universidad del Quindío.
54. Avenida Bolívar, calles 25N a 27N.
55. Hoy Parque de Los Aborígenes.
56. Vieja Casona en la salida a Pereira.
57. Calle13 con carreras 12 y 13.
58. Entrada a Salento (Posada Alemana).



# Historias de casas

Una mirada interdisciplinar, desde la etnopsicología, a las construcciones habitacionales tradicionales del departamento del Quindío

Roberto Restrepo Ramírez<sup>23</sup>  
Sebastián Londoño Roldán<sup>24</sup>

## Presentación

Las construcciones arquitectónicas para vivienda son el escenario más íntimo de la sociedad: allí se concibe, nacen las personas, crecen el espíritu y la constitución física de ellas; juegan, odian, aman y mueren en familia. Todos estos momentos se impregnan en la cubierta material, que simboliza el cascarón de la cotidianidad. No obstante esta representación simbólica, la *casa* es un componente del transcurrir ciudadano, lo que casi siempre deviene en considerarla un espacio más, así como ocurre con el lugar de trabajo o de reclusión.

Uno de los propósitos de este trabajo investigativo es redescubrir la simbólica de la *casa*, demostrar que no sólo es un conjunto de elementos físicos arquitectónicos, sino que es el reflejo de una individualidad, de intimidades de las personas y que, como éstas, también tienen sus historias, sus historias de vida.

---

<sup>23</sup> Antropólogo. Docente Catedrático de la Universidad de San Buenaventura de Medellín, sede Armenia. Miembro de la Academia de Historia del Quindío. Realizó este trabajo para el semillero de investigación “Psicoletras”.

<sup>24</sup> Estudiante del Programa de Psicología, Universidad de San Buenaventura de Medellín, sede Armenia. Realizó este trabajo para el semillero de investigación “Psicoletras”.

## **Introducción**

En antropología y en psicología hay necesarios puntos de encuentro y ellos están orientados a dar cuenta de la personalidad del individuo y de la colectividad, donde también son importantes las influencias del entorno y la construcción cultural. Cuando se pretende hablar de lo constructivo, nos introducimos en el panorama de las arquitecturas, que han sido a través de la historia momentos determinantes para las sociedades.

Uno de esos momentos se llamó escuetamente “la colonización antioqueña”, desarrollándose en el centro de Colombia desde mediados del siglo XIX. Ello representó uno de los hitos más importantes de la historia del país, que todavía está por aclararse desde el abordaje sociológico, porque en él se conjugan muchos esfuerzos individuales y colectivos. Una manera de resaltar esos capítulos de la historia es a través de la recuperación de las formas orales que finalmente nos dan historias de vida. Especialmente de los personajes que estuvieron vinculados directamente al proceso fundacional de parajes, villas, municipios y poblaciones representativas.

Tal cotejo investigativo es un poco difícil, porque han desaparecido sus fuentes. Pero quedan testimonios físicos de aquellas gentes, que son las construcciones y especialmente las realizadas a partir de los conocimientos empíricos, utilizando recursos de la tierra. De tal suerte que propendemos por la recuperación de historias de casas como “historias de vida”. Porque ellas nos llevarán definitivamente a reconstruir la personalidad colectiva y porque poseen en sus partes constitutivas el código y el mensaje de aquellos artífices que las realizaron. Y como si fuera poco, también tenemos testigos muebles de aquellas construcciones que también dan cuenta de la simbólica de la casa. Es captar la percepción simbólica de lo construido, que está allí todavía no sólo como referente histórico sino como el reservorio de la historia cotidiana. En ese punto de encuentro de la antropología psicológica, encontramos el enfoque etnopsicológico, para permitirnos mejor el trabajo investigativo.

## Hacia un planteamiento humano arquitectónico del Quindío

El proceso de este trabajo investigativo, caracterizado por las relaciones que se establecen entre lo antropológico y lo psicológico, se conoce como el enfoque etnopsicológico. Ello nos permite recorrer el camino mediante la utilización de técnicas etnográficas, para la comprensión de los comportamientos humanos.

La etnopsicología hoy en día es una aproximación interdisciplinaria que complementa aspectos teóricos y metodológicos con el fin de lograr una comprensión de la relación que guarda la historia personal y colectiva con las configuraciones y representaciones perceptuales, cognitivas y afectivas<sup>25</sup>.

El enfoque etnopsicológico interpreta el alma individual y colectiva, destaca el compendio de valores y antivalores y permite conocer mejor la realidad social y cultural, así como el conjunto de creencias y prácticas que caracterizan a la condición humana de los conglomerados. El trabajo propuesto nos permitirá bosquejar mejor la realidad cultural del Quindío a través del reconocimiento de los espacios concretos de vida, como son sus casas. En otras palabras, nos permite recoger una tradición cultural a partir de historias de casas, que son historias de vida.

Las casas del Quindío responden a una tradición histórica que se remonta al siglo XIX, cuando muchos colonos venidos desde diferentes puntos de Colombia decidieron construir su proyecto de vida en esta región. Allí comienza a conformarse la intimidad de las casas, pero también a perfilarse una apertura ciudadana, que proyectó el desarrollo de las ciudades y municipios. Reunir la historia personal y la realidad del entorno construido es el propósito principal de este trabajo, para conocer mejor el protagonismo que transformamos. Y también indagar y ahondar en la caracterización de los símbolos.

---

<sup>25</sup> Barrera Soriano, J. Javier. “La etnopsicología en la cosmovisión de los adultos indígenas”. En *Educación de adultos*. México. s.f.

En la región del Quindío se encuentran referencias culturales e históricas que nos remiten a las estructuras físicas de las viviendas. Esto da lugar a describir los aspectos de las casas antiguas, muchas de ellas olvidadas y borradas del panorama físico de las ciudades debido a la urbanización que se ha venido dando, especialmente en la ciudad de Armenia, entrado el nuevo milenio. Casas que no son sólo estructuras de techo y cuatro paredes, sino que trascienden hasta los significados que denotan refugio, amor, honestidad, respeto y familia. Son, además, los escenarios adecuados de los no pocos talentos vividos por las personas que habitaron esas viviendas; las que por muchos años también sirvieron para el oficio de la recolección del café. Situación que llevó a sus moradores a convertirlas igualmente en casa-fincas, donde se desarrollaban otras actividades, como la maduración y secado del grano. Pero más allá de lograr la recolección cafetera y todo su proceso, este trabajo parte de un abordaje de las historias de vida que se reflejan en cada espacio de vivienda. Ligadas ellas a la llegada de la bonanza cafetera, el primer amor, las primeras huellas infantiles marcadas en los pasillos, los regaños, los gritos, las emociones de aquel domingo viendo caer el sol desde la montaña y todo lo que refleja el sentido y el punto de vista emocional, las casas nos deparan historias de vida.

La conexión entre las casas y sus historias son las personas que las habitaron, pues ellas fueron vitales para su elaboración teórica, lo que nos configura el vínculo *historia - casa - individuo*. Todavía existe el de *habitante - casa*, que es el más fuerte y resistente, difícil de disolver. Además porque hoy, en pleno siglo XXI, muchas personas moran en ellas.

Desde el punto de vista estructural, la casa típica quindiana refleja mucho más de lo que es. Es imponente y enriquecida de muchos detalles. Aún se captan en ella alegría, plenitud y seguridad. Resaltan los colores utilizados para embellecerla, actualmente en tonalidades vivas como el rojo, azul, amarillo, verde intenso y naranja, con los que pintan la fachada. Si otrora no se imprimía color, simplemente se lograba una combinación de agua y cal,

la cual tomaba un tono blanco que resaltaba. Esa claridad del blanco y la variedad de los colores, reflejan las características de sus habitantes. Lo cromático también puede ser un marcador de identidad, más que todo de las fachadas de las casas:

¿Cómo saber de qué color es una ciudad, un barrio o un pueblo? Desde lejos su color parece siempre el mismo—blanco, gris, terracota— con algunas variantes y sólo en ocasiones se perciben destellos de colores distintos. Al acercarse a las calles y plazas, esta aparente uniformidad se transforma en un mosaico de construcciones, cada una de las cuales anuncia su presencia mediante su forma, sus materiales y el color de éstos o el que ha sido aplicado con la plena intención de destacarla. El color de una ciudad, de un barrio o de un pueblo es el color de sus recintos, el color de sus casas y edificios, el color de sus gentes. La multiplicidad de los colores del espacio urbano refleja la multiplicidad de sus habitantes y de los elementos de la cultura colectiva que allí ha nacido, se ha desarrollado y actúa como guía de la vida ciudadana<sup>26</sup>.

El estudio propuesto en este trabajo es un desvelamiento de la realidad humana de las casas del Quindío. Gran parte de este material es el reservorio de datos y acontecimientos de sus habitantes. Aunque también hay que acudir a la reconstrucción de los datos de sus añejas arquitecturas. Para su cristalización, se llevó a cabo un trabajo de sensibilización dirigido a estudiantes universitarios de Armenia. La inquietud investigativa se concibió, nació y progresó en el seno del Semillero de Investigación Psicoletras, del Programa de Psicología de la Universidad de San Buenaventura de Medellín, sede Armenia. Tres de sus estudiantes colaboraron en la construcción de las “historias de casas”.

Se consideró que era importante abordar con urgencia la recuperación arquitectónica e histórica de las casas del Quindío, para lo cual es necesario consultar fuentes orales y documentales. Es poco lo que se ha realizado en Colombia en esta materia, aunque son dignas de destacar las obras publicadas por los

---

<sup>26</sup> Fonseca, Lorenzo y Saldarriaga, Alberto. *Los colores de la calle*. Bogotá: Carlos Valencia Editores. 1984.

arquitectos Alberto Saldarriaga y Lorenzo Fonseca. Ellos lo han entendido así y lo han plasmado en sus escritos:

De allí que se pueda afirmar que existe una relación directa entre las distintas formas de vida de quienes construyen y habitan los barrios y los pueblos, y la imagen de su arquitectura. En la apariencia de las construcciones se tornan evidentes las semejanzas y las diferencias que existen entre sus moradores, en su trabajo, su ingreso, su pasado, sus expectativas y su manejo de la identidad social enmarcada dentro de las pautas de la cultura colectiva. Las construcciones son retratos cambiantes y coloridos de la historia de las ciudades, de los barrios y de los pueblos a los que pertenecen<sup>27</sup>.

Se debe ser consciente de la urgencia de este trabajo de investigación, porque no sólo desaparecen las casas, sino que también mueren sus protagonistas, quienes poseen valiosa información:

Mientras un pasado desaparecía formalmente del panorama nacional otro pasado se recuperaba en el seno de las comunidades populares que fueron la población olvidada durante muchos años. Con el despertar del interés etnológico y antropológico y con el surgimiento de la investigación como disciplina intelectual, esas comunidades constituyen ahora un campo fértil de exploración del pasado nacional<sup>28</sup>.

Aunque tampoco se deben desdeñar otros trabajos escritos de gestores culturales que se preocupan por la simbólica de la casa, como el de Alberto Verón:

Si me preguntaran lo que extraño del tiempo ido, diría que únicamente tengo nostalgia por el tamaño de las casas; por esa manera irracional y deliciosa de desperdiciar, de prolongar las medidas. Era como si sus constructores supieran que a las casas, las habitaciones y los objetos que los pueblan no se les usa únicamente bajo criterios de utilidad sino con los

---

<sup>27</sup> *Ibíd.*

<sup>28</sup> Saldarriaga Roa, Alberto. *Arquitectura y cultura en Colombia*. Bogotá. 1992.

parámetros de la exageración, de la abundancia, del misterio; como si con los habitantes se estuviera haciendo un inventario de sus futuros muertos y del lugar que estos deberían tener allí, en alguna habitación herméticamente cerrada como un santuario. Y es que esas casas no fueron construidas solamente para ser habitadas por los vivos, sino para que en ella se alojara un tiempo eterno<sup>29</sup>.

En el recinto interno habitacional de aquellas casas tradicionales se creaba una especie de rito, pues en ellas se comunicaban los espacios, apenas separados por vahos o cortinas. En ese tiempo se respetaba mucho la diferencia entre sexos; en la sala, la cotidianidad marcaba exclusivamente un espacio para las visitas, aunque también podía darse en las habitaciones. Tal afabilidad se extendía incluso a los espacios del comedor y del corredor.

Otra característica de estas casas era lo que se llamaba el “falso balcón”, decorado con variedad de plantas, cultivadas en recipientes muy particulares. Se le llamaba así (falso balcón) pues era una especie de ventana que presentaba sentido hacia la calle, pero que no tenía esa plataforma de apoyo o de sostén. Su significado cultural y etnopsicológico tenía mucho que ver con la intimidad que se quería conservar hacia adentro, ya que era costumbre mirar por la ventana entreabierta o por el más pequeño espacio de ella llamado “postigo”.

Entre sus enseres, se hallaban las imágenes, tanto del santoral católico como de la familia. Ellas configuraban los espacios rituales como si fueran altares. Algunos íconos y un sinnúmero de vitelas (láminas finas de papel europeo o de Norteamérica que se importaban y llegaban hasta nosotros por caminos de arrieros) hacían de la casa un espacio sagrado. Era el otro escenario que se le imprimía a la vivienda, desde la moral y las prácticas religiosas. No podían faltar la imagen del Sagrado Corazón, de la Virgen María, la Sagrada Familia y la extensa lista de santos y santas de la creencia católica. Complementaban esa inmensa

---

<sup>29</sup> Verón, Alberto. “En defensa de la casa”. En *Semanario Café 7 Días*. Manizales. Viernes 4 de septiembre de 1998.

galería –pues en eso se convertían los corredores amplios de las casas- los pasajes pictóricos de la época victoriana. Nuestras abuelas las llamaban popularmente las “musas” o las “hadas”. Aparecían en esas láminas los príncipes y princesas, las aventuras de la selva, las costumbres, los paisajes, “la escalera de las etapas de la vida”, los animales, la singular gráfica “yo vendí a crédito, yo vendí al contado”, los hechos históricos, las madres y sus hijos. Todas ellas en figuras de hermosa factura. Las imágenes, en su gran mayoría, correspondían a otra realidad contextual, que aquí debía recibir renovado significado. Las lámparas eran importadas de Europa y llegaron en los barcos hasta los puertos del río Magdalena para adornar esos espacios sagrados. Como los símbolos religiosos, estas lámparas también hicieron parte de una parafernalia sublime que invadía aquellas viviendas. Aunque algunas veces se imponía el orden de la humildad y la sencillez, cuando se prendía una simple veladora o se instalaba una lámpara votiva.

Dentro del ritmo cotidiano de la apacible vivienda, las camas se convirtieron en los objetos más importantes de la vida doméstica. Desde las rudimentarias, fabricadas con maderas blandas y finas del monte, pasando por las de guadua y palo de cafeto, hasta lograr las clásicas que se convertían en bienes de prestigio, pues generalmente eran elaboradas por afamados artesanos y ebanistas de la época. No podían faltar otros elementos importados para suplir las necesidades fisiológicas durante la noche, como eran el orinal masculino y la mica o bacinilla. Las casas eran amplias, de corredores espaciosos y continuos, contaban con habitaciones comunicadas entre sí y sus estructuras eran tan altas como las catedrales. Contrastaban con las pequeñas de un piso y las que se destinaban para la economía campesina. En estas se destacaba el pequeño corredor frente al patio interno, donde se encontraban diferentes tipos de plantas. Los espacios eran limpios y pulcros, reflejo del espíritu hacendoso y de la tendencia permanente a realizar el aseo y el mantenimiento constante. Gracias a ello las casas se mantuvieron siempre en pie porque se tenía en cuenta el cambio constante de maderas de sus estructuras físicas.

Los artefactos de la vida cotidiana colgaban y alegraban los espacios. Desde la cocina, pasando por el corredor y el patio, hasta las alcobas más íntimas, cada uno ocupaba su lugar y estaban revestidos del significado simbólico otorgado por la norma y la costumbre.

La parte social (etnografía), el modo de vida de estas personas que alguna vez ocuparon las casas (ethos), son cosas del pasado, así como son también la violencia, la carencia económica, la persecución política y religiosa o las crisis. Sólo que eso se puede revivir a través de la observación y análisis de los símbolos que persisten. Están conectados a los objetos del pasado, nos recuerdan la historia. Es la historia de la casa, que refleja la historia de la vida.

### **Los símbolos constructivos de la casa**

Cada vivienda tiene una serie de artefactos, espacios y compartimentos que corresponden al sentido universal de la habitación humana. Las casas del Eje Cafetero hacen parte de este mundo que ha sido de una importancia extrema para sus moradores y descendientes. No sólo son la acumulación de elementos constructivos, sino que condensan la historia, la fenotipia y la genotipia de sus constructores. Cuando se habla de lo constructivo uno debe referirse al bahareque, como la verdadera marca cultural de esta tierra. Cuando se habla de lo fenotípico uno se refiere al legado cultural, que también se llama el estilo arquitectónico de la colonización. Cuando se habla de lo genotípico, uno se refiere a la indeleble marca de la herencia cultural, signada ella con la procedencia multiregional de nuestros abuelos y pioneros constructores de pueblos. Todo eso se ha trasladado a la casa como la marcación identitaria. Lo que nos invita a realizar este trabajo propuesto es indagar y ahondar en la caracterización de sus símbolos.

Empecemos con el bahareque. No hay otro símbolo terrígeno más vernáculo en territorio alguno. Es logrado con la tierra, con la arcilla y con las mezclas de la naturaleza animal (excrementos

equinos). Es el aliado de la experiencia y la sabiduría popular, porque también reúne la herencia universal. Desde miles de años atrás, el barro proveyó a los habitantes del planeta de la posibilidad de guarecerse y protegerse bajo la frescura de este material.

Sigamos con la cubierta en el sentido de techo: la tierra también ha provisto a sus habitantes del elemento más resistente y asegurador, necesario para la firmeza de la vivienda. No hay noticia conocida de una teja de barro que haya sido movida por las furias del viento. Así como el bahareque es equivalente a la sismoresistencia, la teja de barro simboliza la firmeza del material. El conjunto de cubiertas de tejas de barro del Eje Cafetero se remite a la unión de sus habitantes. Si algo representa la solidaridad, la continuidad y la persistencia eso es la visualización de las cubiertas en una cuadra de cualquiera de nuestras poblaciones. Así fueron pensadas las construcciones levantadas. Unidas por el techo desde la unión y/o comunión de sus habitantes.

Ahora el turno le toca al varillón de guadua y a la viga de madera más que centenaria. Como ha ocurrido con las grandes construcciones de la humanidad, ellas han persistido gracias a las columnas que se levantan incólumes. De la naturaleza agreste de nuestros bosques, han salido vigas, horcones, remates y grandes troncos de madera fina para ocupar la inmensa estructura de las casas antiguas. No hay recorrido más aventurero que el de trasegar el zarzo de una casa. Este es el espacio más parecido al monte originario, donde de vez en cuando los rayos del sol entran en sus rendijas.

### **Representaciones simbólicas de los objetos**

El simbolismo de los artefactos y objetos de la casa está signado por lo religioso, lo económico, lo comercial, lo popular y por el influjo de las modas y la política. Los cuadros y vitelas reflejan lo ideológico. Los artefactos y objetos del menaje doméstico invaden las esferas de lo artesanal y lo comercial. Ellos pertenecen a la cocina, a los corredores, al comedor, a la caballeriza y a los

patios que también se convertían en sala de visita. Eso refleja la fina manufactura, el sentido amplio de lo que significa la palabra artesanía, que generalmente estaba relacionada con la elaboración de objetos hechos con amor y dedicación; por esta razón son duraderos y resistentes y están condenados a convertirse en el legado de sus descendientes. Objetos de otra categoría son los de esmalte, de materiales finos, que ocupaban los espacios íntimos de las casas. Sobresalen entre ellos, el aguamanil, la mica y la escupidera y los orinales masculino y femenino. Estos artefactos, “elaborados de esmalte fino, objetos vitales no podían faltar en las casas de los abuelos. La escupidera era situada al pie de las sillas, asientos y sofás donde los fumadores de tabaco tenían que escupir después de cada chupada pues hacerlo en el piso se consideraba de mala educación. Junto con la mica o bacinilla el orinal de esmalte no podía faltar debajo o al lado de la cama para atender las necesidades fisiológicas en horas de la noche”<sup>30</sup>. No obstante, se debe considerar que muchos de estos elementos de la vida doméstica debieron ser fabricados de blandos materiales cuando se trataba de poblaciones humildes; un ejemplo de ello es el peque o mica, que era elaborada de madera de balsa.

## **Los habitantes de la casa y sus historias de vida**

La historia de vida es una técnica empleada en ciencias sociales.

Con frecuencia, cuando se encuentra a alguien que nos parece inusualmente interesante, se recoge su *historia de vida*. Esta recogida de las experiencias de toda una vida proporciona un retrato cultural más íntimo y personal de lo que sería posible obtener por otros medios. Las historias de vida nos revelan cómo perciben, reaccionan y contribuyen a cambios que afectan a sus vidas determinadas personas concretas. Estos informes pueden ilustrar la diversidad existente dentro de una comunidad, puesto que el enfoque consiste en cómo diferentes personas interpretan y se enfrentan a algunos problemas comunes<sup>31</sup>.

---

<sup>30</sup> Jaramillo, John. “La pieza del reblujo”. Armenia. 2008.

<sup>31</sup> Kottak, Philip. *Antropología cultural*. México: Mc Graw Hill. 2006.

Si vinculamos el espíritu de esta técnica con el estudio etnopsicológico, lograremos proyectarla a la historia colectiva a través del develamiento de valores de las casas. Es, como dice Silva, encontrar la *pregnancia simbólica* de la arquitectura:

El gran estudioso del simbolismo E. Cassirer empleó un bello término, *pregnancia simbólica*, para referirse a la importancia que condena al pensamiento al no poder intuir algo sin dejar de relacionarlo con uno o muchos sentidos. De este modo las cosas existen, sin duda, pero dependiendo de las cosas que les da el pensamiento que las hace símbolos. Sobra advertir que esos sentidos simbólicos quedan abiertos a nuevas disposiciones de significación, según la rotación social que vaya teniendo el respectivo término o figura<sup>32</sup>.

En los relatos que presentamos comienza apenas la tarea descriptiva de una personalidad humano-arquitectónica del Quindío. No sólo basta para su producción, la recolección de información; también se necesita la técnica etnográfica.

Citando al antropólogo Carlos Piña, Alberto Verón se refiere así a las historias de vida: “la técnica de las historias de vida surge como una ayuda maravillosa si queremos comprender y hacer hablar a la gran franja de sectores silenciados en las ciudades donde el anonimato y la pérdida de la individualidad operan”<sup>33</sup>.

En la relación propuesta *historia - casa - individuo* se identifican dos dimensiones: la que corresponde a las personas que nacen, aman, sufren y mueren y la que corresponde a fantasmas y duendes que perseveran. Todos ellos riñen con la permanencia en el espacio, en su espacio colonizado. No hay casa del Eje Cafetero de Colombia que no asocie su historia con la de un personaje. Y no hay casa sola, abandonada o deshabitada que no se deba a la existencia de un fantasma. Aún más, la casa

---

<sup>32</sup> Silva, Armando. *Imaginario Urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores. 1992.

<sup>33</sup> Verón, Alberto. “Los umbrales históricos de una ciudad”. En *Gaceta Risaralda Cultural*. Año 2, No. 3. Pereira. 1995.

gana historia no sólo en la vida terrena sino en el mundo del imaginario fantasmal cuando se construyen historias de casas y sus protagonistas se convierten en el reservorio del pasado de los vivos y del presente de los muertos. Todas las referencias que poseen los lugareños sobre sus casas están fundamentadas en las historias de la gente, que siempre son de familia y de sucesos sociales, políticos y culturales. Pero también son referencias de los habitantes eternos, que son sus etéreos fantasmas.

El semiólogo Armando Silva se refiere así a la palabra *fantasma* en referencia a su estudio etimológico:

Según el destacado filólogo colombiano, J. M. Restrepo Millán en su estudio sobre *Vicisitudes de palabras*, “fantasma” se forma de la base phan, del verbo griego phaino, mostrar, mostrarse. Pero esta misma base aparece, por ejemplo, en “epifanía”, la manifestación del Señor, en “fantasía”, la imaginación creadora; en fenómeno (phainomeno), lo que se ve, además de su utilización en otros términos científicos. Pero fantasma no es más que otra denominación que se da a espectros<sup>34</sup>.

A la gama de fantasmas, para las historias de las casas se añadirían, entonces, las de sus espectros. Citando nuevamente a Restrepo Millán, los *espectros* son para Silva: “Las ánimas en pena que, según credulidad muy arraigada, se aparecen o, lo que es igual, se ‘dejan ver’ en los caserones viejos, donde hay tesoros escondidos, donde se ha perpetrado un crimen, donde alguien ha sido atormentado, o a veces sin más razón que su antigüedad”<sup>35</sup>.

Fantasmas y espectros están presentes para dejarse ver. Por tal razón son los habitantes sempiternos de las casas. Para completar el mundo fantasmioso, es muy común transmitir historias legendarias, relatos curiosos y anécdotas de casas. Una de ellas, digna de mención -o de posterior pesquisa- se escuchó en el municipio de Filandia. La podemos denominar “la casa que corre”. Se refiere a

---

<sup>34</sup> Silva, Armando. *Op. cit.*

<sup>35</sup> *Ibíd.*

un hecho verídico sucedido en el corregimiento La India, cuando el propietario de un inmueble levantado de una sola planta, y construido mediante la técnica de nuestros antepasados albañiles (casas con vara en piedra sobre tierra), debió trasladarla, utilizando rudimentarios rodillos de guadua y apalancados. Aquello ocurrió al ser exigida la devolución del lote de terreno por el propietario del mismo. Algo acaece en la realidad, comienza a tomar forma en el imaginario de nuestro realismo mágico.

Pero lo fantasmal y espectral y el mundo del mito toman también visos de realidad: muchas son las representaciones de pequeñas esculturas de piedra o de yeso en las casas del Quindío. Las más especiales corresponden a la caracterización zoomorfa del felino americano. En Filandia, por ejemplo, es muy conocida “la casa del león”, que perteneció en el pasado a la familia Ochoa. En Calarcá, en su centro histórico, algunas casas declaradas patrimonio cultural y artístico de la nación conservan “leones” de piedra en sus patios interiores. Se atribuye esto, probablemente, a la intensa actividad de la caza del jaguar o tigrillo, muy propia de la época colonizadora y de donde también salió el apodo “Tigrero” para don Jesús María Ocampo, el fundador de Armenia.

Lo etnopsicológico nos provee el mecanismo para entender mejor las historias de ambas dimensiones: no podríamos conocer las características aisladas de los habitantes de una casa sin las que corresponden a las de la psicología colectiva del entorno. Otro ejemplo de esto lo presenta la característica del postigo. Este adminículo estructural de la casa tradicional, con su pequeña puerta medio abierta, es la conexión entre la intimidad de espacio y el escenario de la calle. Gran parte de nuestra historia colectiva del siglo XX en el Eje Cafetero se construyó desde la visualización del postigo. Desde allí se miraba lo que ocurría a sus alrededor, desde allí se espiaba al enamorado, se controlaba la vida social. En contraste, y con la ventana bien abierta, se improvisaba una reunión de tipo político. Porque también se pasaba fácilmente de lo privado a lo público, cuando mediaba lo político partidista. Muchas fotografías antiguas nos enseñan el balcón repleto de gente en una manifestación encabezada

por un dirigente del partido tradicional. Desde allí también se participaba de las procesiones religiosas, desde allí se oteaba la naturaleza amplia y verdosa de los bosques y los guadales.

La muerte de la casa también se entiende desde el enfoque etnopsicológico, como un reflejo de la realidad social. No hay mejor manera de apreciar la vida, que experimentar el hecho de la muerte dentro de una casa. Este evento liga indisolublemente a las personas a la querencia de la casa y a la pactada permanencia de sus fantasmas.

### **Historias de casas, historias de vida**

En las viviendas del Quindío, cualquier cosa o artefacto es altamente valorativo. No sólo por su destreza artesanal, sino por la función cumplida, el objeto se convertía en precioso legado. Encontramos el valor sentimental del espejo en el cual apareció una pequeña mano, del rodillo precolombino y del exprimidor de madera para el desaparecido “limón pajarito”, que son el tema de otra historia de casa (Granada, “La casa de los dos climas”). O la relevancia del cacho de res que se tocaba a la hora del almuerzo en otra casa de Armenia (La Mariela, “La casa del sonido”). Y de acontecimientos o de objetos que pertenecieron a diferentes historias de casa. En todos esos compendios y en los bienes materiales quedó impreso, no sólo el tiempo, sino la vida.

A continuación, presentamos algunas historias, las que se nos antoja son apenas el comienzo de un proceso investigativo que crecerá, en la medida que aumenta nuestra pasión por pesquisar. Se nos hará eterna, entonces, la tarea. Porque no sólo se deben reseñar historias de casas existentes. Es imperioso registrar las de casas que son recuerdo: aquellas que pasaron al mundo de lo inmaterial.

## 1. Museo Casa de los abuelos. “El recinto de la memoria”

Por *Roberto Restrepo Ramírez* y *Sebastián Londoño Roldán*

Un museo es siempre el depósito de la memoria. Solo que este museo, situado en el municipio de Filandia, está instalado en una casa tradicional de bahareque, que también es remembranza del pasado. Dicha casa, igualmente, recrea una historia de fantasma. Como todo museo, en sus objetos vemos reflejados los símbolos de los tiempos desaparecidos. Ellos nos transmiten el sentido de lo etnopsicológico porque obran como hilo conductor entre un pretérito significativo y un presente que los convoca o los rechaza. Esa es la pregnancia simbólica, la que también da vida a los fantasmas.

Comenzaremos una historia de casa con la descripción de los objetos (el pasado) y la terminaremos con el recuento del fantasma (el presente). Ambas dimensiones le dan vida activa a esta casa.

En la típica máquina de coser, nuestras abuelas elaboraban diferentes prendas que contagiaban el amor filial. Sobre todo, cuando eran piezas infantiles de costura. El baúl, que para muchos de nuestros antepasados, servía para guardar prendas personales, también era utilizado para depositar documentos, cartas amorosas y otras bagatelas de valor sentimental. La mesa de trabajo, llamada “secretero”, era de forma sencilla; estaba destinada a la realización de manuscritos, pero también para escribir íntimas obras literarias, poemas y otras intimidades.

Del carriel podría decirse que es uno de los implementos del arsenal clásico campesino. Está hecho de fino cuero y era utilizado para guardar los elementos personales. Es la marca del arriero.

La plancha guarda el recuerdo de la tarea cotidiana, de la característica hacendosa femenina o de la constancia del hogar.

En los símbolos económicos y políticos se presentan los más marcados recuerdos de estas casas. En las paredes de la habitación se fijaban recortes de prensa propaganda política, fotos de personajes prestantes y un sin número de personajes de la vida privada. Llama la atención que muchos productos farmacéuticos se combinaban con mensajes de tipo religioso.

De sus cuadros y vitelas que reproducen temas sagrados, nos queda la inmensa inquietud de una época que rendía reverencia a sus íconos, a sus patrones y patronas de la devoción masiva. Cómo no destacar el cuadro de “la mala muerte”, o repensar el mensaje transmitido de la vitela del “justo juez”, sólo para referirnos a los gráficos más extendidos de la cultura popular.

El Museo Casa de los Abuelos es también el espacio de la cestería de bejucos, y de las artesanías de palo de cafeto del municipio de Filandia. De toda clase y formas son los canastos que han servido a los campesinos y caficultores para sus labores cotidianas a través de la historia.

Los objetos están allí para confirmar el pasado. Pero una realidad etérea hace presencia en esta casa: la del espectro de uno de los hijos asesinados de la familia López, antigua dueña de la casa. Como ocurre con otros habitantes desconocidos (llámense duendes y fantasmas), se deja ver de las personas que así lo quieren. Está recordándoles a los vivos que su permanencia es un hecho verídico de la casa. Que todavía tiene su espacio. Que nuestro deseo lo reclama. Y sobre todo, que todavía es dueño de la cotidianidad. La que no queremos disfrutar los habitantes de la época que nos ha tocado vivir.

## **2. Granada. “La casa de los dos climas”**

Por *Roberto Restrepo Ramírez*

“En un caserón antiguo, a la vera del Camino del Quindío, en el Municipio de Filandia, existe una casa que es historia nacional. Pero en ella también existe un espejo. En él quedó reflejado el

deseo de una mujer por aferrarse al mundo de los vivos. Un espejo que nos cuenta una historia de amor, pero también una historia de la sociedad de la época...”.

“Granada”, la casa de mi abuelo Luis María, la misma en la que también nació mi padre Carlosé, es una de esas construcciones consentidas, porque muchas reseñas se han escrito sobre ella. La más conocida, salió a la luz pública resaltando sus bondades como fonda del camino nacional en los albores del siglo XX (“Historia de una casa caminera”, de Luis Carlos Restrepo, en *Memorias de la tierra*, Armenia: Gráficas Universal. 1999). Posteriormente, la privacidad de una historia de amor entre mi padre y mi madre, con dicha casa como escenario, se vio reflejada en un relato titulado “La mano en el espejo” (en *Visión antropológica del Quindío*, de Luis Carlos Restrepo. Armenia: Editorial Universitaria de Colombia. 2003). Pero la reseña que más me ha gustado fue gestada por un periodista del diario El Espectador, en 1997 (de Francisco Quintero, en “Entrevista del domingo”). En su escrito, le aportó un hermoso nombre a la vivienda de 120 años de existencia: “La casa de los dos climas”, dedicando sus líneas a la fugaz historia del más singular personaje de mi familia, el tío Moisés, quien desde muy pequeño mostró un especial interés por la brujería, la adivinación y la magia. Para su época, era un raro ser.

La casa no sólo nos muestra facetas tipológicas y arquitectónicas. También nos descubre el velo para entender la psicología de sus habitantes. Igualmente nos enseña los secretos a través de sus objetos. Sin olvidar que ha sido llamada también “El corazón del Quindío” y últimamente, “La casa Quindiana de las dos palmas”, por las cerroxilum quindiuense (palmas de cera) sembradas por dos sobrinos, considero que el apelativo más apropiado es el colocado por aquel periodista.

No es por su condición climática, como se desprende de una primera referencia. Lo es también por el ambiente político y social que le ha tocado desempeñar desde que fue centro del problema partidista en la época presidencial de Olaya Herrera.

La casa ha estado entre la calma y la zozobra, entre el odio y el amor, en la calma después de la tempestad. Difícil olvidar el dolor del llanto por la muerte de mi madre, frente a la paz de la resignación que simboliza la marca de su pequeña mano que ella nos dejó en el cristal de un espejo, después de su muerte. Esa historia nos recordará siempre que en un caserón antiguo, a la vera del Camino del Quindío, en el municipio de Filandia, existe una casa que es historia nacional. Pero en ella también existe un espejo. En él quedó reflejado el deseo de una mujer por aferrarse al mundo de los vivos. Un espejo que nos cuenta una historia de amor, pero también una historia de la sociedad de la época.

Si retrocediéremos en el tiempo, la casa nos regaló otros objetos, que son el testimonio de la personalidad de antiguos habitantes: un versátil exprimidor de limón pajarito, elaborado de madera, que perteneció a mi abuela Mercedes y un rodillo de piedra arqueológico que probablemente perteneció a un chaman de la época de los indios prehispánicos. El primero fue encontrado por mi tío Ernesto dentro de la pared doble de la cocina; el segundo salió en una excavación en el patio de la casa, pues pertenecía seguramente a un ajuar funerario indígena. Ambos habían decidido quedarse guardados en el tiempo cronológico, mas no escondidos, en su territorio. Ambos salieron nuevamente a la vida actual de los habitantes contemporáneos, para contarnos sus intimidades: las mismas de la *casa*.

### **3. Casa Batavia. “Sueño convertido en milagro”**

Por *David Arturo Cubillos Valencia*, estudiante de la Facultad de Psicología, Universidad Empresarial Alexander Von Humboldt de Armenia.

En el municipio de Armenia hacia 1920, existía sin duda una muestra importante de la cultura Quindiana, cuya construcción estaba todavía en curso: Batavia; esta hermosa finca, llamada así en honor a un lugar de la isla de Java, donde se cultiva café y tenía los más lindos paisajes, iguales a los de nuestra Batavia quindiana. Esta era caracterizada por sus verdes campos en los

que se veían con inmenso placer los más lindos amaneceres, acompañados del sabor de los chocolates de la señora Magola, la reina de la cocina, que se contoneaba con sus trajes coloridos, haciendo notar más sus protuberantes caderas y sus hermosos senos, que por momentos eran paisajes observados por más de veinte recolectores de café, que se preparaban para su jornal. Cuadras enteras de café para recoger en este día de cosecha, producían grano a grano lo que sería, para siempre en esa época, el orgullo de nuestro país. En Batavia todos los días eran los más felices del año, siempre llenos de placer y de risas, llenos de sol y aventuras.

Batavia estaba construida encima de un tesoro topográfico, donde crecía la más rica agricultura. La casa era típica, su estructura de bahareque la tornaba fría, sus corredores tenían un piso brillante y frío. En su interior se encontraban dos habitaciones grandes que se comunicaban entre sí. En la parte frontal, una sala llena de chambranas que conducía a un hermoso jardín lleno de clavellinas. En la parte de atrás estaban la cocina y el comedor de los empleados; unos veinte pasos atrás, el gigante tanque recolector de agua y debajo de él, un sitio donde se cortaba la leña.

Esta finca se caracterizaba por poseer muchos detalles de la arquitectura real de la época. Batavia era ejemplo de trabajo, en ella se encontraba la rueda hidráulica construida por su propietario Luis Antonio Cubillos, que era el motor para las labores en el beneficiadero del café. La rueda estaba ubicada en la quebrada Armenia, a unos 50 metros de la casa, y por medio de poleas y la fuerza del agua, hacía mover los molinos de café.

Batavia se encontraba en el sitio que hoy pertenece a la confluencia de la Avenida Centenario, exactamente en el sector que corresponde actualmente a una calle del Barrio La Castellana. Todo eso pertenecía, en esa época al terreno de la finca. En ella vivieron mis bisabuelos, mi abuelo y sus once hermanos. Ellos construyeron allí un gran sueño de vida, que hoy se ve reflejado en las posteriores generaciones. En Batavia se

generaron valores familiares y preceptos morales importantes. A pesar de su desaparición, esos aspectos seguirán existiendo para siempre en quienes somos sus descendientes.

Batavia era visitada por personas de otros contornos, que admiraban su belleza. Hoy en día eso se conserva en las memorias culturales que se traducen en la construcción de una nueva ciudad.

#### **4. Casa de la abuela María Lindarí Velandia**

Por *Anthony Joshua Jones Solarte*, estudiante del Programa de Psicología de la Universidad de San Buenaventura de Medellín (sede Armenia).

Mucho se ha investigado de la historia arquitectónica y del desarrollo de las grandes ciudades. Pero, ¿dónde queda la historia de aquellas personas que hicieron posibles las características de nuestras costumbres? Tristemente hemos ignorado a nuestros abuelos que, detrás de sus mal llamadas arrugas y canas, guardan en su memoria la información y sus aventuras medio novelescas, pero que consigo traen un poco de su sabiduría.

En esta historia se hará un pequeño homenaje a la bisabuela María Lindarí Velandia Cuéllar, cumpliendo mi promesa de escribir su memoria, luego de haberme confiado con muchos detalles una de sus historias. Nació el 23 de enero de 1915 en un pueblo del departamento de Boyacá llamado Briceño. Hija de Santos Velandia, quien trabajaba como carnicero, y de Honoria Cuéllar, una humilde ama de casa. Sus hermanos Parmenio, Pedro y María, crecieron con ella en una casona de la plaza del pueblo.

En 1937 comenzó la historia de María Lindarí en tierras del Quindío cuando llegó aquí con sus hermanos para trabajar en los cafetales pues se hablaba de una bonanza que motivó el viaje de muchas personas. Dejó atrás, en su tierra natal, sus recuerdos, su vida sentimental muy reservada y un hijo pequeño que era

el resultado de la unión con el primer novio, de quien nunca pronunció su nombre.

En el Quindío comprometió nuevamente su corazón pues, residiendo en Calarcá, conoció a Manuel Rojas, con quien tuvo siete hijos. Con dicho hombre tampoco estableció un hogar marital, motivo por el cual sus hijos no obtuvieron el apellido paterno. Ellos conocieron el amor de madre abnegada, en una casa que compró en 1944 con sus ahorros. Ella fue el escenario prolongado de su existencia, pues por 55 años fue el centro maternal de educación de sus hijos y el lugar de reunión de la familia. La vivienda estaba situada en el barrio Salazar de Armenia, siendo la más antigua de dicha urbanización. En un principio era construida de bahareque. Para entonces constaba de dos alcobas, una cocina, un patio muy amplio llamado también solar, donde aún se encuentra un palo de mango en el centro. Su ramaje cubrió gran parte del espacio, el mismo que estuvo lleno de matas de diferentes colores y árboles de guayaba, aguacate y papaya.

En pleno siglo XXI esa casa ya es memoria. Pero hoy, sus siete hijos, veinte nietos, veintiocho bisnietos y tres tataranietos todavía la recordamos. Imposible olvidar las frases pronunciadas por la bisabuela en su reducido espacio interior. Entre otras: “El que roba cinco pesos, se roba cinco millones”. “A una persona honrada y correcta nunca le cerrarán las puertas”. “Yo siempre me limpio los pies al ingresar a una casa, para no entrar ningún mal, y a la salida para no llevarme el polvo del suelo”.

## **5. La Mariela. “La casa del sonido”**

Por *Roberto Restrepo Ramírez*

Existía una construcción que siempre llamaba la atención, pues era una de esas materializaciones de la acuarela artística, que parecía reflejarse en el paisaje diferente de la urbanizada capital del Quindío. En efecto ostentó el mérito de ser la última casa tradicional de bahareque de dos plantas -dedicada a la

caficultura- que se conservaba en el sector urbano de Armenia. Los conductores de vehículos, que se dirigían a la capital de Risaralda, detenían su marcha para admirarla. Fue motivo de halagos documentales, su foto fue publicada en almanaques, un libro vistoso sobre arquitectura la resaltó, su figura constructiva parecía un sueño detenido en el tiempo.

Pero tanta belleza, en efecto, se volvió un sueño de verdad. Una imagen que uno debe conservar porque es de la órbita de la otra realidad. Fue demolida a finales de 2005, cuando los ciudadanos se preparaban para recibir el año nuevo. Sus maderas hacinadas ardieron en una gran tea desafiante que se apilonó frente a lo que había sido su estructura física. Ese día nos dimos cuenta que lo hermoso monumental también puede sucumbir.

Cuando creímos que desaparecía una más del conjunto patrimonial arquitectónico, comenzamos a escuchar la historia desconocida de aquella casa. Los vecinos, actuales propietarios de viviendas contemporáneas, y hasta los copropietarios del conjunto habitacional situado a unos metros del calcinado terreno, contaron las historias de la memoria. Escuchando tales relatos, nos damos cuenta de la importancia del llamado patrimonio cultural inmaterial. Y es que el recuerdo de las casas persevera, no por su aspecto físico, sino por sus vivencias. Por sus manifestaciones humanas o por las querencias de sus moradores.

Se escuchó que en el ático de aquella casa se podían apreciar los mejores paisajes del nevado del Tolima. Que en sus corredores se recibía plácidamente el sol vespertino. Que desde su amplitud física se controlaba el movimiento de cada uno de los recolectores de café que trabajaban en las laderas aledañas, hoy urbanizadas. Que, igual que las casas de sus alrededores, en ella también se amó, se odió o se disfrutó el ambiente provincial. O que deambularon sus fantasmas.

Pero la historia más singular que, para nosotros, es un valor más de lo intangible arquitectónico, es la referida al sonido que se producía en su corredor, a la hora del almuerzo. Era el resultado

de soplar un cacho de res, artefacto muy utilizado para llamar o convocar a los trabajadores. Por supuesto, ese era el momento más anhelado.

Nos imaginamos que el pitazo de La Mariela también era el reloj ciudadano. Hoy muchos no vacilarán en conectar ese aspecto de la escucha, como el más relevante de una casa que ayudó a escribir una página de la historia del Quindío, por haber sido imponente testimonio de la arquitectura cafetera.

## **6. La casa de Marina. “El refugio de las palomas”**

Por *Sara Botero Roncancio*, estudiante del Programa de Psicología de la Universidad de San Buenaventura de Medellín (sede Armenia)

Según la propia Marina Botero Londoño de Botero, de casi 90 años de edad, su casa fue construida hace un siglo. Al formular la pregunta por su ingeniero, como era de suponer, no se acordó. Es de resaltar que está construida de bahareque y madera, igual que las casas de su época. Sólo que es la única que sobrevive en la carrera 13 de Armenia. Este sector, aledaño a la calle 17, según ella, es el más aristocrático, pues allí vivían “los Uribe”, “los Jaramillo” y todas aquellas personas conocidas por sus prestigiosos apellidos y además porque se les endilgaba mucha alcurnia debido a su cercanía a la catedral.

La casa pasó a ser propiedad de Marina de Botero y de Homer Botero Escobar hace unos 60 años. Allí nacieron y crecieron sus ocho hijos y está inundada de historias de fantasmas debido a que en los bajos murieron varias personas consideradas tenebrosas por la familia.

Quiero destacar que esta casa fue alguna vez el refugio de muchas palomas debido a que doña Marina compraba cantidad de maíz para darles de comer. Era una labor diaria, realizada con el amor de una madre.

Al ver el interior de esta casa, se destacan los artículos y los espacios que la llenan: los cuadros pintados por ella y por su madre, las camas sencillas con olor a madera de cien años, la gigantesca cocina, con paredes un poco azotadas pero bien cuidadas y el piso de madera que rechina y que provoca mucho miedo en la noche. El cuarto de doña Marina conserva el aire de casa antigua: cama con colcha de retazos y sábanas bordadas por ella; tocador grande con varios cajones donde guarda sus perlas, su labial y el maquillaje que reflejan su vanidad, ya que fue dos veces reina en su juventud. Armario finamente organizado, empapado de olor a ella, lleno de lociones y de cremas para su rostro, muchas de ellas sin destapar. Sus vestidos de colores morado y rosado, grandes aretes de colores, que se quedaron definitivamente guardados pues, según ella, ya está demasiado vieja para portarlos, como si hubiese perdido el derecho a conservarse bonita y oler bien. Sobresale su altar con muchas imágenes de santos, vírgenes, el corazón de Jesús, velas y flores que adornan ese recinto, como si fuera dirigido a sus amigos más allegados. Les da besos y les confiesa el amor que les tiene, sin pena alguna.

Se destaca el tamaño del patio, ya extinto en otras casas tradicionales de Armenia, de enorme extensión, en el cual se encuentra un frondoso árbol de naranja que ocupa la mitad del espacio y al cual suben sus nietos a disfrutar. Según las historias, en este patio habitaron cantidad de animales, como tortugas, conejos, gatos y perros que también podrían constituir otra faceta de este lugar.

Éste, mi escrito, pude haberlo logrado con fechas y nombres. Sólo quise rescatar lo intangible, lo que no se ve en la casa, la magia, lo atrayente, lo realmente importante en la vivienda que es su olor, las texturas de los objetos no existentes, el amor de sus dueños y lo gratificante que es para ellos *la casa*.

Marina Botero Londoño de Botero es orgullosamente mi abuela. La que me canta “Sarita de Luna, Sarita de Sol”, cuando llego a su presencia. Esa hermosa mujer de arrugas expresivas y de piel tersa, de ojos y boca antioqueños. Una abuela como ninguna,

mi abuela. Mujer alegre, que brota lágrimas al hablar de sus hijos. Esos hijos a los que ama, pero más a esos nietos a los que adora. La dulzura hecha mujer. La ternura hecha abuela, aunque por cuestiones del tiempo padece de alzhéimer y muchas de sus historias aventurescas son producto de la imaginación. Es encantador escucharla, porque una mujer como ella nunca existirá. Espero que algún día el mundo la conozca. Aunque yo escribiera mil ensayos acerca de sus cualidades, nadie alcanzaría a entender la esencia de este ser humano, cálido y amoroso.

## **Conclusiones**

Un papel importante que cumple la etnopsicología es el de ayudarnos a entrar nuevamente en estas casas y estudiar las características de su conformación espacial, afectiva y sentimental, tal cual era construida por aquellas sociedades de colonos y caficultores. Su motivación y la personalidad de sus habitantes. Con estas características y las herramientas metodológicas empleadas, se pretende construir una personalidad arquitectónica.

Así como logramos historias de casas, a la medida de historias de vida, también pretendemos recuperar rasgos personales, desde rasgos arquitectónicos. De esta forma forjaremos una historia de la personalidad de los quindianos. El trabajo de relato apenas comienza. Está en el secreto bien escondido de sus casas centenarias.

## **Bibliografía**

- Barrera Soriano, J. Javier. “La etnopsicología en la cosmovisión de los adultos indígenas”. En *Educación de adultos*. México. s.f.
- Fonseca, Lorenzo y Saldarriaga, Alberto. *Los colores de la calle*. Bogotá: Carlos Valencia Editores. 1984.
- Jaramillo, John. “La pieza del reblujo”. Armenia. 2008.
- Kottak, Philip. *Antropología cultural*. México: Mc Graw Hill. 2006.

- Saldarriaga Roa, Alberto. *Arquitectura y cultura en Colombia*. Bogotá. 1992.
- Silva, Armando. *Imaginarios Urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores. 1992.
- Verón, Alberto. “En defensa de la casa”. En *Semanario Café 7 Días*. Manizales. Viernes 4 de septiembre de 1998.
- Verón, Alberto. “Los umbrales históricos de una ciudad”. En *Gaceta Risaralda Cultural*. Año 2, No. 3. Pereira. 1995.



## Memoria e imaginación en los *Recuerdos de la Guaquería en el Quindío*

Carlos A. Castrillón<sup>36</sup>

Cuenta Luis Arango Cardona en su libro *Recuerdos de la Guaquería en el Quindío*<sup>37</sup>, la historia del guaquero que encontró, en una tumba indígena en La Tebaida, una figura de cerámica que representaba una pareja de indios en el coito. “Vean lo que están haciendo estos pícaros –dijo el guaquero–, y con el recatón los volvió pedazos” (146). Esta actitud, que movería a risa si no fuera por la tragedia cultural que envuelve, es el motivo problemático que marca la ambigüedad fundamental del libro.

No tenemos los conocimientos ni la formación para determinar por qué la obra de Luis Arango Cardona goza de una aceptación ambivalente, difusa o nula entre los arqueólogos profesionales y académicos. Sin embargo, los indicios que podemos recoger en una lectura atenta, y basados únicamente en su narratividad, permiten suponer que tanto lo vital del autor como su ejercicio testimoniante se entremezclan en la actitud hacia el mundo explorado y en la valoración ambigua de los exploradores y guaqueros.

---

<sup>36</sup> Profesor de la Universidad del Quindío y miembro de la Academia de Historia del Quindío. Este texto contiene la introducción a un estudio más vasto sobre los valores culturales del libro de Luis Arango Cardona, en el marco del proyecto de reedición crítica que promueve la Academia de Historia del Quindío.

<sup>37</sup> Arango Cardona, Luis (1941). *Recuerdos de la guaquería en el Quindío*. Bogotá: Editorial de Cromos. Tomos I, II y Suplemento. En adelante se referencia sólo la página de esta edición.

¿Es una apología a la gaaquería, una actividad depredadora, como afirma con acritud Reichel-Dolmatoff (1988)<sup>38</sup>; un compendio de la imaginaria popular, como dice Javier Ocampo López (2001); o una rica cantera de datos de utilidad para los arqueólogos, como parece reconocerlo Karen Olsen Bruhns (1995)? ¿O es tal vez un documento que debería ser sistematizado para aprovechar su gran valor, como lo piden los investigadores actuales? Ya en 1988 se decía, en una investigación publicada en el *Boletín del Museo del Oro*: “Serían de gran importancia los datos que proporciona don Luis Arango Cano [sic]<sup>39</sup> en sus *Recuerdos*, el día que los arqueólogos logren traducir su terminología a los esquemas culturales en uso actualmente” (Cardale et al., 1988).

Esto permite señalar dos rasgos importantes: La apreciación dubitativa del autor acerca de la gaaquería y la asistematicidad orgánica en la exposición de los datos. Tal vez estos rasgos no tengan que ver con la intención del autor al momento de poner por escrito sus recuerdos, sino con la forma como hoy los leemos.

Sobre lo primero, se debe tener en cuenta que Luis Arango Cardona nos refiere la tierra hollada por los gaaqueros y exploradores antes de que la ciencia llegara con su rigor y se ocupara de ella. En la sumatoria de todas esas tumbas recuperadas de la tierra se va formando una tradición en la que se entremezclan los datos con la imaginación histórica.

---

<sup>38</sup> “El confuso libro de Luis C. Arango: [sic] *Recuerdos de la gaaquería en el Quindío* (Bogotá, 1924) figura en muchas obras arqueológicas, citado como fuente bibliográfica, a pesar de ser una apología de estos destructores del patrimonio cultural del país. No lo encuentro de utilidad alguna” (Reichel-Dolmatoff, 1988).

<sup>39</sup> Muchos insisten en llamarlo “Arango Cano”, tal vez por el cruce con la obra arqueológica de su hijo, Jesús Arango Cano.



*Luis Arango Cardona*

En la forma como la presenta Arango Cardona, la gúaquería parece un modo de vida que genera sus propias normas, establece sus propias jerarquías y promueve una picaresca particular. El autor fluctúa entre la descripción, la censura y la guía de esa actividad. Por ejemplo, afirma que copia apartes de libros científicos “con el fin de orientar al gúaquero” (156), cuenta sus hazañas, acopia datos de los tesoros y propone explicaciones fantásticas.

Pero para Arango Cardona todo tiene un límite. Refiriéndose a la ambición por el oro y a la intrusión violenta de los gúaqueros sobre los lugares sagrados de los indígenas, lanza su admonición: “No por eso hagamos de sus monumentos y santuarios un muladar”.

El gUAQUERO, que “había roto los más preciosos trabajos de arte, esculpidos en barro; los jeroglíficos y escritos cuneiformes donde estaba escrita la historia de ese pueblo desde los tiempos más remotos, escritos que encerraban secretos religiosos, ciencias y artes” (113), puede lucrarse, pero debe actuar con respeto; su riqueza, efímera por demás, no puede ser el producto del menosprecio por quienes a su pesar la proveyeron. El gUAQUERO, “a quien no importan historias de pueblos, ni razas primitivas, ni religiones, ni secretos, ni escritos simbólicos” (113), recibe su merecido: Todos mueren trágicamente, en medio de la pobreza o como víctimas de una maldición.

En ese sentido vale la pena recordar la caracterización crítica que Arango Cardona hace de este pueblo, los armenios. No se interesan por los artefactos encontrados porque “no piensan en los recuerdos [...] Son aventureros desde su origen, egoístas y corrompidos; llevan en su frente el sello del gUAQUERO” (33).

Sin embargo, la historia de la depredación, que hoy podemos juzgar como bárbara, era en esos tiempos una especie de fatalidad propia de la riqueza soñada en el periodo de la “colonización”, ante la cual no operan del mismo modo los argumentos que hoy nos parecen totalmente sensatos. Arango Cardona no es indiferente al problema que, como inevitable paradoja, está implícito en su obra. Equivocado o no, una conexión profunda con el pasado de los pueblos y una declaración ética mezclada con la visión puramente externa, lo escudan de la censura extemporánea y permiten apreciarlo hoy con la misma receptividad con la que lo saludaron algunos arqueólogos de la época. La mayor conciencia acerca del patrimonio cultural de los pueblos indígenas es nuestra, y no podemos pedirla a los hombres que en el pasado entendían la exploración y el saqueo de guacas como una actividad económica legal y legítima porque sería inmoral dejar de lado la riqueza que se esconde bajo la tierra.

En cuanto a lo segundo, la asistematicidad, puede ser también un problema de perspectiva. Se le pide rigor, consecuencia y exactitud en el manejo de los datos a la ciencia; no puede

pedirse lo mismo a esta especie de testimonio delirante que son los *Recuerdos de la Guaquería en el Quindío*. Arango Cardona, como hijo de su tiempo, se apoya tanto en las investigaciones de Darwin como en las páginas de divulgación científica de Flammarion y en la teosofía de Blavatsky.

El método del autor es ciertamente insostenible desde la lectura actual<sup>40</sup>. Sus caracterizaciones antropológicas operan por analogía y llenan de sentido su admiración o su ignorancia, o los vacíos que la investigación no había resuelto a comienzos del siglo XX. Hablando, por ejemplo, de unos cuerpos encontrados, hace esta descripción a partir de los huesos: “Estos indios parecen haber sido fuertes y robustos, de estatura regular, y algunos de ellos hasta de dos metros” (25). Se presenta primero el dato, del cual se concluye algo que *podría* corresponder: “En ningún arte se distinguieron como genios; eran los más pobres de la región” (25). A partir de allí, en un peligroso *non sequitur*, el encadenamiento avanza hacia conclusiones que difícilmente derivan de los datos hasta llegar a la pura imaginación que recoge y reproduce la percepción común acerca de los pueblos indígenas: “Se ve que eran torpes, de cerebro deprimido y la pereza hecha hombre; cuando mucho servirían para pajes o para peones” (25). Más adelante, con ocasión de un sello encontrado en una tumba en La Tebaida, en el que se leían caracteres que semejaban la palabra *java*, el autor conjetura un origen fantástico: “El cadáver dueño del sello tal vez era un habitante venido del archipiélago malayo, de la isla Sumatra o Java; tal vez era un navegante que fue arrastrado por una corriente marítima y le tocó atracar en una de nuestras costas, y luego se internó en tierra firme y escribió *Java*, y con él se fue al sepulcro donde fue hallado” (177).

El autor procede por asociación, aun cuando la misma lo haga derivar hacia otros temas o lo hunda en el error o la interpretación fantástica. En su deseo de dejar claro en el lector el derrotero de sus cavilaciones a veces avanza hacia temas concomitantes

---

<sup>40</sup> Burcher (1985) caracteriza a Arango Cardona, como a muchos de sus contemporáneos, en la escuela de la descripción pura.

o planteamientos que surgen de sus opiniones, lo que explica también las abundantes digresiones.

En varios apartes se arriesgan conclusiones y genealogías, se hermanan culturas y se especula sobre formaciones geológicas. Se llega a afirmar, por ejemplo, con base en viejos documentos que recogen las historias de los escandinavos en el norte del continente, que el Vaticano tenía posesiones en América antes de la llegada de Colón (un obispado en lo que hoy es Rhode Island). El asunto nada tiene de particular, pues como especulación histórica es tópico recurrente la presencia de europeos en América en la época precolombina; lo interesante es el procedimiento *sistemático* de mezclar fuentes de diversos orígenes para avalar un argumento, sin prestar mayor atención a la confluencia de las mismas, a la certidumbre sobre sus afirmaciones y a las fechas originales. Además, la pasión en la defensa de lo indígena le hace asumir con frecuencia el tono polémico que anima muchas de estas páginas, aun a riesgo del exceso, punto de llegada que asume todo polemista mal informado.

Pero ¿por qué esa asistematicidad? ¿Por qué no organizar el discurso de modo que cada tema se desarrolle donde le corresponde según la jerarquía y la sucesión de eventos? Y Arango Cardona responde: “Porque no deseo seguirlo así” (137). Todo en este libro es personal, idiosincrásico, incluso las convenciones que el autor usa para la descripción de los hallazgos. Sin embargo, Arango Cardona no es, en modo alguno, indiferente a la importancia del método y la investigación sistemática: siempre está matizando sus conclusiones con llamados a la ciencia para que aborde esos descubrimientos asombrosos con criterios positivos que den cuenta de los misterios que cada guaca encierra.

El carácter apologético y la tendencia a conjeturar a partir de las evidencias, sin elementos que justifiquen las conclusiones y sin ajustarse a los datos, es lo que seguramente molesta a los investigadores actuales; pero eso no impidió que prestigiosos arqueólogos de su época lo retomaran y aprovecharan sus materiales. En la actualidad se hace igual, pero no se le reconoce

abiertamente. En su recorrido por la arqueología colombiana, Carl Henrik Langebaek (2003) señala que “la exaltación de la tarea de los gUAQUEROS chocaría muy pronto con los debates sobre su actividad, aunque muchos arqueólogos profesionales se auxilian de su trabajo hoy día”. Por el carácter asistemático de sus investigaciones y la discusión posterior sobre el papel problemático del gUAQUERO en el desarrollo de la arqueología científica, la tensión se resolvería a favor de la clara separación de ambas actividades. Langebaek anota que “es bien probable que su conocimiento fuera utilizado por muchos investigadores, a quienes les daba pena incluirlo entre sus referencias”. El mismo Reichel-Dolmatoff, sostiene el connotado arqueólogo, investigó en los años cuarenta del siglo pasado lugares que Arango Cardona había descrito en su libro.

A pesar de todo esto, el libro de Arango Cardona es mencionado con frecuencia como fuente de información y compendio de datos, arqueológicos o no. Luis Duque Gómez (1970: 16), por ejemplo, lo considera de interés: “Es un trabajo poco sistemático y desordenado, pero que ha sido utilizado [...] por varios de los investigadores modernos que se han ocupado de la cultura quimbaya, especialmente del estudio de su orfebrería”. Karen Olsen Bruhns (1995), quien suele referenciarlo en sus artículos y aprovechar sus datos, acomete un estudio completo a partir de las descripciones de Arango Cardona y aporta un resumen del libro en unas 50 páginas. Esto contrasta con la distancia que guardan otros investigadores, como Briceño Torres (2005: 14):

En los años intermedios entre la última publicación de los textos de Restrepo Tirado y la primera edición de los de Wendel Bennet, vieron la luz las *Memorias de la GUAQUERÍA en el Quindío*, de Luis Arango Cano [sic], Bogotá., Editorial Cromos, 1920. Este curioso escrito, como su nombre lo presagia, se constituye en una verdadera apología a la excavación aficionada de tumbas y sepulcros. Además de la descripción de por los menos doscientas tumbas, su clasificación en una tipología según su forma general y su disposición en el paisaje de la región del Quindío, el libro se encuentra salpicado de breves y curiosas aseveraciones e

interpretaciones morales y espirituales de su autor. Al juzgar en perspectiva este trabajo, no deja de sorprender el destacado papel que algunos investigadores otorgan a dicho texto [...], llegando a considerarlo incluso como un trabajo pionero de la arqueología en la región.

Afirma Arango Cardona que “el sol es el único testigo presencial de todos los acontecimientos sucedidos en nuestro planeta. Lo dicho por los hombres son cálculos más o menos erróneos”. Y agrega: “Nuestra intención no ha sido nunca ser escritores (seguramente por falta de estudio), y mucho menos entrar a refutar escritos de nadie” (50). Hay en él un deseo taxonómico para la comprensión de un universo complejo. Y también la esperanza de dejar un legado e insistir en una queja por el abandono: “La posteridad, enterada de la historia de los quindos o pijaos, dice, hará de su obra de arte unos verdaderos museos, para pasmo del turista. Estudiarán los arqueólogos sus monumentos con entusiasmo y podrán encontrar en lo viejo mucho nuevo para las nuevas generaciones” (73).

Como puede verse, el autor se plantea con toda honestidad sus limitaciones, como cuando afirma al comienzo del segundo tomo de su libro: “Cierto es que estoy mal documentado, pero quiero dejarle a mi patria un pequeño recuerdo” (II, 3). Esto a pesar de que el cúmulo de lecturas referenciadas en los dos tomos de los *Recuerdos* y su suplemento es sorprendente.

No es ajeno Arango Cardona a la constatación de la verdad arqueológica, antropológica o histórica, como demuestra la fina ironía, basada en evidencia, que construye para refutar a Fray Pedro Simón y su historia “delirante” sobre la erupción del “volcán” de Cartago (50ss). Es sólo que en su medio la arqueología científica no existía como referente que promoviera métodos ajustados a lo que hoy consideramos el mínimo aceptable de técnica y objetividad. Por el contrario, no sería exagerado afirmar que su obra se constituye en antecedente, molesto para muchos, en el proceso de consolidación de la disciplina en Colombia.

De todos modos, independientemente de la forma como se los vea hoy, los *Recuerdos de la Guaquería en el Quindío* nos enfrentan a una apasionada defensa de las huellas culturales de los pueblos indígenas. Más allá de lo señalado, no son hechos y descripciones lo que eterniza los momentos que recoge Arango Cardona. Las historias y anécdotas, el carácter misceláneo de varios capítulos y el conflicto personal entre lo que se quisiera contar y lo que efectivamente se debe registrar, hablan hoy con más fuerza que las cifras y los profusos datos.

Si leemos el libro como testimonio de una época encontramos una cantera para los estudios lingüísticos y del imaginario general, las leyendas y anécdotas de la vida de la región, los valores sociales, las costumbres, la circulación de las ideas, un compendio de geología, flora e historia, y el legado de un librepensador<sup>41</sup>.

Necesitamos recuperar el glosario de la guaquería, con sus bellas metáforas y frases descriptivas, como bóveda *deslanchada*, *calzada* o *resumida* o guaca *hormigueada*. Verdaderas joyas fraseológicas, como la “tierra *panela*”, la “tierra *carmin*”, la “tierra *quintosa*”. Construidas por analogía, estas frases hacen parte del vocabulario común de los guaqueros, como palabras encantadas que pretenden dar sentido desde el lenguaje al misterio inherente a una actividad tan familiarizada con la muerte.

Igualmente, necesitamos volver sobre la forma como se tejen las historias, fantásticas o no, que dan sustento a una labor dura y azarosa. Arango Cardona desarrolla relatos completos, llenando con ficción lo que los datos no proveen; arma genealogías fantásticas y fábulas genesíacas y recrea libremente la vida de los pueblos indígenas, con altas dosis de imaginación histórica. Merece atención también la forma como matiza y hace amena la exposición con anécdotas, recorridos por la teoría y apasionadas polémicas. Se nota la necesidad apremiante de explicar lo asombroso de los descubrimientos, cada uno de los cuales

---

<sup>41</sup> Considérese, por ejemplo, que el libro aparece como fuente de datos en sitios tan insospechados como el *Atlas de culturas hídricas de América Latina* (2004: 208), de Ramón Vargas (Informe 2, Argentina).

ahonda el misterio. Como puede constatarlo el lector, cada guaca propone un enigma que exige respuestas; y, como ocurre con todo enigma, cuando esas respuestas no son dóciles al razonamiento se acude a la explicación fantástica.

“Me siento orgulloso de ser habitante de estas selvas seculares –afirma el autor-; sólo siento no tener términos para expresar mis sensaciones cuando respiro en medio de los vientos alisios que traen perfumes de las selvas vírgenes de los Andes. Todas las palabras me parecen débiles ante la inmensidad de las selvas tropicales” (104). A Arango Cardona lo anima la certidumbre de que “la humanidad necesita esos documentos para aclarar los hechos” (114), a pesar de la dificultad que para él implica escribir este libro, que se fue alargando por las exigencias mismas del tema.

Y como nosotros, lamenta lo ya perdido, el conocimiento que murió con la actividad y la memoria de los viejos guaqueros, de quienes, sin embargo, desea recuperar para la posteridad sus nombres y sus hazañas.

La frase sentenciosa de Arango Cardona lo expone claramente: “El conquistador asesinó a los indios, y el guaquero pulverizó sus cuerpos inertes” (II, 7). La tragedia de los pueblos indígenas se siente más dolorosa en esta otra dura formulación: “Las momias egipcias pasan a un museo. Las momias americanas son pulverizadas por las manos de los guaqueros” (II, 10).

Arango Cardona se duele de la indiferencia y del desprecio por los tesoros encontrados, casi todos ellos destruidos o perdidos en el tráfico indiscriminado. En su insistente llamado a recuperar la memoria, el autor nos recuerda que “la tumba de un faraón y la de un cacique son iguales ante la ciencia” (II, 10), algo que a veces también nosotros olvidamos.

## Bibliografía

- Arango Cardona, Luis (1941). *Recuerdos de la g.uaquería en el Quindío*. Tomos I, II y Suplemento. Bogotá: Editorial de Cromos.
- Briceño Torres, Pedro Pablo (2005). “De los Quimbayas a los paisas: Historia de la arqueología en el Eje Cafetero 1900-1999”. *Memoria y Sociedad*, 9(18): 5-18.
- Bruhns, Karen Olsen (1995). *Archaeological investigations in Central Colombia*. Oxford: BAR International Series.
- Burcher de Uribe, Priscila (1985). *Raíces de la arqueología en Colombia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Cardale et al. (1988). “Nota sobre una tumba de cancel hallada en el municipio de Dosquebradas, Risaralda”. *Boletín del Museo del Oro*, Banco de la República, 22: 102-116.
- Duque Gómez, Luis (1970). *Los Quimbayas. Reseña etno-histórica y arqueológica*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Langebaek, Carl Henrik (2003). *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Bogotá: Colciencias.
- Ocampo López, Javier (2001). *Mitos y leyendas de Antioquia la Grande*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Pineda Camacho, Roberto (1977). “Reliquias y antigüedades de las Indias. Precursores del americanismo en Colombia”. *Journal de la Société des Américanistes*. 83(1): 9-36.
- Reichel Dolmatoff, Gerardo (1988). *Orfebrería y chamanismo, un estudio iconográfico del Museo del Oro*. Consultado en diciembre de 2008, en <http://www.lablaa.org/blaavirtual/arqueologia/orfebre/ritual.htm>
- Sánchez Cabra, Efraín (2003). “El Museo del Oro”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, 40(64): 3-48.
- Valencia Llano, Albeiro (1989). “La Guaquería en el Viejo Caldas”. *Boletín del Museo del Oro*, Banco de la República, 23: 60-75.
- Valencia Zapata, Alfonso (1981). *Quindío Histórico*. 4ª edición. Armenia: Editorial Quingráficas.



# **Auge y declive de la caficultura del Quindío**

Gonzalo Alberto Valencia Barrera

## **Presentación**

A lo largo del siglo pasado el cultivo del café se convirtió en el principal renglón de la economía Quindiana, destacándose dos fases: una consistente en el inicio del cultivo como tal y su constante crecimiento hasta el decenio de los noventa; y una segunda que se ha caracterizado por la disminución de la actividad cafetera en razón de la crisis originada en el rompimiento del Pacto de Cuotas en julio de 1989 y que desembocó en una crisis de precios y pérdida de rentabilidad, finalmente plasmada en una reducción del área cultivada y, por ende, en una caída de la producción, los ingresos y el empleo. En esta ponencia se detallan estas dos fases, coincidentes con las que se han denominado el auge y el declive de la caficultura en el departamento del Quindío<sup>42</sup>.

## **A. El Auge**

### **Los primeros años**

Al contrario de lo que se ha pensado en cuanto que el cultivo del café era el motor de la colonización antioqueña, a finales del Siglo XIX en el Quindío aún no se había constituido en un producto común para colonizadores y propietarios de los predios rurales, puesto que apenas estaba en proceso por parte del Ministerio de Obras Públicas la titulación de propiedad por mejoras en terrenos de baldíos nacionales, además de que las siembras eran de subsistencia y tenían que ver con maíz, caña, frijol, yuca y frutales, alternados con pastos y ganadería.

---

<sup>42</sup> Versión actualizada de la ponencia presentada ante la Academia de Historia del Quindío para optar al ingreso como Académico, realizado en Armenia el 28 de abril de 2006.

Por esta época aparecen las primeras evidencias de la presencia del cultivo en Circasia y desde aquí, a partir del Siglo XX, el café comienza a expandirse hacia la zona plana del Quindío comprendida por los territorios de Armenia, Calarcá, Circasia y Filandia (con sus corregimientos de Montenegro y Alejandría) y, más tarde, hacia las poblaciones de la cordillera. Además de las disponibilidades de tierras fértiles y de su altitud y clima, la expansión se favoreció por las posibilidades de independencia económica que ofrecía el cultivo dados: (1) el fácil almacenamiento de la cosecha, (2) el esquema de explotación practicado en torno a la parcela o finca por el colono antioqueño y su familia, convertida en núcleo económico que satisfacía las necesidades de demanda de trabajo y (3) los requerimientos de inversión inicial eran financiados por los mismos compradores de café, cuyo pago se garantizaba con el grano beneficiado y entregado en los establecimientos de compra o en las trilladoras.

La intensidad del cultivo es tal que hacia 1923, Calarcá y Armenia ocupaban el segundo y cuarto puestos entre los municipios caldenses por árboles sembrados y ya en la década del 30 el Quindío era la región cafetera más densamente sembrada y productiva del país<sup>43</sup>. En el primer censo cafetero realizado en el país, 1932, Calarcá y Armenia ocuparon el primero y quinto puestos por número de cafetos sembrados en el entonces departamento de Caldas; entre estos dos municipios se ubicaban Pereira, Manizales y Santa Rosa de Cabal. Conforme a este censo, la región del Quindío participaba con el 23.2% de la producción departamental, la que a su vez representaba el 29.1% de la producción nacional.

---

<sup>43</sup>La Crónica, La Historia del Quindío. Ver los capítulos sobre: Período Caldense y El café en el Quindío, Olga Cadena Corrales y José Manuel Pérez Bravo, páginas 110-128. También puede consultarse sobre la expansión del cultivo del café la siguiente referencia: Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. *Historia de la diferenciación social: Quindío 1840 - 1950*, Universidad del Quindío, mimeo.

## Expansión temprana de la actividad cafetera

Desde los años 20 la expansión del cultivo del café aparejó desarrollos en sus actividades de trilla y exportación, emprendidas por firmas nacionales en asocio del capital extranjero y cuyo antecedente se remonta al año 1921 con el establecimiento de la trilladora Pedro A. López en Circasia, fusionada con capital de la Compañía Lazard Freres de París y Londres y de bancos estadinenses<sup>44</sup>. En general, en sus inicios las trilladoras y casas exportadoras se establecieron en los principales municipios cafeteros (Armenia, Caicedonia, Calarcá, Circasia, Filandia, Montenegro, Quimbaya y Sevilla), pero con el correr del tiempo se concentraron en Armenia<sup>45</sup>. Hacia 1932, el 54.9% de la exportación de grano estaba en manos de firmas extranjeras (capitales estadinense y alemán) establecidas en Armenia: American Coffee Corp., W. K. Grace and Co., Hard and Rand Inc., M. K. Rausch and Co. y Steinwender Stoffregen Corp. Este porcentaje fue disminuyendo en la medida que las firmas nacionales adquirieron experiencia en la comercialización, al punto que en 1947 concentraban el 69% de la exportación de café del Quindío.

Paralelamente, en los mercados interno y externo se posicionaba la marca de café pergamino Excelso Armenia, que gracias a su calidad sostuvo a su favor un mayor precio interno de compra con respecto a las plazas vecinas de Manizales, Pereira y Sevilla como también un diferencial en su cotización en Nueva York

---

<sup>44</sup> Esta asociación de capitales vendría a ser considerada la primera referencia de inversión extranjera en el Quindío. Antecedente citado en Polanía R., Eddie. “Evolución de la propiedad y descomposición de la pequeña caficultura en Armenia”, *Voces*, Revista de Estudios Sociales, No. 5, Armenia, noviembre 1998, página 37.

<sup>45</sup> La exportación de café desde Armenia se facilitó por la construcción del Ferrocarril del Pacífico que conectaba a Buenaventura con la región cafetera. A Armenia el tren llegó el 24 de abril de 1927, inaugurando el tramo desde Zarzal. En cuanto al Ferrocarril de Caldas, el trayecto Nacederos (Pereira) - Armenia, con una longitud de 60 kilómetros, fue terminado en septiembre de 1929 y conectaba a las poblaciones de Montenegro, Quimbaya, Alcalá y Ulloa (Estación Sucre).

frente a las marcas Manizales y Sevilla. Esta situación perduró hasta 1958, cuando la Federación Nacional de Cafeteros unificó el precio interno de compra para todas las marcas; en cuanto a la cotización externa del café colombiano, en 1956 se unificaron las cotizaciones para los granos tipo Medellín, Armenia, Manizales, Sevilla y Pensilvania, dando lugar a la sigla MAMS. Esta denominación fue adoptada luego por la Organización Internacional del Café (OIC) como representativa del grano “suaves colombianos” y por el mercado de Nueva York como café colombiano en 1970.

### **Consolidación del cultivo del café**

Dado que la expansión del cultivo del café alcanzó su máximo pico en términos de área sembrada, producción y productividad en la segunda mitad del Siglo XX, es preciso relieves, entonces, los censos cafeteros de 1970 y 1980/81 y la encuesta nacional cafetera 1993/97. La importancia del primero de ellos radicaba en que presentaba información para una caficultura enteramente tradicional basada en el cultivo de la variedad típica o arábica, mientras que en las otras dos referencias era clara la incidencia de la caficultura tecnificada con la introducción de la variedad caturra<sup>46</sup>, cambio que se facilitó por los recursos financieros generados por las bonanzas de 1975 y 1986. La tecnificación se consolidó con la introducción de la variedad colombiana para

---

<sup>46</sup> A comienzos de 1960 se da la primera referencia a la variedad Caturro, cuando el Sub-Comité Departamental de Cafeteros del Quindío adelantaba campañas para su siembra en pequeños lotes de media cuadra aproximadamente con fines experimentales. En una hectárea se podrían sembrar hasta 2.500 árboles con una producción estimada en 400 arrobas, mientras que para el Arábigo se sembraban 640 árboles y una producción de 60 arrobas (Banco de la República, Sucursal Armenia: Informe económico semestral de la región del Quindío - Primer semestre de 1960). En el Informe correspondiente al segundo semestre de 1961 aparece la estructura de costos de una hectárea sembrada en café Caturro. Su cultivo no se intensificó en consideración de que no requería sombrero y obligaba el uso de abonos, aspecto que incrementaba los costos (Informe del primer semestre de 1963).

contrarrestar la presencia de la roya, cuya dispersión se inició en el país en 1983.

### Quindío: Área sembrada en café por municipio

Hectáreas							
Municipios	1970 (a)	1980 (b)	Diferencia (b) - (a) *	Disminución Área %	1993 - 97 (c)	Diferencia (c) - (b) *	Disminución Área %
Armenia	8.592	8.380	-211	-2,5	5.160	-3.220	- 38,4
Buenavista	2.264	2.571	306	13,5	2.442	-129	- 5,0
Calarcá	10.505	9.202	-1.303	-12,4	7.866	-1.336	- 14,5
Circasia	4.878	3.857	-1.021	-20,9	4.389	532	13,8
Córdoba	3.298	3.204	-94	-2,8	2.679	-525	- 16,4
Filandia	4.306	3.628	-678	-15,7	3.072	-556	- 15,3
Génova	6.315	5.706	-609	-9,6	5.126	-580	- 10,2
La Tebaida	2.742	3.189	447	16,3	2.269	-920	- 28,9
Montenegro	6.433	7.786	1.353	21,0	5.431	-2.355	- 30,2
Pijao	4.400	4.872	471	10,7	4.598	-274	- 5,6
Quimbaya	7.239	8.350	1.111	15,3	7.522	-828	- 9,9
Salento	1.586	1.206	-381	-24,0	931	-275	- 22,8
TOTAL	62.559	61.950	-609	-1,0	51.484	-10.466	- 16,9
País	1.070.430	1.009.579	-60.851	-5,7	869.158	-140.421	- 13,9
% Quindío / País	5,8	6,1	1,0		5,9	7,5	

\* Se resalta en negrilla la disminución del área sembrada en café.

(a) Censo Cafetero 1970

(b) Censo Cafetero 1980 - 81

(c) Encuesta Cafetera 1993 - 97: En 1996 se recolectó la información de Armenia y Calarcá, en 1997 la de Filandia y Salento y entre 1993 y 1995 la de los restantes municipios.

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros de Colombia

En el censo del año 1970, el Quindío aparecía con una superficie de 184.089 hectáreas, de las cuales 128.321 hectáreas tenían potencial cafetero; de éstas, sembradas en café el 48.8% y en pastos el 34.5%. Su productividad por hectárea ascendía a 855.7 kilos, siendo la máxima del país (promedio nacional, 541.2 kilos) y seguida por Caldas con 726.7 kilos; sus participaciones en el área cafetera y producción nacional ascendían al 5.8% y 9.3% respectivamente, y de los primeros once municipios más cafeteros del país al Quindío pertenecían cuatro: Armenia (3°), Calarcá (4°), Quimbaya (10°) y Montenegro (11°), lista en la

que también se hallaban Sevilla (2°) y Caicedonia (6°), cuya importancia radicaba en su ubicación geográfica en la Hoya del Quindío.

#### Municipios cafeteros de Colombia, 1970

Municipio	Producción kilos café pergamino	Posición
Manizales	11.818.611	1
Sevilla	10.417.488	2
<i>Armenia</i>	8.741.998	3
<i>Calarcá</i>	8.556.361	4
Pereira	8.465.195	5
Caicedonia	7.661.740	6
Santa Rosa de Cabal	7.203.461	7
San Vic. de Chucurí	7.161.522	8
Chaparral	6.629.085	9
<i>Quimbaya</i>	6.556.699	10
<i>Montenegro</i>	5.972.652	11
<i>Génova</i>	4.341.398	25
<i>Pijao</i>	3.825.796	32
<i>Circasia</i>	3.683.597	36
<i>Filandia</i>	3.025.808	50
<i>La Tebaida</i>	2.572.740	60
<i>Córdoba</i>	2.430.662	nd
<i>Buenavista</i>	2.233.784	nd
<i>Salento</i>	941.344	nd
<b>QUINDÍO</b>	52.892.821	nd
% Participación Quindío en el país		9,3

nd: no disponible

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros

Del Censo 1980/81, en el Quindío el área sembrada en café había disminuido en 609 hectáreas, que representaba cerca del 1% del área censada en 1970. Sólo en los municipios de Buenavista, La Tebaida, Montenegro, Pijao y Quimbaya se dieron incrementos en la superficie cultivada, mientras que en Calarcá y Circasia reportaron las mayores disminuciones, por encima de mil hectáreas. La nueva área cultivada en café en el Quindío ascendió a 61.950 hectáreas, de las cuales se encontraban en café tradicional 53.4% y en café tecnificado (al sol y a la sombra) 46.6%, con una participación nacional de 4.9 y 8.4% respectivamente y de 6.1%

en el gran total; en términos de la producción participaba con el 8.9% del total del país. En productividad se mantenía liderando las estadísticas, con 12.9 cargas por hectárea, seguido de Caldas con 11.2 cargas, mientras que en el país era de 8.9 cargas. El reemplazo de la caficultura tradicional era muy intenso en Quimbaya (72% de la superficie sembrada en *caturra*), seguido por La Tebaida (68.8%), Armenia (59.2) y Montenegro (53%), en tanto que los municipios cordilleranos tenían un menor ritmo de adopción del cambio tecnológico al mantener un mayor porcentaje en caficultura tradicional.

La encuesta nacional cafetera realizada entre 1993 y 1997<sup>47</sup> arrojó para el departamento del Quindío una caída en el área sembrada en café en cerca de 10.466 hectáreas, 16.9% de disminución respecto al Censo 1980/81, para un total censado de 51.484 hectáreas que representaban el 65.7% del uso de la tierra en las UPAS cafeteras. El segundo uso estaba plasmado en pastos (12.589 hectáreas), indicativo del proceso de *potrerización* asociado con el desmonte de las plantaciones de café; luego seguía una superficie apreciable en montes (5.466 hectáreas) y aparecía después el cultivo del plátano, con 2.774 hectáreas, que se convertía en una alternativa económica para los caficultores.

De la tierra sembrada en café, 19.3% estaba en variedad *típica* o *arábica*, 35.2% en *colombia* y 45.5% en *caturra*, magnitudes que señalaban la importancia que alcanzó la tecnificación del cultivo en materia de una opción rentable y de control a la expansión de

---

<sup>47</sup> La Encuesta fue ordenada por el LI Congreso Nacional de Cafeteros (1992) y ejecutada a partir de abril de 1993. Su importancia ameritó que tuviese cubierta el 100% del área sembrada en el país, por lo que se le adicionó la Fase V, según decisión del Comité Nacional de Cafeteros, en octubre de 1996. En consecuencia, el área sembrada es la sumatoria de dichas fases y se interpreta como el área censada a lo largo del período 1993/97, discriminada así: Fases I a III: años 1993 a 1995; Fase IV: año 1996 y Fase V: año 1997. La Encuesta utilizó el concepto de UPA cafetera (unidad de producción agropecuaria que tiene más de 400 matas de café o más de un cuarto de hectárea sembrada en café) como base de medición del área cultivada en café.

la *roya*<sup>48</sup>. Sin embargo, la presencia posterior de la *broca*<sup>49</sup> afectó su rentabilidad, sobre todo en presencia de una crisis continuada derivada del rompimiento del Pacto de Cuotas que se reflejó en menores precios internos de compra y que coadyuvó a una menor intensidad de las prácticas culturales de fertilización y control, con las disminuciones sucesivas en la producción. Por municipios, la Encuesta determinó que los de mayor área cafetera fueron Calarcá y Quimbaya; los de mayor grado de tecnificación: Quimbaya, La Tebaida, Armenia y Montenegro; los que tenían una mayor proporción de área sembrada tecnificada en variedad *colombiana*: La Tebaida, Montenegro, Quimbaya y Circasia; y los de mayor área tradicional eran Córdoba, Génova y Pijao.

## B. El Declive

### Inicio de la crisis

Desde la ruptura del pacto de cuotas de exportación del Convenio Internacional del Café en julio de 1989 comenzó a generarse el camino de la reconversión de la actividad cafetera regional<sup>50</sup>,

---

<sup>48</sup> La *roya* apareció por primera vez en el municipio de Chinchiná (Caldas) en 1983 y pronto arribó al Quindío, al detectarse en Quimbaya en febrero de 1984. En este año la enfermedad estaba presente en todo el Departamento al confirmarse una cobertura de infestación de 859 fincas, hecho que obligó al Comité Departamental de Cafeteros a realizar tratamientos de protección en 7.220 hectáreas.

<sup>49</sup> La presencia de la *broca* fue detectada en septiembre de 1988 en algunos cafetos dispersos en el departamento de Nariño, sobre el río Mataje, en la zona fronteriza con el Ecuador. A marzo 31 de 1994, la Federación informaba que en el Quindío la *broca* estaba presente en los doce municipios del Departamento, con un nivel de infestación en 56.811 hectáreas correspondientes a 7.338 predios. Para su control, la Federación impulsó el *manejo integrado de la broca*, consistente en la combinación de métodos de control biológico del insecto (hongos, avispa), químicos (insecticidas) y culturales (campaña *re re*: recolección y repaso de frutos maduros en el árbol y caídos, manejo de aguas y empaques, etc.).

<sup>50</sup> La reconversión de la actividad cafetera involucra tanto la sustitución del cultivo del café por otras actividades agropecuarias como también la reestructuración de la propia caficultura hacia estándares altos de

tanto en su cambio institucional y empresarial como en la búsqueda de nuevas actividades económicas complementarias o sustitutivas, tales como la ganadería, la agricultura y el turismo rural.

Se presume que la baja rentabilidad de la caficultura en razón del deterioro de los precios motivó a una parte de los productores a proseguir en el mercado mediante ajustes a sus prácticas administrativas y agronómicas del cultivo y a otros a optar bien por dejar improductivas sus plantaciones ante la no renovación de sus cafetales tecnificados o a erradicar el café para darle un uso alternativo a la tierra o a vender su propiedad o a buscar fuentes adicionales de ingresos, tales como el agroturismo y la intercalación del cultivo del plátano, producto que se usa también como sombrío.

### **Indicadores cafeteros y económicos**

La evolución del precio interno de compra del café pergamino, en términos reales, indicaba que en 1997 recuperaba los niveles prevalecientes antes de la ruptura del pacto de cuotas en 1989, pero que a partir de entonces se agudizaba su caída hasta ubicarse en 2002 en el nivel más bajo desde el comienzo del mercado libre internacional, con la consecuente pérdida en la rentabilidad del cultivo. A partir de 2003 se ha observado una recuperación en los precios, pero sus niveles reales aún están distantes de aquellos observados hacia finales de los 80. La magnitud de la caída se ha elevado a 45.4% en el lapso 2002/1997, en tanto que el precio de reintegro del café colombiano pasaba de un promedio anual de US \$ 2.01 en 1997 a US \$ 0.64 en 2002, la cotización más baja desde 1989. Recientemente se ha dado una recuperación en las cotizaciones externas, sobrepasando los niveles del dólar por libra a partir del año 2005, comparándose con las cotizaciones

---

productividad interna y de competitividad externa, al igual que a darle una mayor atención a todos los niveles de su cadena productiva (comprende los conceptos de planeación de la actividad cafetera, los esquemas de integración horizontal y vertical y las opciones de asociatividad de los productores).

que imperaron en la segunda mitad de los años noventa. La producción nacional ha tendido a ubicarse en volúmenes de 11 millones de sacos, monto que dista de las cifras máximas alcanzadas en la historia cafetera del país, 16.1 millones de sacos en 1991 y 1992. Cerca del 92.5% de la producción promedia del país se ha destinado a la exportación, en tanto que una cantidad aproximada de un millón de sacos se destina al consumo interno. Sin embargo, es preocupante la disminución observada para el año 2009 en producción y exportación, al ubicarse ambos indicadores por debajo de los 8 millones de sacos, niveles que no se observaban desde mediados de los años setenta. En esta disminución ha incidido el fenómeno climático, como también el bajo ritmo de renovación de los cafetales.

**Algunos indicadores del café colombiano en los mercados interno y externo**

Años	Precio Interno de Compra		Precio Reintegro Cvos US\$/libra	Producción	Exportación
	Nominal	Real <sup>2</sup>		Miles de sacos de 60 kilos de café verde	
	Pesos / Carga 125 kilos				
1988	49.392	632.691	142,9	11.811	9.788
1989	62.373	633.501	116,2	11.066	10.826
1990	76.973	590.626	95,1	14.083	13.944
1991	93.599	566.297	90,8	16.179	12.595
1992	90.978	439.869	69,0	16.094	16.569
1993	94.612	373.088	76,9	13.637	13.574
1994	157.844	507.713	157,3	12.031	11.775
1995	200.258	539.178	162,4	13.697	9.815
1996	200.897	444.672	131,5	11.190	10.621
1997	331.013	622.547	201,1	10.704	10.932
1998	318.812	513.797	146,2	12.783	11.260
1999	332.883	491.142	119,1	9.112	9.995
2000	343.664	466.242	102,3	10.619	9.206
2001	292.957	369.123	71,0	10.936	9.977
2002	288.481	339.626	64,4	11.614	10.273
2003	307.148	340.015	65,5	11.568	10.290
2004	351.353	368.506	81,1	11.240	10.263
2005	456.750	456.750	115,9	11.119	10.871
2006	465.804	445.831	116,8	12.078	10.947
2006	457.642	414.437	125,6	12.618	11.301
2008	492.657	414.365	144,6	11.478	11.085
2009 <sup>1</sup>	657.994	542.575	176,7	7.800	7.900

<sup>1</sup> Cifras provisionales para el año 2009

<sup>2</sup> Deflactado por el IPC Total país, base 2005 = 100

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros de Colombia

La depresión del precio externo del café colombiano profundizó el agotamiento financiero del Fondo Nacional del Café, el que no obstante pudo garantizar al productor el precio interno nominal de compra para la adquisición de la cosecha y cuyo monto se

complementó con el subsidio AGC (Apoyo Gubernamental a la Caficultura)<sup>51</sup>.

Dado que en el período 1994 - 1999 se cotizaron precios externos altos, con los consecuentes precios internos de compra, fue de esperar que el café mantuviese participaciones significativas en el sector agropecuario y en el PIB del Quindío. Sin embargo, la posterior depresión del mercado cafetero mundial se reflejó también en los agregados económicos, al punto tal que en el año 2000 dichas participaciones cayeron abruptamente: en 45.2% su contribución al sector agropecuario y en 62.6% la del PIB departamental con respecto al año anterior. En términos del país, el Quindío ha perdido participación relativa en su proporción en el PIB nacional, ubicándose por debajo del 1% en los últimos años. Es necesario destacar que los niveles del PIB cafetero reflejan tanto las variaciones de los precios como las variaciones en las cantidades producidas, muy en función éstas del área sembrada y de la productividad.

### **El área sembrada en café**

La magnitud de la pérdida de participación del café en la economía regional del Quindío puede, también, comprenderse a partir de la información oficial sobre área sembrada para todo el Eje Cafetero y para el consolidado nacional según el Censo Cafetero de 1980/81, la Encuesta Nacional Cafetera de 1993/97 y las cifras para el año 2003 estimadas por las autoridades cafeteras regionales y nacionales. En efecto, en el Cuadro se detalla la modificación del área sembrada por departamentos ocurrida entre 1980 y 1997, cuya reducción neta en el Eje Cafetero fue 22.349 hectáreas equivalente al 15.9% de la variación en el área nacional y discriminada, por un lado, en una disminución de 100.035 hectáreas en café tradicional y, por el otro lado, en un aumento de

---

<sup>51</sup> El subsidio varió así: \$15.000 por carga de 125 kilos (28 septiembre a 15 noviembre 2001; desde noviembre 14 de 2003), \$30.000 (16 noviembre 2001 a 2 septiembre 2002), \$25.000 (3 - 26 septiembre 2002), \$20.000 (27 septiembre a 27 octubre 2002) y \$10.000 (16 octubre - 13 noviembre 2003). En diciembre 31 de 2003 se fijó en \$10.000, el 21 de enero de 2004 en \$5.000 y cero el 29 enero de 2004.

77.686 hectáreas en café tecnificado. Este comparativo habla por sí mismo del avance alcanzado en la tecnificación del cultivo, ya que de las 204.958 hectáreas registradas por la Encuesta en el Eje Cafetero el 81.6% estaba sembrado con las variedades colombiana (41.6% del total tecnificado) y caturra (58.4%).

<b>(Hectáreas)</b>							
<b>Departamentos / Periodos</b>	<b>2003 c</b>	<b>1993/97 b</b>	<b>1980/81 a</b>	<b>Variación Área</b>			
				<b>1997/81</b>	<b>%</b>	<b>Tradicional</b>	<b>Tecnificado</b>
<b>Caldas</b>	93.271	91.422	99.669	-8.248	-8,3	-45.106	36.858
<b>Quindío</b>	48.443	51.484	61.950	-10.466	-16,9	-23.122	12.656
<b>Risaralda</b>	59.822	62.052	65.687	-3.635	-5,5	-31.807	28.172
<b>Eje Cafetero</b>	201.536	204.958	227.307	-22.349	-9,8	-100.035	77.686
<b>País</b>	719.158	869.158	1.009.579	-140.421	-13,9	-405.840	265.419
<b>Participación Nacional (%)</b>				<b>2003/97</b>	<b>%</b>	<b>Tradicional</b>	<b>Tecnificado</b>
<b>Caldas</b>	13,0	10,5	9,9	1.850	2,0	nd	nd
<b>Quindío</b>	6,7	5,9	6,1	-3.041	-5,9	2.346	695
<b>Risaralda</b>	8,3	7,1	6,5	-2.230	-3,6	nd	nd
<b>Eje Cafetero</b>	28,0	23,6	22,5	-3.422	-1,7	nd	nd
<b>País</b>	100,0	100,0	100,0	-150.000	-17,3	nd	nd

nd: cifras no disponibles

a Censo Cafetero 1980 - 81.

b Encuesta Nacional Cafetera 1993 / 97

c Comités Departamentales de Cafeteros de Caldas, Quindío y Risaralda: cifras a junio de 2003. La cifra nacional de 2003 fue difundida por la Federación (Noticias Caracol, septiembre 7/03). Las cifras son deducidas del modelo georreferenciado de área sembrada y de las visitas técnicas que recolectan información de siembras, renovaciones y eliminaciones de área plantada en café.

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros de Colombia

Por departamentos, la mayor reducción de área sembrada se dio en el Quindío, 46.8% del total erradicado en el Eje Cafetero, seguido por Caldas con 36.9% y Risaralda contabilizó la menor cifra, 16.3%. Por municipios, las mayores eliminaciones se dieron en Pereira, Armenia y Montenegro y se generaba, a finales de 1997, un nuevo mapa regional que señalaba cómo las poblaciones con mayor área sembrada, en su orden, a Pereira, Manizales, Calarcá, Quimbaya, Belén de Umbria y Santa Rosa de Cabal, que en conjunto abarcaban el 25.5% del área sembrada, seguidas por Anserma y Risaralda para una participación combinada del 32.1%.

En cuanto a las cifras recientes, hacia el año 2003 los datos sugieren que el área sembrada en el Eje Cafetero no había disminuido significativamente al contrario de la tendencia nacional<sup>52</sup>. Mientras que en el país se redujo el área sembrada

<sup>52</sup> Las conclusiones serían diferentes si se acoge la información de la Encuesta Nacional Agropecuaria del DANE para el año 2002, que estimó que las áreas sembradas en café fueron: Caldas (107.631

de café en 17.2%, para un estimativo total no menor a 150.000 hectáreas, en Risaralda y el Quindío se reportaron disminuciones respectivas de 3.6% y 5.9% y en Caldas se dio el movimiento contrario, un incremento de su área cultivada en café en 2.0%. En el conjunto del Eje Cafetero, la disminución neta de 3.422 hectáreas viene a representar el 2.3% del área reducida a nivel nacional, contrastando con el 15.9% de participación en el área erradicada del país en el lapso 1980 / 1997. La presente disminución de la superficie cultivada de café en Colombia se ha atribuido a la agudización de la crisis de la caficultura, acentuada en los últimos años por la caída persistente del precio interno de compra en términos reales, que sumados a los costos generados por las prácticas de control de la *roya* y la *broca* han hecho perder rentabilidad y competitividad al cultivo.

### Características del área sembrada en el Quindío

**Quindío: Distribución del área de café por edad según la Encuesta Cafetera, 1993 - 1997**

Hectáreas					
Edades	Caturra	Colombia	Tecnificado	Típica	Total
< 1	2.075	1.426	3.501	132	3.633
1-2	2.780	2.133	4.913	132	5.045
2-3	2.457	2.093	4.550	124	4.674
3-4	2.553	2.441	4.993	55	5.049
4-5	2.193	2.945	5.138	100	5.238
5-6	2.001	2.760	4.761	76	4.837
6-7	1.427	1.821	3.248	74	3.322
7-8	1.199	1.088	2.286	63	2.350
8-9	1.266	828	2.093	71	2.164
9-10	510	170	680	23	703
> 10	4.953	431	5.384	9.086	14.470
Total	23.411	18.136	41.547	9.937	51.484

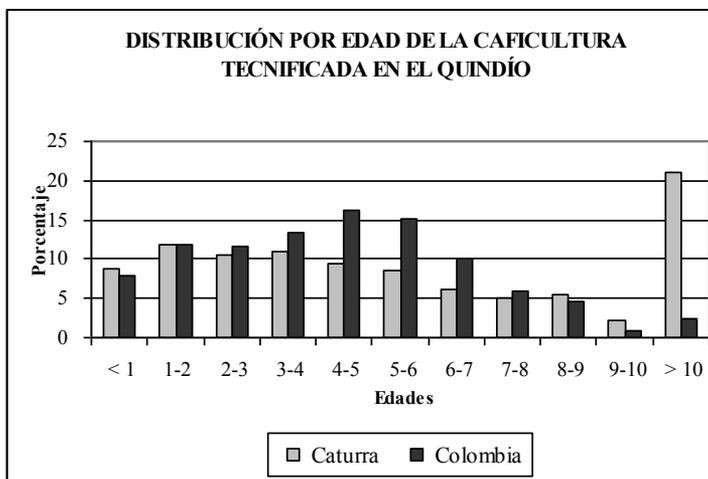
Fuente: Federación Nacional de Cafeteros de Colombia

Conforme a la Encuesta Nacional Cafetera 1993/97, en la estructura de edades del parque cafetero se visualiza la existencia de una distribución normal del área tecnificada, salvo la presencia

---

hectáreas), Quindío (52.462 hectáreas) y Risaralda (79.408 hectáreas), para un total en el Eje Cafetero de 239.501 hectáreas, cifra superior en 12.300 hectáreas a la registrada por la Encuesta Nacional Cafetera 1993/97.

de un porcentaje significativo de área sembrada en *caturra* mayor a diez años, de 11.9%, signo inequívoco de envejecimiento productivo. En contraste, esta situación no es muy relevante con la variedad *colombiana* (del orden del 1% en promedio), por haber sido incorporada gradualmente desde mediados de los años ochenta como una variedad resistente a la *roya*. En cuanto a la variedad tradicional: *típica*, aunque gran parte de su área sembrada es mayor a diez años (91.4%), no se alude a un envejecimiento de su inventario en razón de que sus características agronómicas tipifican un ciclo productivo más extenso que el del tecnificado. Sin embargo, sus bajas participaciones en rangos menores a 10 años señalan el grado de avance que tuvo la caficultura moderna regional.



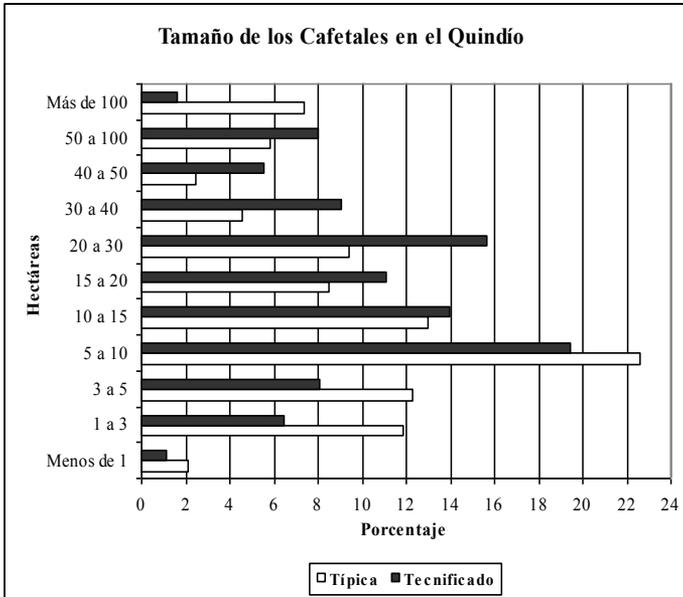
Cerca del 20% del área sembrada de café se concentra en el rango de 5 a 10 hectáreas, tanto tecnificada como tradicional; la caficultura tecnificada prevalece entre todos los tamaños de cafetal, mientras que la caficultura tradicional tiene su mayor presencia relativa entre 1 y 15 hectáreas. Ello denota que la tradicional es más propia de las pequeñas propiedades, en tanto que la tecnificada comporta un esquema productivo a mayor escala. También se observa que el 92% de los cafetos de la variedad *típica* tiene una edad mayor a nueve años de sembrados

y que el 15.5% de los cafetos de las variedades tecnificadas sembradas tienen este envejecimiento.

**Quindío: Distribución del área de café según variedad y edad por tamaño del cafetal**

Hectáreas	Tamaño Cafetal	Típica	Tecnificado	Total	% cafetos edad mayor a 9 años	
					Típica	Tecnificado
					Menos de 1	209
1 a 3	1.176	2.678	3.854	93,3	19,6	
3 a 5	1.219	3.363	4.583	90,7	16,4	
5 a 10	2.246	8.088	10.334	90,2	15,2	
10 a 15	1.291	5.795	7.086	92,2	15,2	
15 a 20	844	4.612	5.456	90,4	12,4	
20 a 30	936	6.490	7.426	89,8	13,1	
30 a 40	455	3.770	4.224	91,3	11,0	
40 a 50	246	2.306	2.552	91,7	19,7	
50 a 100	581	3.317	3.898	92,9	11,5	
Más de 100	734	661	1.395	97,0	17,2	
Total	9.937	41.547	51.484	91,7	14,6	

Fuente: Encuesta Cafetera 1993 - 1997, Federación Nacional de Cafeteros



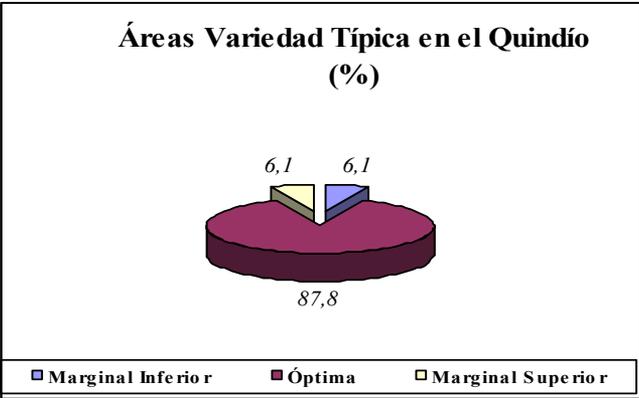
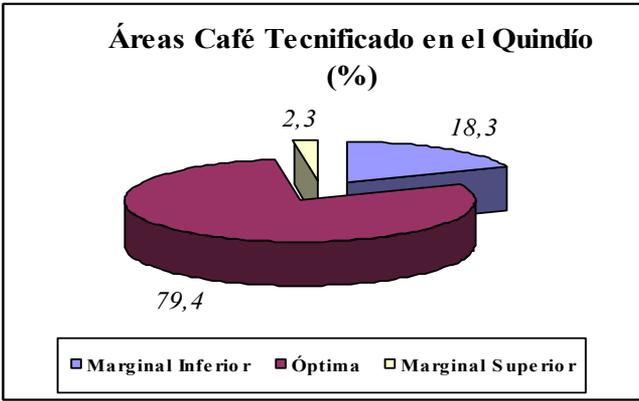
La menor rentabilidad resultante ha hecho que el caficultor se vea forzado a mejorar sus prácticas culturales y administrativas, gestión que arroja resultados positivos en el área óptima del cultivo (1.201 a 1.800 msnm, caracterizada por una buena oferta ambiental de la tierra) mientras que esa misma gestión presumiblemente no haya sido suficiente para compensar los mayores costos obtenidos en las áreas marginales del cultivo (menor a 1.201 y mayor a 1.800 msnm). El área marginal en el Quindío representaba el 19% del área total sembrada, que discriminada señalaba un 12.2% para la tradicional y 20.6% para la caficultura tecnificada, con presencia equiparable en área sembrada de las variedades *caturra* y *colombia*. Además, el 83.9% del área marginal se localizaba en cotas menores a 1201 msnm, rango que favorece una mayor expansión de la roya y la broca en ausencia de medidas de control y que predispone su erradicación.

**Quindío: Distribución del área de café por altura sobre el nivel del mar según la Encuesta Cafetera, 1993 - 1997**

<b>Hectáreas</b>						
<b>Metros snm</b>	<b>Caturra</b>	<b>Colombia</b>	<b>Tecnificado</b>	<b>Típica</b>	<b>Total</b>	
<i>Área Marginal Inferior *</i>						
1001 a 1200	3.670	3.921	7.591	611	8.202	
Subtotal Área	3.670	3.921	7.591	611	8.202	
<i>Área Óptima *</i>						
1201 a 1400	8.673	7.971	16.643	2.388	19.031	
1401 a 1600	6.245	3.780	10.025	3.232	13.257	
1601 a 1800	4.183	2.138	6.320	3.103	9.423	
Subtotal Área	19.101	13.888	32.989	8.723	41.712	
<i>Área Marginal Superior*</i>						
1801 a 2000	633	324	956	593	1.549	
2001 a 2200	8	3	11	11	22	
Subtotal Área	640	327	967	603	1.571	
Total Área Sembrada	23.411	18.136	41.547	9.937	51.484	
Total Área Marginal	4.311	4.248	8.558	1.214	9.773	
% Marginal / Total	18,4	23,4	20,6	12,2	19,0	

\* El área óptima para el cultivo del café está definida por las cotas entre 1201 y 1800 msnm, en tanto que el área marginal está delimitada por las cotas menores a 1201 y mayores a 1800 msnm

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros de Colombia



**Quindío: Área renovada de café**

Años	Hectáreas	Años	Hectáreas
1996	2.700	2003	2.616
1997	1.200	2004	2.173
1998	3.900	2005	2.772
1999	4.606	2006	1.987
2000	3.318	2007	3.452
2001	1.100	2008	3.280
2002	3.362		

Fuente: Comité Departamental de Cafeteros del Quindío.

En el Quindío el ritmo anual del programa de renovación dista del esperado para mantener el parque cafetero a una tasa de reemplazo de 4 a 5 años y más bien se está dando un paulatino envejecimiento de la caficultura regional. Entre 1998 y 2002, y conforme al programa de renovación, el área renovada en el Quindío ascendió a 16.286 hectáreas, mientras que para el período 2003 a 2008 se renovaron otras 16.279 hectáreas, para un gran total de 32.564 hectáreas, que frente al área tecnificada dada por la Encuesta Nacional Cafetera de 41.547 hectáreas señalan que en el departamento se encuentra un área envejecida de 8.982 hectáreas, susceptible de ser erradicada, que corresponde al 21.6% de esa área tecnificada o al 17.4% del área sembrada reportada en la Encuesta. En términos del área óptima para el cultivo del café, la renovación acumulada en el Quindío representa el 98.7% de esa área, por lo que podría inferirse que el área envejecida está localizada en las zonas no apropiadas para el cultivo.

**Quindío: Áreas renovada y no renovada o pendiente de renovación durante el período 1998 - 2002**

Área Total: 51,484 has	Área por Renovar: 20% anual *: 32.980 has
Área Tecnificada: 41.547 has	Área Renovada Promedia Anual: 3.257 has
Área Tecnificada Marginal: 8.558 has (20.6%)	Área Renovada Total: 16,286 has
Área Tradicional: 9.937 has	Área no Renovada: 16,694 has (40.2% área tecnificada)
Área Tradicional Marginal: 1,214 has (12.2%)	% Área no Renovada / Área Total: 32.4%

\* En 1998 se renovaría el 20% del parque cafetero que a 1997 tenía edades en el rango 4 a 5 años y más  
 En 1999 se renovaría el 20% del parque cafetero que a 1997 tenía edades en el rango 3 a 4 años y más  
 En 2000 se renovaría el 20% del parque cafetero que a 1997 tenía edades en el rango 2 a 3 años y más  
 En 2001 se renovaría el 20% del parque cafetero que a 1997 tenía edades en el rango 1 a 2 años y más  
 En 2002 se renovaría el 20% de todo el parque cafetero existente en 1997  
 Fuente: Fedecafé (Encuesta Nacional Cafetera 1993/97) y estimativos del autor

En la Tabla están condensados los resultados de este programa de renovación, los que permiten establecer que el ritmo anual de renovación durante el quinquenio 1998 / 2002 no ha sido intenso en el Quindío, por lo que el área no renovada constituyó el 40.2% del área tecnificada, proporción bastante superior a la del área marginal tecnificada (20.6%). En términos del área total sembrada (incluida la tradicional), cerca de un tercio (32.4%) de la caficultura del Quindío presenta altos niveles de envejecimiento, con el consecuente riesgo de ser abandonadas o erradicadas.

De ahí que sea posible pensar que desde el año 1998 (cuando comenzó a caer el precio interno real de compra) se haya intensificado la erradicación o abandono del cultivo del café sobre todo en las áreas marginales, algo que visualmente se detecta en la zona cafetera y que es corroborado por los mismos caficultores y, tímidamente, por el gremio.

### **Racionalidad en la erradicación del café**

La no ejecución de la renovación lleva a que se dé cierta racionalidad en la erradicación, que de haberse efectuado, se explicaría por cinco razones, a saber:

La primera, que se haya concentrado en un principio en las tierras bajas (menores a la cota de 1.201 msnm) por la presencia de la *broca*, ya que su infestación es difícil de controlar por condiciones de clima y por restricciones en el uso de agroquímicos como el Endosulfan; además, estas tierras brindan una mayor opción natural de diversificación o sustitución agrícola y pecuaria.

La segunda está enfocada en la caficultura tradicional ubicada en zona marginal, ya que su menor producción por hectárea enfrenta un mayor costo relativo de manejo, salvo aquella que se haya concentrado en la producción de cafés especiales, con opciones de un mayor precio de compra dada la diversidad de sus ecosistemas.

La tercera se deriva de la prolongada depresión del precio interno, ya que no obstante el esfuerzo de gestión que se ha dado en la caficultura localizada en las tierras altas (cotas superiores a 1.800 msnm) su rentabilidad no ha permitido mantener el cultivo.

Cuarta, ante la necesidad de encontrar fuentes alternas de liquidez financiera el caficultor ha tenido que ceder área para asociar otros cultivos con el café, tales como plátano y maíz. Una segunda modalidad es el aprovechamiento de las zocas con siembras transitorias de yuca; y durante las resiembras por renovación con cultivos transitorios como fríjol.

La última razón tiene que ver con el censo de caficultores, cuyo registro dado por la Encuesta difiere de las cifras de cedulados vigentes y de los votantes en las elecciones cafeteras de 2002. Ello puede significar o una apatía electoral (comparativo entre elecciones) o un retiro de la actividad cafetera de algunos de los productores.

### **Quindío: Caficultores registrados y cedulados**

Conceptos	Número
Productores *	6.416
Cédulas hábiles **	5.129
Votantes 2002 **	3.203
% elecciones 2002	62,0
% elecciones 1998	61,0

\* Encuesta Nacional Cafetera 1993/97

\*\* Informe del Gerente General 2002

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros

Un panorama de bajos niveles de precio interno estimula el descuido de las prácticas culturales relacionadas con el mantenimiento del cafetal (deshierbes, fertilizaciones, aplicaciones de pesticidas, recolección) que inciden en la producción y que hace que año tras año la plantación se acabe, aunque esté localizada en áreas óptimas. En sí, el ambiente en torno al café es sombrío y sus perspectivas no son favorables en términos de rentabilidad, lo que propicia una propensión a desinvertir. Ello se percibe, entre otras observaciones, con el reconocimiento visual de la desaparición gradual del cultivo en zonas predominantemente cafeteras, la disminución de los establecimientos dedicados a las compras particulares de café, la capacidad subutilizada de las bodegas de almacenamiento de los Comités y de Almacafé, el retorno de las ferias ganaderas, el mayor desempleo en la agricultura y la menor actividad comercial.

En consecuencia, el ambiente es de crisis y el productor está enfrentado a discernir si permanece o no en el mercado cafetero.

Las opciones de permanencia están encaminadas al manejo de una plantación bajo parámetros de eficiencia productiva y económica con miras a una rentabilidad, pero su mayor restricción es la disponibilidad de recursos financieros cuyas opciones de generación están en función de las propias perspectivas del mercado y del apoyo gremial y gubernamental. Se supone, entonces, que frente a un panorama de baja rentabilidad las tierras marginales tendrían mayor propensión a salir del mercado cafetero (del total de hectáreas no renovadas en el Quindío, un 51.3% podrían estar localizadas en el área marginal), hipótesis que es reconocida por el mismo gremio al establecer que el ajuste y reconversión de la caficultura implicaría una reducción de la frontera cafetera<sup>53</sup>, al igual que la restricción de que sólo se debe sembrar más café si está garantizada su venta<sup>54</sup>.

### **Magnitud estimada de la erradicación**

El cuadro general es que es posible que en el Quindío se haya dado una erradicación de parte de su inventario productivo cafetero desde 1998, cuando se inició la mencionada crisis. La incógnita por dilucidar es el estimativo de hectáreas que se habrían dejado de sembrar en café y su localización en la zona óptima o marginal; correlacionadamente, los valores de cosecha dejados de percibir y su incidencia en la economía regional. Una segunda incógnita está vinculada a los usos alternos dados al área erradicada.

Para evaluar la primera incógnita, y ante la carencia de nuevos censos o muestreos de área sembrada y de datos confiables reportados por los comités departamentales, como también la dificultad que entraña la escogencia de un modelo de estimación de la eliminación de siembras, en este trabajo se ha optado por acudir al concepto de área marginal, que además de la

---

<sup>53</sup> Informe del Gerente General, LXII Congreso Nacional de Cafeteros, diciembre de 2002, página 70.

<sup>54</sup> Palabras de Néstor Osorio, Director Ejecutivo OIC, El Tiempo, 14 de septiembre de 2003, página 1-23.

disponibilidad de cifras sobre su tamaño, también brinda cierta objetividad derivada de los mayores costos inherentes al manejo del cultivo y de su menor productividad en términos de los incurridos en las zonas óptimas.

**Quindío: Ejercicio hipotético de reducción del área marginal sembrada en café en el lapso 1998 - 2003**

<b>Hectáreas</b>			
<b>Años</b>	<b>Área Erradicada</b>	<b>Años</b>	<b>Área Erradicada</b>
1998	625	2001	1.709
1999	597	2002	2.564
2000	1.286	2003	2.992

Tradicional en alturas menores a 1200 msnm y mayores a 2000 msnm

Tradicional en el rango 1801 - 2000 msnm

Tecnificado en alturas menores a 1000 y mayores a 2000 msnm, a razón de un tercio anual en 1998 a 2000

Tecnificado en alturas entre 1001 - 1200 y 1801 - 2000 msnm, a razón de: 2000 (15%), 2001 (20%), 2002 (30%) y 2003 (35%)

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros y estimativos del autor

Conforme al planteamiento anterior, en el Cuadro se consignan los resultados de un ejercicio hipotético de erradicación gradual de café en toda la zona marginal durante el lapso 1998 - 2003, cuya área total eliminada ascendería a 9.773 hectáreas, con una participación del 19% en el área total sembrada en el Quindío. Es tal la magnitud de la crisis cafetera que no es aventurado pensar, entonces, que hacia el año 2004 en el departamento se contase con un área sembrada de 41.711 hectáreas, todas localizadas en la zona óptima para el cultivo: 1200 a 1800 msnm. La importancia de estos cálculos radica en la necesidad de precisar cuál sería el área deseable para una caficultura empresarial en términos de condiciones agronómicas, ambientales y económicas y en la cual las autoridades cafeteras pudiesen concentrar sus esfuerzos de reconversión.

**Incidencia de la erradicación en la producción departamental**

Cuantificada el área cafetera sustituida, una primera medición de su impacto en el valor de la producción de café va a estar

señalada por la participación relativa del Quindío en la producción nacional, cuyos niveles históricos han sido: 9.274% (Censo 1970), 8.939% (Censo 1980) y 7.844% (Encuesta 1993/97). Aunque esta medición no desconoce la rigidez que introduce una participación relativa fija en los niveles nacionales de producción de café, por desconocer los ritmos de nuevas siembras, renovación y eliminación, de todas maneras contempla implícitamente la dinámica del comportamiento nominal y real del precio interno de compra y cuya determinación está en función del precio externo del café colombiano. El persistente envilecimiento de los precios desde 1998 se ha reflejado en los valores de la cosecha departamental, que conforme a las cifras consignadas indican que el valor real de la producción en el año 2002 se redujo en 45.4% con respecto a 1997.

**Quindío: Producción estimada de café a partir de la producción registrada nacional**

Años	Producción <sup>1</sup>	Valor Producción (millones de pesos)	
	Miles de sacos de 60 kilos	Precios corrientes <sup>2</sup>	Precios constantes <sup>3</sup>
1997	957	190.034	115.726
1998	1.143	218.579	114.786
1999	715	142.756	68.609
2000	833	171.754	76.276
2001	858	150.740	64.452
2002	913	157.998	63.142

<sup>1</sup> Según participación departamental en la producción nacional de café

<sup>2</sup> Valor producción = Precio nominal interno de compra de café pergamino \* 0.6 (factor de conversión de pergamino a café verde) \* Producción.

<sup>3</sup> Deflactado por el índice de precios implícitos del PIB departamental, base 1994 = 100

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros de Colombia y estimativos autor

La segunda opción de medición del impacto en la reducción de la cosecha está en función de la nueva área sembrada derivada del ejercicio hipotético presentado atrás. Para ello se toma el área sembrada registrada por la Encuesta Cafetera 1993/97 y conforme a la participación departamental en la producción nacional determinada por esta Encuesta se obtienen los niveles

de rendimiento por hectárea: 16,31 sacos de 60 kilos de café verde, asumiendo constante este rendimiento para las cosechas futuras.

En el período 1997 / 2002 se habría esperado una reducción acumulada de la cosecha del orden de 110.588 sacos de 60 kilos de café verde producidos en el Quindío con respecto al nivel alcanzado en 1997, año considerado de buenos precios internos para la caficultura nacional. Esa caída hubiese representado el 13.2% del monto de la cosecha de 1997 y podría haber ascendido al 19% en el 2003 si se hubiese adelantado totalmente la erradicación supuesta.

#### **Quindío: Cosecha esperada de café en hipotética área sembrada**

<b>Sacos de 60 kilos</b>		
<b>Años</b>	<b>Cosecha</b>	<b>Reducción Anual</b>
1997	839.622	
1998	829.429	10.193
1999	819.693	9.736
2000	798.720	20.973
2001	770.849	27.871
2002	729.034	41.815
2003	680.256	48.778
<b>Período</b>	<b>Disminución Cosecha</b>	<b>Reducción: %</b>
2002 - 1997:	110.588	13,2
2003 - 1997:	159.366	19,0

Fuente: Estimativos del autor

En cuanto al valor de la cosecha que se habría dejado de percibir en el Quindío, el cálculo real estimado señalaría que habría sido del orden de \$ 9.554 millones acumulados en el período 2002 / 1998 (a pesos constantes de 1994), equivalente al 8.3% del valor de la producción registrada en 1997.

**Quindío: Valor estimado de la producción de café no cosechada en la hipotética área no productiva en el lapso 1998 / 2002**

<b>Millones de pesos</b>					
<b>Conceptos / Años</b>	<b>1998</b>	<b>1999</b>	<b>2000</b>	<b>2001</b>	<b>2002</b>
A precios corrientes <sup>1</sup>	1.950	1.945	4.325	4.898	7.233
A precios constantes de 1994 <sup>2</sup>	1.187	1.021	2.078	2.175	3.093
Valor real producción no cosechada acumulada 2002 / 1998: 9.554					
% Participación en valor cosecha 1997		8,3			

<sup>1</sup> Valor producción no cosechada = Producción \* Precio nominal interno de compra de café pergamino \* 0.6 (factor de conversión de pergamino a café verde)

<sup>2</sup> Se deflactó por el índice de precios implícitos del PIB departamental, base 1994 = 100

Fuente: Estimativos del autor

El efecto cantidad de la reducción de la cosecha señala que en el año 2002, como resultado de la disminución del área sembrada desde 1998, representaría en el Quindío una cifra cercana a 1.03% de la producción nacional de 1997; si a ese acumulado se adiciona lo que podría dejarse de producir en el 2003, esa cifra sería entonces cercana al 1.49%. O sea, que ese reacomodo del área sembrada estaría significando reducciones en los tamaños de la cosecha departamental del orden de un noveno a un sexto de la producción de 1997, haciendo abstracción de esfuerzos en el campo de la productividad, máxime si la superficie plantada resultante está referida a áreas óptimas para el cultivo y en las que probablemente podrían alcanzarse los mismos volúmenes de cosecha previos a la erradicación.

**Incidencia en el PIB departamental, en el empleo y en los ingresos**

En términos del PIB de 1997, año que registró el máximo valor real de la cosecha para el período referenciado, la disminución en el valor de la producción estimada para el 2002 equivalía a 6.4 puntos del PIB del Quindío, magnitud que da cuenta de la incidencia del efecto precio en la continuada pérdida de importancia de la actividad cafetera. Si adicionalmente se tiene en cuenta el efecto de la reducción de la cosecha por menor área sembrada, el valor no cosechado en el lapso 2002 / 1998 hubiese

representado un acumulado de 1.2 puntos del PIB en el Quindío. En resumen, el efecto combinado de un menor precio interno de compra con una disminución del área sembrada estaría conduciendo a una pérdida cercana a 7.6 puntos del PIB hacia el año 2002, cifra que está en línea con las tendencias señaladas por las cuentas económicas.

En cuanto al empleo, por cada cinco hectáreas erradicadas de café se suprimen 10 trabajadores, quienes podrían ocuparse en cultivos que utilicen esta misma área a razón de 3 personas en plátano o 2 en yuca o una en ganadería de leche<sup>55</sup>, cifras que hablan del uso intensivo de la mano de obra en café y de la gravedad de su erradicación al contribuir al desempleo ante la carencia de otras actividades agropecuarias similarmente intensivas en trabajo. De darse la erradicación total de las 9.773 hectáreas de tierra marginal para el café en el Quindío, el desempleo generado acumulado al año 2002 podría ascender a 12.997 personas, de las que a lo sumo un tercio podría emplearse en actividades agropecuarias alternativas (según el uso intensivo de la mano de obra en plátano, yuca y ganadería de leche), en tanto que al menos los dos tercios restantes engrosarían el desempleo y subempleo existentes en la región. Respecto a los ingresos, los jornales no percibidos en la mera actividad cafetera en el año 2002 representarían una participación de 0.7 puntos del PIB departamental en 1997 y que en el período 1998/2002 habría podido alcanzar una magnitud acumulada de 1.7 puntos del PIB.

### **Estimativos recientes de área sembrada en el Quindío**

Conforme al área renovada en el lapso 1998 - 2008 se tendría en el año 2008 un área envejecida en cafetales tecnificados de 8.982 hectáreas, que bajo el supuesto de haber sido erradicadas, podría

---

<sup>55</sup> Cifras deducidas de los datos sobre número de jornales por hectárea año: yuca (106 jornales), plátano (149.8 jornales), ganadería de leche (52 jornales un octavo) y café (498.42 jornales), contenidos en: Fernández Gallego, Álvaro Alfonso. “El Quindío, el conflicto y las violencias, sus manifestaciones pre y posterremoto”, en *La Reconstrucción del Quindío: Lecturas desde la Academia*. Armenia: Universidad del Quindío. 2002; páginas 206 y 207.

conducir a un área sembrada de 42.502 hectáreas en el año 2009. De éstas, el 76.6% correspondería a cafetales tecnificados y 34.4% a cafetales tradicionales.

También puede contemplarse el estimativo del ejercicio de erradicación, 9.773 hectáreas en total, que ha llevado a determinar que la nueva área sembrada en el año 2004 habría disminuido a 41.712 hectáreas, discriminada en caficultura tecnificada 32.989 hectáreas (79.1%) y en tradicional 8.723 hectáreas (20.9%).

### **Área cultivada de café en el Quindío y el país en el período 2002 - 2009**

<b>Hectáreas</b>		
<b>Año</b>	<b>Quindío</b>	<b>País</b>
2002	44,524	865,142
2003	44,714	870,830
2004	44,593	886,646
2005	42,953	883,331
2006	44,000	873,500
2007	43,300	877,547
2008	42,094	878,767
2009	39,779	887,661

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros de Colombia

Por el lado gremial, la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia ha presentado a la opinión pública sus propios estimativos de área cultivada en café para el país y cada uno de los departamentos cafeteros. En términos de Colombia, y con respecto a la cifra de la Encuesta de 1993 - 1997, el área sembrada en café en el año 2009 ha aumentado en 18.503 hectáreas. Por el contrario, en el Quindío ha caído en 11.705 hectáreas, para una nueva área sembrada de 39.779 hectáreas en el 2009. Hacia 2008 el área se había ubicado en 42.094 hectáreas, cifra bastante cercana a los estimativos de renovación y erradicación presentados en este trabajo. Sin embargo, la caída reciente de 2.315 hectáreas ha estado concentrada en la caficultura tecnificada, 2,114 hectáreas en total.

## Quindío: Área cultivada de café según nivel de tecnificación

<b>Hectáreas</b>				
<b>Años</b>	<b>Tradicional <sup>1</sup></b>	<b>Tecnificado Envejecido <sup>2</sup></b>	<b>Tecnificado <sup>3</sup></b>	<b>Total</b>
2007	3,547	9,659	30,143	43,300
2008	3,000	9,400	29,694	42,094
2009	2,749	9,476	27,553	39,779

<sup>1</sup> Tradicional: Típica sin trazo o típica con densidad menor a 2500 árboles.

<sup>2</sup> Tecnificado Envejecido: Cafetales al sol mayores a 9 años o a la sombra total o parcial mayores a 12 años.

<sup>3</sup> Tecnificado: Cafetales al sol menores o iguales a 9 años o a la sombra total o parcial menores o iguales a 12 años.

Fuente: Federación Nacional de Cafeteros de Colombia.

La Federación también ha divulgado información acerca de la composición del área cultivada por tipo de caficultura, destacándose un mayor ritmo de erradicación de cafetales tradicionales en el Quindío y un área significativa en cafetales tecnificados envejecidos, que de desaparecer llevarían al departamento a contar tan sólo con 30.303 hectáreas en estado productivo, lo que en términos de la Encuesta 1993 - 1997 significa una reducción de 21.181 hectáreas a lo largo de 12 años aproximadamente.

A su turno, la Gobernación del Quindío también dio a conocer sus estimativos de área sembrada en café en el 2008, reportando una superficie cultivada de 45.422 hectáreas, de ellas el 86.4% en cafetales tecnificados y 13.6% en tradicional. Este estimativo significa que se ha dado una reducción de 6.062 hectáreas con respecto a la cifra de la Encuesta 1993 - 97. Sin embargo, esta reducción es inferior a las cifras consignadas en este trabajo por renovación y erradicación y a las de la misma Federación.

**Quindío: Área sembrada en café por municipio según tipo de caficultura en el año 2008 y su disminución respecto a la encuesta 1993 - 1997**

Hectáreas						
Municipios	Tradicional	Tecnificado	Total	Disminución área sembrada respecto 1993-97		
				Tradicional	Tecnificado	Total
Armenia	93	3.911	4.004	-280	-876	-1.156
Buenavista	373	1.969	2.342	-361	261	-100
Calarcá	1.129	6.494	7.622	-575	332	-243
Circasia	278	3.570	3.847	-421	-121	-542
Córdoba	796	1.906	2.702	-439	462	23
Filandia	331	3.316	3.647	19	556	575
Génova	1.548	3.975	5.523	-505	902	397
La Tebaida	1	1.008	1.009	-107	-1.153	-1.260
Montenegro	16	2.731	2.747	-426	-2.259	-2.684
Pijao	1.275	3.871	5.146	-534	1.082	548
Quimbaya	47	5.596	5.643	-216	-1.662	-1.878
Salento	275	915	1.190	68	190	259
<b>TOTAL</b>	<b>6.162</b>	<b>39.261</b>	<b>45.422</b>	<b>-3.776</b>	<b>-2.286</b>	<b>-6.062</b>

Fuente: Gobernación del Quindío, Evaluaciones Agropecuarias, Secretaría de Desarrollo Rural

Lo importante de esta información local radica en su discriminación por municipios, destacando que ha sido en la zona plana del departamento en donde se ha dado la mayor desaparición del cultivo: principalmente en Montenegro, Quimbaya, La Tebaida, Armenia y Circasia. También se anota que en estos municipios la caficultura tradicional tiende a desaparecer, pero sigue teniendo una presencia significativa en los municipios cordilleranos de Calarcá, Córdoba, Génova y Pijao, zona en la que se concentra el impulso a los cafés especiales de origen.

### **C. Una nota final sobre la reconversión de la caficultura**

Aún antes de que el Gobierno Nacional y el gremio se aprestasen a iniciar la reconversión de la caficultura, ésta ha venido espontáneamente corriendo por cuenta de los mismos productores en cuanto que algunos han adoptado prácticas de gestión conducentes a disminuir costos y elevar productividad a pesar del entorno de bajos precios y menor rentabilidad, mientras que otros han optado por abandonar el cultivo. En otras palabras, esta reconversión ha apuntado hacia dos direcciones: una, al interior de la misma actividad cafetera; la segunda pretende encauzar el proceso de la sustitución del cultivo mediante programas de diversificación.

Adicional a esta acción espontánea, y aunque tardíamente se dio el reconocimiento gremial de que la crisis cafetera no era transitoria ni coyuntural sino estructural<sup>56</sup>, sumado a los asertos de que los precios vigentes del café eran más la norma que la excepción y que el productor tendría que encontrar la manera de sobrevivir en un ambiente de bajas cotizaciones del grano, de todas maneras han sido razones suficientes para que el mismo gremio y el Gobierno estén impulsando un programa estructurado de ajuste y reconversión empresarial de la caficultura que le permitiese al productor transitar en un horizonte de tres a cuatro años hacia una situación de equilibrio y que en lo regional propiciase alternativas de desarrollo en las zonas cafeteras. Se buscaría así mantener un nivel mínimo de ingreso al cafetero que por lo menos cubra los costos básicos de sostenibilidad de la operación para evitar que desaparezca el inventario productivo y colapse la actividad. Los principales beneficiarios de una estrategia de reconversión serían los productores minifundistas y campesinos, por tener el mayor potencial de competitividad en el largo plazo.

Se esperaría que la nueva caficultura tienda a caracterizarse por una mayor productividad física, menor costo de producción y una estructura de producción acorde con las ventajas comparativas y competitivas del país<sup>57</sup>. Su paquete de acciones estaría más orientado a las exigencias del mercado y menos en función de las consideraciones gremiales.

En paralelo con la reconversión empresarial, el gremio cafetero y el Gobierno Nacional adoptaron, en abril de 2001, el *Plan de Apoyo a la Caficultura* por el cual se aseguraba que el caficultor tuviese, entre otras acciones, una garantía de compra de su cosecha mediante el otorgamiento del subsidio AGC. Este plan fue ampliado en septiembre de 2002 bajo la concepción de que la

---

<sup>56</sup> Informe del Gerente General, LX Congreso Nacional de Cafeteros, diciembre 3 - 5 de 2001, página 23.

<sup>57</sup> Informe del Gerente General, LIX Congreso Nacional de Cafeteros, diciembre 2000, página 11.

actividad cafetera representaba un capital social estratégico para el país<sup>58</sup>, y aunque el apoyo al productor se consideraba temporal y decreciente, era también valorado como un mecanismo para minimizar los efectos del tránsito del sector a la nueva situación del mercado, continuar su reconversión y recuperar la competitividad a los vigentes niveles de precio.

Complementariamente, desde diciembre del 2004 se enfatizó la importancia de la competitividad mediante el apoyo a los procesos de renovación con miras a lograr una caficultura joven, productiva, competitiva, rentable, de calidad y que mantuviese una producción nacional promedia del orden de 12 millones de sacos de 60 kilos. Más adelante, en el 2007, se incorporó el concepto de envejecimiento de la caficultura, priorizando su reconversión con el objetivo de renovar 300.000 hectáreas en el término de cinco años.

Mientras en el país se hacen avances en el mantenimiento de la caficultura, al punto de seguir contando prácticamente con el mismo nivel de área sembrada, en el Quindío, por el contrario, el panorama es aún incierto. La fuerte disminución de su área sembrada ha llevado a la región a la pérdida de protagonismo en la institucionalidad cafetera nacional, a una menor acción parafiscal en el departamento y a seguir experimentando una crisis que para muchos cafeteros no tiene aún visos de revertirse dada la presencia adicional de los fenómenos climáticos y a la no concurrencia de los buenos precios externo e interno con las épocas de la cosecha.

---

<sup>58</sup> Este nuevo enfoque fue impulsado por la Comisión para el Ajuste de la Institucionalidad Cafetera al decir que “el futuro de la caficultura no es simplemente un asunto que concierne a las regiones o a los productores del grano, sino que es un tema de alcance nacional”. La Comisión fue creada por el Comité Nacional de Cafeteros en noviembre de 2001 a instancias del Gobierno Nacional y su informe final se entregó en mayo de 2002.



## Apéndice

### Apuntes para una historiografía quindiana

En forma general, podemos dividir la historia del Quindío en dos campos diferentes<sup>59</sup>. En primer lugar, los sucesos verídicos que ocurrieron en esta comarca desde los tiempos de la Conquista, la Colonia y la República, y los cuales fueron narrados por oidores, gobernantes, cronistas, militares, viajeros extranjeros y frailes que pasaron en diferentes épocas por este territorio que hoy se llama Eje Cafetero; y en segundo lugar, los acontecimientos de su tiempo, el bloque de historiografía local, estrictamente quindiana, la cual se compone de los testimonios, los registros, las memorias, las fotografías y los textos en los libros alusivos a los desarrollos de nuestra vida independiente como Departamento, a partir de 1966.

La primera parte de la historia quindiana está contenida en los libros clásicos de los autores que se ocuparon de la colonización y de Caldas, donde encontramos datos de primera y de segunda mano como fruto de las impresiones en torno a lo vivido, o en razón de investigaciones directas en fuentes distintas, o por visitas a las regiones. Esta parte, por estar incrustada en la gesta de la colonización antioqueña y la construcción de caminos entre el Cauca y Antioquia, es la más abundante y la más explicada por los historiadores.

Para el caso de la historiografía caldense (que inicialmente se la mencionaba como una totalidad, sin tener en cuenta la actual división territorial) hay varios grupos de autores: los llamados autores clásicos, que se mencionan en casi todos los textos de la

---

<sup>59</sup> Trabajo leído por Jaime Lopera Gutiérrez durante el VIII Congreso de Academias Departamentales de Historia y Archivos Históricos Regionales, 15-17 de septiembre, 2005, Tunja. El autor es el actual Presidente de la Academia de Historia del Quindío.

historia del Eje Cafetero<sup>60</sup>, como Juan Friede, Emilio Robledo, Guillermo Duque Botero, Fray Fabo de María, Heliodoro Peña Piñero, Joaquín Ospina, Rafael Arango Villegas, Luis Londoño, Emilio Robledo, Gabriel Mejía Arango, Teresa Arango Bueno, Luis Arango Cardona, Ricardo Sánchez Arenas, Juan B. López, Ernesto Tirado Restrepo, Luis Enrique Valencia, Manuel Uribe Ángel, James B. Parsons, Luis Ospina Vásquez, Carlos Echeverri Uribe, Gabriel Poveda Ramos, Roger Brew, Luis Duque Gómez, Roberto Luis Jaramillo, Antonio García, Luis E. Nieto Arteta, Luis H. Fajardo, Jaime Jaramillo Uribe, Guillermo Ángel Ramírez, Ernesto Gutiérrez Arango y Otto Morales Benítez, principalmente.

Hay otro grupo de historiadores que llamaremos intermedios, como Alfredo Cardona Tobón, Albeiro y Alonso Valencia Llano, Bonel Patiño Noreña, Javier Ocampo López, Eduardo Santa, Hugo Ángel Jaramillo, Gonzalo Vallejo, Álvaro López Toro, Marco Palacios, Miguel Álvarez de los Ríos, Mario Arango Jaramillo, Mariano Arango, Alfonso Valencia Zapata, Jesús Arango Cano, y otros como Keith Christie, quienes se ocuparon del panorama nacional, el caldense y el quindiano en sus diversas manifestaciones económicas, sociales y culturales.

Y enseguida damos cuenta de los nuevos historiadores, unos caldenses, como Vicente Fernán Arango Estrada, Pedro Felipe Hoyos Korbel, Álvaro Gartner y Víctor Zuluaga, que entraron a estos estudios cuando ya la segregación de Caldas estaba materializada; pereiranos como Ricardo de los Ríos; y otros quindianos, strictu sensu, tales como Jaime José Grisales, Gabriel Echeverri, César Hincapié Silva, Jaime Lopera, Fernando Jaramillo Botero, Alberto Gómez Mejía, Carlos Miguel Ortiz, Roberto Restrepo, Olga Cadena Corrales, Gonzalo

---

<sup>60</sup> La expresión Eje Cafetero, creada a raíz de los decretos expedidos por el gobierno de Pastrana para ayudar en la reconstrucción después del terremoto de 1999, se ha venido popularizando para englobar lo que antes se llamaba el Viejo Caldas o el Gran Caldas —denominaciones éstas que han perdido terreno para incluir en la primera las otras comarcas vecinas que han recibido influencias culturales de la colonización.

Alberto Valencia, Fabio Agudelo, Hernán Palacio Jaramillo, Jaime Sepúlveda, Evelio Henao Ospina, Jorge Enrique Arias Ocampo, Hugo Galvis Valenzuela, Miguel Ángel Rojas, Armando Rodríguez Jaramillo, John Jaramillo Ramírez, Alfonso López Reina, Oscar Loaiza, Carlos Alberto Mora, y Hernando A. Gómez, quienes escribieron o están trabajando en torno a la nueva realidad territorial.

En general, la historiografía quindiana es, comparativamente, la menos prolífica. No son abundantes las monografías locales, ni los ensayos de interpretación. En la bibliografía que suministramos al final, puede observarse que nuestras contribuciones son insuficientes si las contrastamos con la colmada muestra de documentos que se pueden tener a la mano en los archivos de regiones tales como el Cauca, Huila, Caldas, Nariño, Cundinamarca, Santander, Antioquia y la Costa<sup>61</sup>.

### **Primera Bibliografía Quindiana**

Un primer esbozo de una bibliografía local del Quindío, con textos dedicados exclusivamente a la historia de esta comarca (y basada en la compilación inicial realizada por Valencia Zapata en 1964), se compone principalmente de las siguientes obras:

- Arango C., Luis. *Recuerdos de la Guaquería en el Quindío*. Diferentes ediciones: Tipografía Viuda de Luis Tasso (1918); Cromos, Bogotá (1924); Ed. Arboleda & Valencia, Bogotá (1920); Editorial Cromos, Bogotá (1924); Editorial Quingráficas, Armenia (1974), (dos volúmenes, 254 pp).
- Arango Cano, Jesús (1905). *Geografía Física y Económica del Quindío*. Publicaciones Culturales, Armenia, 1966. 131 pp. Reeditado por Editorial Universitaria de Colombia (2003).

---

<sup>61</sup> Desde luego que en este catálogo quindiano nos abstenemos de mencionar por ahora, como aportantes a nuestra pequeña y nueva historia, los testimonios de los viajeros extranjeros que pasaron, una y otra vez, por el camino del Quindío –como Humboldt, Boussingault, Bonpland, Cochrane y otros.

- Arango, Antonio J. (1906-1980). *Quindío, Epopeya del Colono Antioqueño*. Editorial Atalaya, 1940. 125 pp.
- Bedoya A., Víctor (1885- ). *Etnología y Conquistas del Tolima y La Hoya del Quindío*. Imprenta del Departamento, Ibagué, 1950. 272 pp.
- Cadena Corrales, Olga y Pérez B., José Manuel. “El Café en el Quindío y el Café y el Desarrollo de nuestra Región”. En *Historia de nuestra región*. Diario La Crónica, Armenia, 2000. Pags 121-128, 129-136.
- Cadena Corrales, Olga. *Procesos de Colonización en el Quindío: El Caso Burila*. Tesis de Magíster, Universidad Nacional, Bogotá, 1988. 169 pp.
- Galvis Valenzuela, Hugo. *Monografía de Quimbaya*. Quingráficas, Armenia, 1982. 268 pp.
- Gómez Aristizábal, Horacio. *El Departamento del Quindío*. Editorial Kelly, Bogotá, 1960. 215 pp.
- Grisales, Jaime José. “El Camino del Quindío”. En *Historia de nuestra región: Historia del Quindío*. Diario La Crónica, Armenia, 2000.
- Hernández Camacho, Jorge y Gómez Mejía, Alberto. *Andes del Quindío*. Diego Samper Ediciones, Bogotá, 1996.
- Hincapié Silva, César. *Inmigrantes Extranjeros en el Desarrollo del Quindío*. Editorial Quingráficas, Armenia, 1995.
- Isaza y Arango, Eduardo. *Calarcá en la Mano*. Tipografía Renovación, Calarcá, 1930. 116 pp.
- Jaramillo Vallejo, José. *El Reloj de mis Recuerdos*. Editorial La Patria, Manizales, 1970. 259 pp. Otras ediciones: Antares, Bogotá (1952).
- Lopera Gutiérrez, Jaime (Comp.). *Compendio de la Historia del Quindío*. Cátedra de la Quindianidad. Editorial Universitaria de Colombia, Armenia, 2003. 479 pp.
- Lopera Gutiérrez, Jaime. *La Colonización del Quindío*. Ediciones Banco de la República, Bogotá, 1986. 200 pp.
- Macías, Valentín. *Memorias que se relacionan con la Fundación de Armenia y sus progresos*. Armenia (sd), 1918.
- Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. *Historia de la Diferenciación Social: Quindío 1840-1950*. Universidad del Quindío, Armenia, 1982.

- Pava Londoño, Alberto y Salazar Gutiérrez, Oliverio. *Informe Histórico y Socioeconómico del Municipio de Montenegro* (sd), 1982.
- Peña, Heliodoro (1845-1926). *Geografía e Historia de la Provincia del Quindío (Departamento Del Cauca)*. Imprenta del Departamento, Popayán, 1892; 150 pp. Otras ediciones: Instituto de Cultura de Pereira, segunda edición, 2003.
- Restrepo Carlos E. (1917- ). *Filandia (Hija de los Andes)*. Editorial Quingráficas, Armenia, 1978. 83 pp.
- Restrepo R. Roberto y Hernández, Néstor Eduardo. *Los Rostros de la Tierra: Una Antropología de la Quindianidad*. Gobernación del Quindío, Armenia, 2000.
- Santos Forero, Jorge y Rímolo Araujo, Antonio. *Armenia 1889-14 de Octubre-1929. Libro Histórico*. Tipografía Cervantes, Manizales, 1930. 165 pp.
- Tobón Botero, Oscar. *La Arquitectura de la Colonización Antioqueña*. Volumen II: Quindío. Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1988. 200 pp.
- Toro Patiño, Alfonso. *El Quindío, Perfil Histórico y Socioeconómico*. Alvear, Bogotá, 1966. 90 pp.
- Valencia Zapata, Alfonso. *Quindío Histórico*. Diferentes ediciones: Biblioteca de Escritores Caldenses, Imprenta Departamental, Armenia, 1963, 331 pp.; Lito-Editorial Quingráficas, Armenia, 1964. Cuarta edición: Lito-Editorial Quingráficas, Armenia, 1981. 422 pp.
- Sepúlveda S., Jaime. *La Creación del Departamento del Quindío*. Universidad del Quindío, Armenia, 1986.
- Valencia Barrera, Gonzalo Alberto y Agudelo Vanegas, Fabio Alberto. *Banca y Economía en Armenia y el Quindío 1929-2002*. La Visión del Banco de la República. Banco de la República, Armenia, 2002.

Los 27 libros anteriores (y otros cuyas referencias bibliográficas aún están incompletas como son: Arango C., Rafael. *Apuntes sobre Tigrero*; Beltrán Pedro P. y Londoño Restrepo, Eduardo. *Armenia o La Ciudad Milagro*; Luján, Rafael. *Geografía del Quindío*; Suárez, Jesús María. *La Fundación de Armenia y su*

*Origen*; Torres, Ramón. *Antiguo modo de viajar por el Quindío*; y Valencia Zapata, Alfonso. *Anécdotas Quindianas*), constituyen a nuestro juicio la *biblioteca básica* para comprender la historiografía del Quindío.

Cabe, sin embargo, hacer mención de dos obras que le han dado realce a la historia del Quindío, cada una con su particular enfoque empírico, aunque son insoslayables cuando del tema se trata en nuestra región. El libro de Luis Arango Cardona sobre la guaquería no solamente abrió puertas para la investigación antropológica, sino que también su impacto fue de tal naturaleza que logró estimular en su tiempo un éxodo de guaqueros hacia nuestra región. Con todo lo prolija que es la descripción de las tumbas indígenas, las catedrales, los cajones y los vestigios en cerámica y oro, ese libro fue y es determinante en las unidades académicas del exterior que se ocupan del estudio de la historia antioqueña y caldense.

La obra de Alfonso Valencia Zapata, a quien todavía le debemos un merecido homenaje como secretario perpetuo que fue de nuestra institución, ha sido, por años, la fuente principal de los que se acercan por primera vez a nuestra breve historia, y de quienes aún nos detenemos en buscar antecedentes para complementar interpretaciones y juicios de valor en torno a nuestra realidad histórica. Como buen periodista, Valencia Zapata era un buzo de las pesquisas: no dejaba pasar ni las más pequeñas anécdotas para acopiarlas en sus archivos, hasta que logró redondear un texto, desarreglado pero exhaustivo, del cual todos vivimos pescando hechos, situaciones y pensamientos de nuestro más lejano pasado, en especial cuando se lo busca como fuente principal de la historia de Armenia.

Estos dos libros merecen concretamente su reconocimiento por la calidad de pioneros en la historia del Quindío.

## Índice

Prólogo	7
<i>La Academia de Historia del Quindío</i>	9
Evelio Henao Ospina <i>El paso del Libertador por el Quindío</i>	13
John Jaramillo Ramírez <i>Braulio Botero Londoño, un hombre que fue flama</i>	45
Jaime Lopera Gutiérrez <i>Pormenores de un colonizador</i>	79
Miguel Ángel Rojas Arias <i>Los nombres de los municipios del Quindío</i>	95
Fernando Jaramillo Botero <i>Un recorrido por la Armenia antigua</i>	119
Roberto Restrepo Ramírez y Sebastián Londoño Roldán <i>Historias de casas</i>	127
Carlos A. Castrillón <i>Memoria e imaginación en los Recuerdos de la Guaquería en el Quindío</i>	155
Gonzalo Alberto Valencia Barrera <i>Auge y declive de la cafcultura del Quindío</i>	167
Apéndice <i>Apuntes para una historiografía quindiana</i>	199



Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres del Centro de Publicaciones  
de la Universidad del Quindío  
(Armenia, Colombia)  
en el mes de abril de 2010.

